



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
POSGRADO EN ANTROPOLOGÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES, UNIDAD MORELIA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
CENTRO DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS SOBRE CHIAPAS Y
LA FRONTERA SUR

**MEMORIA COLECTIVA DE LOS PROYECTOS
ANTROPOLÓGICOS EN TZINTZUNTZAN, MICHOACÁN**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRÍA EN ANTROPOLOGIA

PRESENTA:

ABEL RODRÍGUEZ CARRILLO

TUTOR:

DR. JOSÉ LUIS PUNZO DÍAZ
CENTRO INAH, MICHOACÁN

MORELIA, MICHOACÁN - JUNIO, 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

MEMORIA COLECTIVA
DE LOS PROYECTOS
ANTROPOLÓGICOS
EN **TZINTZUNTZAN,**
MICHUACÁN

ABEL RODRÍGUEZ CARRILLO



A la memoria de Victoria Novelo (q.e.p.d.)

*Por enseñarme el camino de la antropología
a través de una forma muy especial de ser, ver,
vivir y habitar en la memoria de quienes te
admiramos y te extrañamos*

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México por darme la oportunidad de formarme en las filas de una institución de gran valía a nivel mundial, tanto para la antropología como para cualquier disciplina.

A la Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Morelia, por brindar un espacio excepcional para llevar a cabo mi formación de posgrado.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por el apoyo brindado para llevar a cabo la presente investigación.

Al Centro INAH Michoacán por las facilidades prestadas para la revisión del archivo y documentación de Tzintzuntzan.

A la Universidad de Campeche y en lo particular, al Acervo Román Piña Chán por la apertura a trabajar con los documentos digitales para la realización de la presente tesis.

Al Consejo del Centro Cultural de Tzintzuntzan por la apertura y constante invitación a las actividades realizadas en el marco del desarrollo de mi investigación.

A dos años de distancia de mi última charla con la gran familia del posgrado en antropología en la ENES – Morelia, escribo estos agradecimientos rememorando aquel mayo de 2019 donde pude compartir con ustedes los últimos avances que tenía de la presente tesis. Fue sin duda un tarde excepcional, -quizás la ausencia y la distancia hace las cosas más memorables para nosotros- porque hoy día se extraña aquella normalidad, una normalidad donde los abrazos, los saludos de mano y de beso, así como el compartir una charla tan amena en la sobremesa de un lugar de ocasión, de esos que brinda la entrañable ciudad de Morelia, albergaba el último encuentro que tuvimos una sección del posgrado, acompañados del Dr. Hernán Salas, dr. Luis Vázquez León y su adorable esposa Paty. ¿Quién hubiera pensado que sería el último encuentro con este grande de la antropología mexicana, el cual la pandemia nos arrebató a inicios del 2021? Para ti con mucho aprecio maestro, hasta donde haya trascendido tu vida y obra.

Para aquellas personas que me han acompañado en mi andar en la antropología, deambulando de un lugar a otro, cual empresa que busca en cada rincón el aprendizaje y la experiencia que brinda la cotidianidad de la incertidumbre y la búsqueda del ejercicio profesional por la vocación que compartimos. Gracias les doy maestras y maestros por todo lo compartido, gracias Nuri Celeste, Javier Hernández, Eva Garrido, Tamara Martínez, Gerardo Hernández, Moni Chávez, Orlando Aragón, Mercedes Martínez, Sue Meneses, Lorena Ojeda, José Luis Punzo y demás profesores invitados que hicieron de esas aulas, espacios de aprendizajes y diálogos que hoy día extraño tanto; como la convivencia y amistad con aquellas personas que fueron parte de este posgrado, quizás solo por algunas sesiones, pero en cada una de ellas con diálogos de gran valía como lo fue con Ireri, Dianis, Alice y Ariana Erandi.

Cómo dejar fuera las amistades más allá de estas aulas, con el Dr. Roberto Campos, a quien sin duda le debo el apoyo y retroalimentación en los días de “punto de reunión”; Al Coro de la ENES y su director el buen Lalo, porque sus notas se llevaban las presiones y menguaban los sentimientos de extrañar a mis amores quienes estaban en Jalisco. A los colegas Nalle, Roberto y Adriana, a quienes le debo de manera particular la semilla de la amistad cuales chavitos de secundaria, convergiendo en espacios tan lejos de casa, pero tan cerca de nuestro interés y gusto por la disciplina que nos llena y nos motiva a seguir.

Gracias también a las entrañables y nuevas amistades, a Lorena y Kali; al buen Bosco, Katy y Lenny, así como a las y los compas de arqueología del PAPACSUM del Centro INAH Michoacán; al arqueólogo Iván Landeros, a Jaime, Rubén, Martita, Martín, Francisco y a todos y cada uno del personal del sitio arqueológico de Tzintzuntzan; gracias debo también por todo el

apoyo recibido de Tania Calderón y al maestro Filiberto Gómez; así como al artesano Manuel Morales, a don “Cayo” y Matilde, quienes me ofrecieron sus espacios y su casa para irrumpir en sus memorias y la de sus seres queridos; al maestro casi centenario don Alfonso, mejor conocido como “el compita”; gracias pues, a todas aquellas personas que fueron parte de esta tesis, un ejercicio para la memoria colectiva contra el olvido de nuestras incursiones y diálogos entre la academia y la población de Tzintzuntzan.

Gracias familia por todo el apoyo para llegar hasta aquí, gracias mamá Tollita y papá; gracias también Paco, Isaac y Erik por todo lo que han sembrado en mí, por forjar mi carácter y creer en mis proyectos. Gracias Angie, Jesy y Sofi por su apoyo y compañía en este andar.

Finalmente, a ti Lizy porque sin tu apoyo nada de esto se hubiese logrado, por ser la razón y motivo principal para crecer profesionalmente; por tu comprensión, tu cariño y compañía incondicional, por darme la dicha de ser padre; por Enrique Zaid mi pequeño gran amor.

RESUMEN

Esta tesis se enfoca en analizar la relación que establece la población de Tzintzuntzan respecto a los proyectos antropológicos llevados a cabo a lo largo del siglo XX hasta la actualidad, en aras de comprender la forma como se construye una memoria colectiva a partir de distintos referentes en esta población. Ya sea a través de una mirada desde ámbitos académicos e institucionales a partir de la revisión de epístolas, reportes, libros y fotografías, todas ellas producidas en torno a los proyectos desarrollados en estas latitudes; o bien, desde la memoria material provista entre sus vestigios arqueológicos sobre los cuales se ha construido y reinventado una memoria muy particular: la local. Una mirada hacia la vida cotidiana que se desarrolla entre sus calles, plazas, escuelas, parques e instituciones; así como al interior de sus casas y talleres artesanales, nos permite comprender la relevancia que tienen los recuerdos producidos en estos espacios; donde el valor de la palabra, y en ella, la producción y reproducción de la memoria oral, significa y reinventa los hechos de su pasado en el Tzintzuntzan de hoy.

En conclusión, podremos advertir puntos de encuentro cual memoria colectiva de los pobladores y sus lugares u objetos de Tzintzuntzan, así como puntos de desencuentro entre sus recuerdos. Dichas concepciones apuntan a una construcción intersubjetiva de la memoria, provista entre valoraciones diferenciadas del pasado de esta población; a través de las cuales se han construido distintas narrativas que explican las tensiones que existen hoy día entre la población, investigadores e instituciones encargadas del patrimonio cultural de esta región de Michoacán.

Palabras clave: Memoria colectiva, memoria intersubjetiva, proyectos antropológicos, vinculación social, y apropiación social del conocimiento.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	7
RESUMEN	11
INTRODUCCIÓN.....	17
TZINTZUNTZAN. LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL PROBLEMA.....	25
La memoria colectiva.....	27
Lugares de la memoria	29
Materialidades de la memoria.....	31
Los objetos	33
CAPÍTULO I. ANTECEDENTES DEL TRABAJO ANTROPOLÓGICO EN TZINTZUNTZAN	37
1.1 Siglo XIX. Exploradores, viajeros y humanistas	39
1.2 Siglo XX. La antropología y arqueología como política de Estado	45
1.2.1 Cardenismo y la política posrevolucionaria aplicada en Tzintzuntzan	46
1.3 Proyectos arqueológicos en Tzintzuntzan	50
1.4 Proyectos antropológicos en Tzintzuntzan	64
1.4.1 George Foster. Influencia y trabajo de campo de larga duración	64
CAPÍTULO II. MEMORIAS EN TORNO AL TRABAJO ANTROPOLÓGICO - ARQUEOLÓGICO EN TZINTZUNTZAN.....	75
2.1 Memoria y representaciones sociales del pasado entre los jóvenes en Tzintzuntzan	77
2.2 Lugares y objetos con memoria	95
2.2.1 Las Yácatas	98
2.2.2 El Ex - convento Franciscano de Santa Ana	110
2.2.3 Objetos con memoria.....	118
CAPÍTULO III. VINCULACIÓN Y APROPIACIÓN SOCIAL DEL CONOCIMIENTO ANTROPOLÓGICO. TENSIONES ENTRE EL PASADO, PRESENTE Y FUTURO	133
3.1 La vinculación social	135
3.2 El sentido diferenciado de la creación, circulación y consumo de memorias en torno a la arqueología y la población	142
3.2.1 El trabajo arqueológico y el resguardo del patrimonio desde la perspectiva del profesional	143
3.2.2 El trabajo arqueológico desde la perspectiva de la población	150

3.3 Tensión y conflicto entre instituciones y población por la conservación y el resguardo de la memoria	155
3.3.1 La construcción del nuevo museo de sitio y los desacuerdos entre instituciones	156
3.3.2 La irrupción del Consejo del Centro Cultural de Tzintzuntzan y el empoderamiento de actores locales.....	158
3.4 La población de Tzintzuntzan en el presente. Crecimiento y desarrollo urbano vs la destrucción de la memoria material.....	165
3.4.1 Construcción de caminos y la destrucción del patrimonio. Crónica de un peritaje arqueológico	165
CONCLUSIONES.....	173
BIBLIOGRAFÍA.....	179

ÍNDICE DE IMÁGENES

Imagen 1. Excavación frente a las yácatas. Acervo Román Piña Chan	24
Imagen 2. Sitio arqueológico con un hombre parado en las ruinas, Tzintzuntzan, Michoacán.	41
Imagen 3. En 1942, la Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos (US Army Air Force) tomó fotografías aéreas de México; las cámaras se montaron de modo que hubiera una fotografía vertical y dos oblicuas tomadas a una escala aproximada de 1: 40.000. Cortesía Helen Pollard.	55
Imagen 4. Delimitación de la ciudad antigua de Tzintzuntzan vs trazo de la poligonal de conservación. Las líneas amarillas representan la presencia de terrazas prehispánicas. Cortesía Dr. José Luis Punzo	56
Imagen 5. Delimitación actual del municipio de Tzintzuntzan, con una extensión de 136.4 km ² . En rojo se distinguen las áreas con presencia arqueológica comprendidas de izquierda a derecha: Localidad de Ihuatzio con 2.5 km ² , con un sitio abierto al público de sólo .057 km ² , es decir 5.7 has. Por otra parte, la Ciudad de Tzintzuntzan con una extensión de 13.8 km ² , dentro de la cual se encuentra la poligonal de conservación de 1.9 km ² ; con un polígono abierto al público de sólo .18 km ² , es decir 18 km ² , y finalmente, el sitio arqueológico de Angamuco identificado por la tecnología LIDAR con 20.30 km ² . Cortesía Dr. José Luis Punzo	63
Imagen 6. Poblador de Tzintzuntzan y figurilla recién exhumada.....	74
Imagen 7. Plataforma y yácatas. Archivo Román Piña Chan, 1946	96
Imagen 8. Ubicación actual de la unidad deportiva	106
Imagen 9. Fachada del Ex-convento Franciscano de Santa Ana.	109
Imagen 10. Taller de calaveritas. Octubre, 2018.	117

Imagen 11. Taller de chuspata, Ihuatzio. Diciembre, 2018. Fotografía Abel Rodríguez Carillo.	120
Imagen 12. Detalle de las manos infantiles sobre el barro durante el Taller de calaveritas realizado en el sitio arqueológico.	121
Imagen 13. Los hijos del Imperio en manos de don Alfonso “el compita”. Noviembre, 2018	123
Imagen 14. Matilde comenta acerca de cambios y continuidades en la localidad, entre ellos la cruz que aún se localiza a unos metros de su vivienda. Fotografía Abel Rodríguez Carrillo. Agosto, 2018	125
Imagen 15. Matilde señala que la persona con sombrero es su suegro, aunque don Cayo no le reconoce. Ella toma como referencia de la ubicación de la persona para deducir que está afuera de lo que hoy día es su terreno.	126
Imagen 16. Manuel Morales dibujando un diseño diferente inspirado en los janamus y algunos otros elementos precolombinos de Tzintzuntzan, con la finalidad de plasmar de manera particular cada uno de los 300 platos que tenía por entregar en septiembre.	129
Imagen 17. Taller de alfarería de alta temperatura de Manuel Morales. Agosto, 2018	131
Imagen 18. Ubicación del predio del CECyTEM en la parte derecha superior.	140
Imagen 19. Piezas arqueológicas en bodega del Ex-convento Franciscano .	161
Imagen 20. En primer plano piedra con petrograbados. En segundo plano de la izquierda a la derecha: Roberto González, Domingo Lemus e Iván Landeros. En la parte derecha se puede apreciar dos mufas para bajada de los postes de luz.	171

INTRODUCCIÓN

Recuerdo una mañana de mayo en el año 2018 haber llegado con mis compañeras del posgrado a un taller de alfarería, ubicado en la calle del Convento, esquina con Progreso en el Barrio Segundo de Tzintzuntzan, Michoacán. Aquella visita era parte de una clase de antropología de la técnica que impartía el Dr. Punzo y tenía como finalidad conocer el trabajo artesanal que realizaba la familia Aparicio Fuentes, encabezada por Matilde y su esposo, Arcadio alias “Don Cayo”, alfareros que nos presentó Ariana Juárez, arqueóloga colmicheana quien había sido instruida dentro de ese taller recientemente, registrando la cadena operativa de la alfarería que realizaba esta familia (como un ejemplo entre muchas otras en Tzintzuntzan).

En aquella ocasión mientras observábamos el trabajo de ambos artesanos, saltó a mi vista un detalle en particular, Matilde utilizaba con su mano diestra una piedra singular para amasar aquella mezcla de arcilla y agua, y de manera paulatina daba forma a cada uno de sus platos. Al cuestionarle acerca de la procedencia de ese artefacto muy bien pulido, don Cayo volteó a su alrededor para asegurarse de que ni Ariana, ni el arqueólogo José Luis Punzo, quien en aquel momento nos acompañaba, le estaban escuchando. Una vez que se cercioró, nos compartió que esa piedra la había encontrado entre tantos materiales que se habían extraído de un pozo “allá arriba” – refiriéndose a la zona arqueológica– puesto que él había trabajado como peón de los arqueólogos durante el Proyecto Especial Michoacán, llevado a cabo en el sexenio presidencial del michoacano Felipe Calderón entre el año 2006 – 2012.

Esta escena tan cotidiana en un taller artesanal, como otras que devinieron en los próximos meses que me acerqué a Tzintzuntzan, influyeron de manera determinante para plantear en mi proyecto inicial que había una memoria compartida por muchos tzintzuntzeños en relación con los proyectos antropológicos, además de que existía cierto sentido de apropiación respecto al sitio arqueológico y los vestigios que les circundan, pues de ahí se generaba a la menor provocación una memoria conformada a partir de los recuerdos que devenían en un diálogo acerca del pasado detonado por artefactos u objetos muy cotidianos. Sin embargo, también existía una particular fricción con relación a la ins-

titución que se encontraba a cargo del patrimonio por el impacto que tenía la presencia del pasado en la vida cotidiana.

En consecuencia, la expresión de don Cayo me dejaba entrever que él percibía que al llevarse aquella piedra del sitio, por muy insignificante que pareciera el objeto, no era un hecho que se tenía que contar a cualquier persona (y menos, en presencia de arqueólogos); porque veía en la figura del Dr. José Luis Punzo, una relación intrínseca entre su persona con la institución que representaba (el Instituto Nacional de Antropología e Historia) y por ende, no podría tener la confianza de haber explicado el origen de aquella pieza, sin creer que se le iba a reprender quizás por aquella acción, Aunque esto sólo sucediera en el imaginario de don Cayo.

Por otra parte, las visitas a esta familia se hicieron cada vez más constantes y gracias a ello, posibilitaron establecer un diálogo donde de un momento a otro, emergió un objeto más, el cual hasta hace unos años, fue un elemento muy común entre los tzintzuntzeños. Esta vez no era una piedra arcaica de uso fabril entre las y los artesanos: tampoco era “una antigua” o janamus –como los hay bajo sus casas o entre sus paredes -; era otro objeto, y su aparición se dio una mañana de café al pie del horno del alfarero don Cayo. Él pidió a su hija que trajera un libro que se encontraba en un buró de su recámara, ¿el motivo? Una pregunta de un antropólogo curioso que indagaba acerca de la relación que el artesano recordaba con otros colegas investigadores en su comunidad. Aquella joven trajo el encargo y éste era *Los hijos del imperio: la gente de Tzintzuntzan*, un texto que les había regalado “el doctor Foster” en la última visita a su hogar.

Don Cayo y doña Matilde me explicaban que aquel antropólogo había hecho mucho en su comunidad, había pasado años indagando en la vida de todos los artesanos y no artesanos, de aquellos que migraban a la Ciudad de México, y otros que lo hacían al extranjero, y que había escrito de todo eso en aquel objeto. Un objeto que en palabras sencillas de don Cayo “nadie va a leer tantas letras a menos que sea alguien de estudio como usted” exclamaba. Esto era un gesto que me remitió a Chartier (1992) al señalar las distintas lecturas que puede hacerse a un libro respecto al mundo del texto en sí, así como del lector, donde éstos se ven obligados a oralizar aquello que leen o ven a través de sus páginas –haciendo referencia a fotos o planos– con la finalidad de poder comprenderlo a partir de sus propios referentes. En este contexto, encontré en Tzintzuntzan –un espacio tan importante para la lectura del pasado de Michoacán, huelga decir–, la posibilidad de revisar el papel que juega la memoria social vinculada a la práctica antropológica; en un primer momento realizando un esbozo histórico acerca de la investigación antropológica y arqueológica en Tzintzuntzan; posteriormente, dando cuenta de lugares, oficios y objetos, donde el eje

que articula toda esta estructura de la memoria material se vería representada por un diálogo compartido por los pobladores e investigadores involucrados.

En el ínterin devinieron muchos hallazgos, así como modificaciones al proyecto inicial, pero todo versaba en torno a los recuerdos que había entre la gente acerca de la presencia material del pasado y la práctica antropológica en Tzintzuntzan. En este sentido, me propuse como objetivo principal analizar ¿cómo se configura la memoria social –o memorias de una población– con relación a la puesta en marcha de los proyectos antropológicos-arqueológicos, y en ellos, la revaloración del pasado desenterrado física y metafóricamente en el municipio de Tzintzuntzan, Michoacán? Para dar respuesta a tal conjetura desarrollé mi trabajo de campo entre mayo 2018 a mayo 2019, periodo en el que realicé visitas de manera intermitente a la región. Si bien es cierto que mi incursión no fue extensiva, me enfoqué en desarrollar estadias intensivas a través de las cuales comencé a conocer actores sociales que tuvieron a bien recibirme y apoyarme en las inquietudes que se me fueron presentando.

Por consiguiente conocí el trabajo que desarrollan el Consejo del Centro Cultural de Tzintzuntzan, así como las voces y perspectivas acerca de la práctica patrimonial de algunos de sus actores: principalmente de Tania Calderón y del maestro Filiberto Gómez Estrada, quienes en charlas informales me compartieron algunas de sus memorias respecto al trabajo que había realizado el INAH en Tzintzuntzan, y en entre estos recuerdos, el proceso de ruptura que se había presentado hace algunos años, el cual los había llevado a tomar la batuta del Ex-convento Franciscano que hoy día custodian como parte de la razón de existencia del Centro Cultural. Gracias a esta relación, tuve la oportunidad de establecer contacto con el grupo de arqueólogos e investigadores del Proyecto Angamuco, encabezado por el Dr. Chris Fisher de la Universidad Estatal de Colorado; con quienes realicé recorridos de superficie acompañado de comuneros de la región, y de esta manera, obtuve de viva voz aquellos recuerdos que de forma cotidiana se detonan debido a la presencia de vestigios entre sus tierras, pues cabe señalar que prácticamente todo Tzintzuntzan, así como diversas localidades de los municipios vecinos (Pátzcuaro, Quiroga y Lagunillas) formaron parte del complejo habitacional más importante de poblaciones tarascas que habitó en Michoacán hacia fines del siglo XVI.

Asimismo, durante mi estadía llevé a cabo un registro visual y sonoro de cada encuentro con personas que conocieron de cerca al Dr. George Foster. Una pieza clave para comprender el referente antropológico principal que tienen aquellos tzintzuntzeños que rebasan los cuarenta años de edad; pues es a partir de este grupo generacional donde se mantienen recuerdos de aquel perso-

naje icónico de la presencia de la antropología anglosajona en nuestro país¹, así como de sus alumnos Roberto Kemper y Tani Brandes, según sus nombres mexicanizados entre los testimonios recabados de los tzintzuntzeños.²

Aunado a ello, las charlas ocasionales que tuve con distintos artesanos y artesanas de Ihuatzio, así como de Tzintzuntzan, me permitieron mirar desde el interior de sus talleres-hogares, los usos y valores, así como significados y reapropiación de algunos objetos del pasado. Con esto me refiero no sólo a aquellas “manos de metates” encontradas entre sus tierras, y las cuales actualmente son parte de la herramienta utilizada en el taller para la elaboración de sus piezas artesanales, sean de barro o de chuspata³; sino además también pude observar la presencia del libro producido por Foster en su edición por El Colegio de Michoacán, como un objeto al cual asignan un valor particular por formar parte de una memoria que legitima el conocimiento de que lo que se hace importa tanto, que “hasta a los extranjeros han hecho libros acerca de su trabajo”, como bien expresó alguna vez el artífice Manuel Morales.

El quehacer antropológico en torno a la memoria es una tarea común entre los que ejercemos este oficio, aunque la mayoría no lo veamos de esta forma explícitamente o lo problematizamos. Con esto me refiero a que el antropólogo cuando indaga acerca de un suceso, o bien, cuando dialoga o entrevista a un actor social, habla implícitamente de algo que ya ha acontecido; no obstante, la particularidad de problematizar la memoria deviene de poner en primer plano las formas acerca de cómo el actor social recuerda –u olvida– un suceso a partir del papel que juega en determinado tiempo y espacio. De ahí que el uso de objetos como fotografías, libros, tepalcates, metates y “antiguas”, así como sus espacios en lo general, comprenden un vasto número de incentivos que en mi caso, tuve de primera mano (las más de las veces circunstancialmente y otras intencionalmente),

¹ En colaboración con el arqueólogo de sitio Iván Landeros aplicamos un muestreo de cien cuestionarios a los jóvenes del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Michoacán (CECyTEM), No. 19 en Tzintzuntzan, donde según las respuestas obtenidas, el 97% de los jóvenes entrevistados no había escuchado el nombre de George Foster. Aunque principalmente este cuestionario nos brindó un marco general del valor que asignan los jóvenes a sus espacios más emblemáticos, así como del conocimiento y apreciación que tienen de la práctica antropológica, principalmente refiriéndose a la arqueología, es muy cuestionable el uso de instrumentos como éstos al indagar en temas muy específicos debido a diversos factores, entre ellos que la profundidad de las respuestas dependen de las condiciones de aplicación; por ejemplo hay variaciones entre los alumnos que se les aplicó entre clases respecto a aquellos que iban de salida del plantel, o si se encontraban con amigos, o bien, se abordaron a jóvenes que mostraban mayor disposición

² Robert Van Kemper fue el antropólogo que “heredó” en vida, el proyecto de larga duración que llevaba a cabo su maestro George Foster, llevando a cabo más de cuatro décadas de estudios de migración de tzintzuntzeños a la Ciudad de México; mientras que Stanley Brandes ha realizado temporadas de campo intermitentes desde “el año 1967 hasta la actualidad” (según su CV). La última de sus visitas aconteció en el mes de marzo 2019. Ante el deceso de George Foster el 18 de mayo del 2006, Brandes recibió el cargo de director del Departamento de Antropología por parte de la Universidad de Berkeley.

³ Fibra natural de la ribera del Lago de Pátzcuaro utilizada para la elaboración de artesanías.

con el propósito detonar la memoria provista como un proceso cognitivo personal, así como colectivo.

En este sentido, sistematizar, jerarquizar y llevar a cabo la aplicación de entrevistas estructuradas, semiestructuradas, así como establecer diálogos abiertos con tzintzuntzeños, fue una constante durante mi trabajo de campo. Sin duda, los escenarios predilectos fueron aquellos donde la memoria actúa con mayor facilidad (Allier, 2008), espacios como las yácatas⁴, el atrio de los olivos y los mismos talleres artesanales, los cuales son parte de muchas casas de tzintzuntzeños cual sala o comedor de una casa habitación. No menos importante resultaron los encuentros fortuitos entre sus calles, mercado, escuelas, puestos de comida (con especial mención las gorditas frente al quiosco), hasta aquellos lugares menos socorridos en otras investigaciones, pero que en Tzintzuntzan –como en otras localidades en la ribera del lago de Pátzcuaro– obtienen otro significado para sus habitantes, como lo fue el panteón durante la noche de velación de las ánimas. Siendo este espacio, el lugar predilecto para la memoria de los que ya no están.

El acompañamiento a las actividades de los asesores educativos con niños y jóvenes de la localidad, ya fuese a través de entrevistas o videograbaciones, o bien con apoyo de material fotográfico para sus exposiciones; las constantes charlas con Iván Landeros (el arqueólogo del sitio); así como los encuentros fortuitos en los días de archivo en el Centro INAH Michoacán donde se presentaba la oportunidad de dialogar con actores externos, ya fuese con los arqueólogos, arquitectos y la perito Lizbeth Aguilera Garibay; así como el acompañamiento en los peritajes de Roberto González (INAH Michoacán) y Domingo Lemus (INAH Michoacán) a Tzintzuntzan; o en un día con mayor suerte el poder establecer un diálogo con el arqueólogo emérito Otto Schondube (Centro INAH Jalisco). Además del intercambio epistolar y vía remota con el arqueólogo Iván Urdapilleta (Universidad de Campeche); asimismo con los antropólogos Rodrigo Solinis Casparius (Universidad de Washington), Luis Vázquez (CIESAS - Occidente), Rubén Cabrera (Proyecto Teotihuacán) y Stanley Brandes (Universidad de Berkeley) principalmente. Han sido ese telón de fondo de las memorias compartidas en la presente tesis.

⁴ En este punto recuerdo una entrevista realizada por el equipo del Laboratorio Nacional de Materiales Orales (LANMO) en la comunidad de Ihuatzio, como parte del proyecto “Materiales orales de la zona lacustre michoacana: documentación, procesamiento y análisis”, la peculiaridad de la entrevista radica en que cuando se le consultó a don Manuel Hernández dónde quería ser entrevistado, él eligió las yácatas para hablar de su historia. No una historia oficial acerca de la región o el sitio, sino la propia.

⁵ Sobrino de Román Piña Chan, uno de los arqueólogos más importantes para el trabajo arqueológico realizado durante más de cuatro décadas en Tzintzuntzan.

Es cierto que dada la complejidad y horas de charlas, los recuerdos de todos los entrevistados no se mantuvieron íntegros, pues parte de esos diálogos quedaron tras bambalinas; o en otras ocasiones hubo omisión en los detalles que les parecían más pertinentes a destacar a su parecer; no obstante, fragmentos de sus testimonios constituyen elementos importantes para esta interpretación muy personal del quehacer de la antropología en Tzintzuntzan.

Por consiguiente, en primer lugar planteé contextualizar los antecedentes históricos y políticos del trabajo antropológico, siempre en relación con el caso de Tzintzuntzan –puesto que ya existen importantes referencias en tanto la historiografía y crítica a la práctica arqueológica tanto a nivel nacional (Vázquez, 2003), (López, 2018); como a nivel regional (Espejel, 2014), (Sánchez, 2014) –. Para esta tarea un trabajo inicial era revisar el periodo del Cardenismo, ya que esto me permitió comprender la razón de ser de los proyectos que devinieron con el trabajo de George Foster, así como los que se desarrollaron de forma paralela en tanto la parte arqueológica en un primer momento por Alfonso Caso y Rubín de la Borbolla en la región.

En segundo lugar, me di a la tarea de indagar ¿cuáles son las memorias y experiencias resguardadas desde el ámbito institucional dentro y fuera de la población respecto al quehacer antropológico desarrollado en este espacio? para dar respuesta a tal conjetura, fue necesario analizar de forma detallada otras cuestiones complementarias, entre ellas saber más acerca de qué lugares existían en Tzintzuntzan donde estuviera resguardada la memoria escrita del pueblo⁶. Asimismo, analizar los procesos en los que se vieron relacionados tanto instituciones-investigadores y población, y con ello, conocer los puntos de encuentro y desencuentro que emergían entre las charlas informales con algunos tzintzuntzeños, todo ello partiendo de la aplicación de un cuestionario que me permitió darme una idea de la forma en que las nuevas generaciones perciben su patrimonio en la localidad.

En consecuencia, confirmé que existe un sentido diferenciado de apreciación y valoración del pasado a partir del impacto que ha tenido el quehacer de la antropología en la vida cotidiana de Tzintzuntzan. De este modo, fue preciso ahondar en la relación que establece la población respecto a la presencia del pasado con la cual cohabitan día a día, así como las distintas problemáticas que esto trae consigo; de tal suerte que basta con hacer un

pequeño pozo para que emerjan no sólo vestigios, sino hoy se traducen como problemas. Esto no es una alegoría, para el caso de Tzintzuntzan es una realidad con la que han convivido por muchas generaciones, por el hecho de encontrarse situados prácticamente sobre una zona que fue la capital del imperio tarasco desde épocas precolombinas.

⁶ Es importante señalar que en la localidad no existe ningún espacio que albergue documentación, informes, libros o fotografías de las decenas de investigaciones que se han llevado a cabo en Tzintzuntzan. Por ende, la memoria escrita de estos trabajos es reducida a algunos ejemplares entregados por George Foster a muchas familias de tzintzuntzeños. El resto de información yace sólo entre la memoria oral de aquellos que han convivido de cerca con los antropólogos y/o arqueólogos en determinadas temporadas de campo.



Tzintzuntzan.

La conceptualización
del problema



1. Excavación frente a las yácatas. Acervo Román Piña Chan



La memoria colectiva

Desde la irrupción del concepto de memoria colectiva propuesto por Maurice Halbwachs hacia las primeras décadas del siglo XX, existe un cuestionamiento muy fuerte acerca de la pertinencia de hablar de una memoria individual en oposición a la colectiva, para tal planteamiento Duvignaud (en Halbwachs, 2004, p. 12) refiere: “No cabe duda de que la memoria individual existe, pero está arraigada en contextos distintos que la simultaneidad o la contingencia acercan momentáneamente”; es decir, no hay una negación, ni oposición entre las tipificaciones de la memoria, más si una correspondencia. Pues como bien lo señala Halbwachs, no existe el individuo aislado y, por lo tanto, la memoria y el recuerdo son un fenómeno que tiene sentido a partir de su relación con un colectivo.

No obstante, los recuerdos no se anulan o confirman con la correspondencia de memorias entre los miembros de una comunidad, se necesita algo más, y de acuerdo a Halbwachs (2004, p. 34):

Para que nuestra memoria se ayude de la de los demás, no basta con que éstos nos aporten sus testimonios: además, hace falta que no haya dejado de coincidir con sus memorias y que haya bastantes puntos en común entre una y otras para que el recuerdo que nos traen pueda reconstruirse sobre una base común.

En este sentido, los recuerdos sólo pueden entenderse a partir del reconocimiento y reconstrucción que se hace de forma social de un acontecimiento compartido. Asimismo, de este proceso de reconfiguración del recuerdo, se presenta de forma paradójica el olvido como una necesidad, ¿A qué me refiero con ello? A que entre individuos de una colectividad muchas veces existen peleas y/o diferencias que derivan en distancias no sólo físicas sino emocionales, pero al presentarse un motivo o razón de mayor interés que sus diferencias (ejemplo la búsqueda de identidad del grupo), es necesario olvidar sus desacuerdos para trascender a un objetivo compartido (Halbwachs, 2004, p. 35); pues como refiere Augé (1998, p. 104): “es necesario olvidar para estar presente, olvidar para no morir, olvidar para permanecer siempre fieles”.

En consecuencia, Halbwachs sugiere que la pertenencia a un grupo no se rompe con un cambio de residencia, profesión o problema entre la familia o amistades, porque existen lazos que nos unen a los antiguos grupos



(2004, p.47); en este contexto, se plantea que las relaciones precedentes marcan a un individuo –en relación con el colectivo– de forma significativa, hecho que se visibiliza más a través de la búsqueda y configuración de los recuerdos compartidos a nivel macro entre una comunidad⁷.

Pero lo significativo no radica en la relevancia histórica de un lugar o espacio, sino en que la carga subjetiva que se le asigna al espacio dentro de nuestra memoria, en este sentido “no debemos olvidar que nuestros sentimientos y pensamientos más íntimos se originan en entornos y circunstancias socialmente definidos” (Halbawchs, 2004, p. 35). Con esto pasamos de la idealización de un espacio físico a la concepción y representación de lugar, el cual sólo existe en la memoria a partir de que nuestros afectos y acciones construyen recuerdos y en ellos, se configuran espacios significativos para el individuo y/o el colectivo.

En contraste con lo anterior, también hablaré de la memoria que se produce desde marcos institucionales, con la cual me refiero no a la Historia con “H” mayúscula, donde se destaca la reflexión, análisis y comprensión de un hecho social a partir de la sistematización y crítica de fuentes recopiladas por los antropólogos e historiadores, perpetuadas en una publicación de circulación –en el mejor de los casos– abierta; más bien, en contraste, hago alusión al quehacer que los arqueólogos y antropólogos materializan a partir de la redacción de notas, diarios e informes de campo, registros fotográficos, videográficos y sonoros, que a grandes rasgos comprenden un conjunto de evidencias como formas de recordar, perpetuar y resguardar información respecto a los sitios que trabajan; asimismo, proseguiré con un diálogo entre teoría y práctica de una memoria desde los actores que se encuentran en torno a la investigación antropológica.

En este contexto, considero pertinente dar cuenta de la memoria de cierto sector de la población que circunda el sitio arqueológico, con la finalidad de poner sobre la mesa las formas de representación y reconstrucción de una memoria que se comparte entre la comunidad, a partir de la relación estrecha entre el quehacer antropológico y la población de Tzintzuntzan.

Lugares de la memoria

En la búsqueda de un encuentro con el pasado es común pensar que se pretende indagar en la historia de un lugar, de un acontecimiento, de una persona, de una expresión cultural: danza, música, teatro, arte y cultura popular en general; asimismo, se interpreta que esa búsqueda nos llevaría tras algo más que las notas periodísticas que se generaron en torno a dicho suceso; sería inquirir entre los archivos y acervos institucionales, privados y/o personales acerca de algún documento que nos dé la certeza del qué, cómo, cuándo, dónde y quién estuvo presente; alguna grabación fílmica, sonora y/o fotografía producida por algún periodista, viajero, u otro personaje que en términos concretos refiera a la palabra del “testigo legítimo” que estuvo en el lugar y el momento preciso. Es decir, relacionamos la búsqueda del pasado con el encuentro de una Historia construida desde alguna institución que avale la verisimilitud de un suceso.

Sin embargo, los lugares de la memoria de acuerdo a Pierre Nora (2001), es algo más que buscar Historias –con “H” mayúscula– cuales legajos dotados de objetividad; es ir tras un diálogo que es resguardado entre los personajes que vivieron, sintieron, sufrieron, amaron, odiaron, lloraron, gozaron, aquel momento del que se busca dar cuenta, más allá del testimonio con mayor legitimidad ante una Institución⁸. Con ello, es establecer un puente que cruza desde el presente al pasado, apoyado entre la subjetividad y los objetos de las personas que de forma compartida constituyen cada bloque, cual punto de apoyo para andar sobre el tiempo y el espacio en cuestión.

En este sentido, hablar del espacio es dar cuenta de lo que Allier (2008) cuestiona acerca de lo que se recuerda no es el lugar per sé:

No es cualquier lugar que se recuerda, sino aquel donde la memoria actúa; no es la tradición, sino su laboratorio. Por ello, lo que hace del lugar un lugar de memoria es tanto su condición de encrucijada donde se cortan diferentes caminos de la memoria como su capacidad para perdurar y ser incesantemente remodelado, reabordado y revisitado (p. 167).

Añadiríamos que no sólo es donde se cortan los caminos, sino donde convergen los recuerdos de los distintos actores involucrados en la creación de

⁷ Un ejemplo de esto sería el papel que juega la etnicidad para “el ser purépecha”, donde si bien no existe una sola forma de ser indígena purépecha en la región, sí se establece una homogeneidad a partir de ciertos referentes identitarios de la población étnica más representativa de Michoacán (por lo general refieren a la lengua, usos y costumbres), con la finalidad de establecer un diálogo con el Estado Nacional a través del uso político de su identidad.

⁸ Me refiero en este punto a la mirada de un profesional que atestigua determinado acto, y se vale de sus medios tanto técnicos como sociales para retratar y/o documentar, así como socializar el momento de los hechos.

otras memorias –hablando de aquellos arqueólogos y peones que reconstruyen el sitio arqueológico, cual memoria desde una mirada institucional–; por ende, en el desarrollo de la presente tesis, fue necesario indagar acerca de una conceptualización de memoria más allá de su relación con un imaginario nacional y sus personajes ilustres –pues de ello ha hablado la historia clásica–, para establecer la pertinencia de indagar desde lo local entre los actores, sus recuerdos y olvidos. Como lo refiere Ricoeur (2004) no se busca dar cuenta solamente acerca de quién es la memoria, sino de qué se recuerda⁹, y en ello, la búsqueda y diálogo con una concepción de que existe una memoria compartida o social, que desde algunas interpretaciones sociológicas como hemos revisado, refiere a una memoria colectiva.

Como ya señalaba en un inicio, los recuerdos sólo pueden entenderse a partir del reconocimiento y reconstrucción que se hace de forma social de un acontecimiento compartido, lo cual nos lleva a reflexionar en el valor que tiene la experiencia de los sujetos en torno a un hecho social –en este caso, poco más de cien años de investigación– de acuerdo a determinado tiempo y espacio. ¿Cómo indagar en esas experiencias de los actores más allá de la tradición oral y en lo general de sus testimonios? Esta conjetura me ha llevado a revisar de forma minuciosa la producción de otro tipo de memorias, aquellas que han sido creadas a manera de informes, epístolas, diarios y notas de campo producidas por los investigadores, donde podemos advertir relaciones sociales y afectivas entre las partes involucradas en la investigación. Rompiendo con ello la mirada miope de un investigador que sólo mira la parte objetiva de un trabajo: el libro; para en esta ocasión revisar el proceso bajo el cual se ha concebido más que un libro, a la antropología en Tzintzuntzan.

Materialidades de la memoria

Por este motivo, es que hablo de materialidades de la memoria con la finalidad de dar cuenta de que los recuerdos como procesos cognitivos no devienen per sé, o al menos considero que es gracias a los referentes materiales como se puede provocar y, en este sentido, estimular la memoria de un colectivo. Para ello, utilicé un gran cúmulo de documentos que dan cuenta de esa memoria, los cuales yacen en espacios institucionales entre los que destacan el Archivo del Centro INAH Michoacán y el Archivo del Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe, mejor conocido como el CREFAL, por sólo citar algunos casos¹⁰. Estos espacios albergan una serie de informes, cartas, folletos, fotografías, videograbaciones, audios, dibujos, planos, figurillas de cerámica, restos óseos, entre otros objetos que en determinado momento fueron extraídos y/o inspirados en -o desde- Tzintzuntzan, de acuerdo a las investigaciones, proyectos antropológicos y arqueológicos en turno.

El indagar entre este tipo de documentos, es dar un vistazo a una memoria material que se encuentra silenciada y de la cual vale la pena revisar, con la finalidad de cotejar y complementar, así como reconstruir la memoria de la práctica antropológica en Tzintzuntzan. Dicho esto, a partir de una crítica de fuentes, así como la contextualización de la producción, distribución y circulación de la información relacionada con la investigación en la región lacustre de Michoacán.

Este tipo de memoria material posibilita no sólo cotejar la información que hemos recabado en campo a través de testimonios, ya sea acerca de ¿quién o quiénes trabajaron en determinados años?, o bien, ¿cuánto ganaban, qué días trabajaban?, entre otros datos, que a simple vista parecieran ociosidades del investigador. Sino más bien, nos permiten provocar la memoria de las personas con las que conversamos para reconstruir nuevas narrativas de su pasado, si bien subjetivas, algunas personales, otras colectivas, en conjunto abonan a la creación de un texto a partir de la elicitación de la vida cotidiana de un pueblo que ha sido investigado por más de cien años.

¹⁰ Aunado a estos archivos institucionales también existen aquellos espacios digitales en los cuales se puede consultar los acervos fotográficos y hemerográficos como lo son del Instituto Smithsonian en Washington, Museo Peabody, Universidad Autónoma de Campeche, por mencionar aquellos de los cuales se ha revisado documentos, fotografías y videos de sus repositorios.

⁹ Cabe señalar que dentro de este planteamiento también Ricoeur revisa el quién y cómo se recuerda, lo que le lleva a desarrollar un esbozo fenomenológico de la memoria.

En este sentido, me ha resultado pertinente revisar a detalle algunos archivos que en sí mismos representan un tipo de lugares de memoria. Una memoria creada a partir de intenciones institucionales, pero que se encuentra sesgada por una carga subjetiva revelando sentimientos, frustraciones, alegrías, controversias y compadrazgos entre los investigadores y sus sujetos de estudio. Informes que no figuran dentro de la redacción de esos Libros e Historias motivados por un fin objetivista de la ciencia.

Los objetos

“La mayoría de los objetos, importantes o triviales, antiguos o recientes, feos o bellos, útiles o no, están aquí desde que nacemos; nos acostumbramos pronto a ellos, y con ellos aprendemos los usos del mundo”

Martín Juez (2002)

Entre la diversidad de historias, memorias, experiencias y relatos a los que hago referencia a lo largo de la investigación, existen objetos inertes que pese a su aparente cualidad pasiva en el trabajo de campo, toman cierto valor a partir de que posibilitan dialogar con el pasado. Son los libros, dibujos, “las antiguas”, el barro, la madera, la alfarería, las herramientas de los artesanos (y de otros oficios), sus retratos, entre otras tantas cosas, esos objetos que evocan la memoria de lo que ha acontecido en una sociedad en determinado tiempo y espacio; son en consecuencia, pequeños fragmentos de la realidad que una vez contextualizados históricamente y socioculturalmente, nos permiten leer el pasado desde la mirada del sujeto a través de sus distintas etapas.

Si bien estos objetos no se les puede tomar simplemente como alegorías, cual ventana para mirar de forma retrospectiva en nuestras vidas (o las de los demás) por su simple aspecto objetivo, son objetos que a partir de la carga subjetiva que les otorgamos, constituyen puentes entre pasado, presente y futuro, pues en ellos se proyectan -de manera idealizada quizás- las formas o principios que dirigen nuestra memoria hacia el qué y cómo recordar de nuestra vida cotidiana.

Por esta razón no es fortuito vivir rodeados de objetos que de acuerdo al espacio que les asignamos, obtienen un valor de uso, es decir representacional; y asimismo, dotamos de un valor de cambio, el cual cobra sentido a partir de la fascinación que existe por coleccionar, acumular, agrupar e intercambiar estos objetos, puesto que expresan una forma de propiedad (Poole, 1997, p. 12). Además de otorgarles significados y apreciaciones subjetivas, en donde el valor en juego de estos objetos es más que una cuestión económica, pues cuando les miramos, tocamos, olemos, percibimos, sólo asentimos el agrado o tristeza de ver en ese objeto la singularidad de la memoria y damos rienda suelta a los sentimientos que evoca.

En consecuencia, los objetos pasan de ser vistos como mercancías objetivas, a una cuestión donde la subjetividad constituye ese elemento de la economía moral, la cual es representada por una dimensión cultural y cognoscitiva del individuo en relación con su colectivo; quienes asignan una valoración relativa de acuerdo al contexto y/o apreciación del usuario o usuarios (Kopytoff, 1986, p. 89). De tal suerte que como bien lo señala Martín Juez (2002): “un objeto, cualquiera, es siempre un vehículo, un medio que, más allá de sus funciones precisas, permite evocar creencias, historias singulares e imágenes colectivas” (p. 21).

En algunas ocasiones esos objetos, ahora caminos donde transita la memoria, tienen sus repercusiones en el individuo en clara yuxtaposición con los que le rodean. En consecuencia, hablamos de que existe un reconocimiento de alteridad, cuando reconocemos elementos al interior del objeto que nos distingue del otro, no sólo en relación a lo físico e intangible de una persona (cuerpo y mente); sino de lo que concebimos como propio físicamente y emocionalmente. Es decir, se hace evidente la forma en que interiorizamos los objetos con memoria gracias a lo que significan en nuestras vidas.

Como podemos advertir, reconstruir el pasado no es una tarea sencilla, esto lo podemos deducir a partir de las innumerables lecturas que hay en torno a un hecho histórico, puesto que de acuerdo a las fuentes consultadas, perspectivas metodológicas y en ellas, las preguntas que planteamos al pasado, por lo general emanan nuevos hallazgos y nuevas interpretaciones, en este sentido Halbwachs (2004) refiere que:

A veces una anécdota o una cita son el epitafio de los hechos pasados, tan corto, general y pobre de sentido como la mayoría de las inscripciones que leemos en las tumbas. Esto es porque, efectivamente, la historia es como un cementerio donde el espacio está limitado, y donde hay que volver a encontrar constantemente sitio para nuevas tumbas (p. 55).

En la construcción de una memoria no se trata de perpetuar y transferir los recuerdos tal cual sucedieron o percibieron ciertos grupos a otros, pues como bien señala Halbwachs (2004, p. 60), “nuestra memoria no se basa en la historia aprendida, sino en la historia vivida” por ende, la transferencia de recuerdos sólo favorece la reconstrucción –cada vez más imaginaria quizás– de un ser colectivo. Es decir, un individuo ahora recuerda el pasado de su pueblo gracias a una serie de anécdotas y/o fotografías, cuales memorias materializadas de aquellos que las comentan y las vuelven a la vida a través de sus proyecciones. Pero esa memoria individual ya no recibe por transferencia lo que “el otro” experimentó, sino ahora sólo trazos de un

pasado que le resulta ajeno tanto en tiempo como en espacio, más no del todo gracias a su identidad local construida históricamente por compartir hechos sociales (fiestas, tradiciones, relaciones sociales) de los cuales se habla o retrata.

De acuerdo a Marc Augé (1998) la memoria y el olvido guardan una estrecha relación con los conceptos de la vida y la muerte, donde más que presentarse como dicotomías, el autor parte de la idea que se corresponden entre estos pares:

Para muchos no es sólo de orden metafórico (el olvido como una especie de muerte, la vida de los recuerdos), sino que pone en juego concepciones de la muerte (de la muerte como otra vida o de la muerte como inmanente a la vida) que rigen a su vez los papeles asignados a la memoria y al olvido: en un caso la muerte se halla ante mí y debo en el momento presente recordar que un día tengo que morir, y en el otro la muerte está tras de mí y debo vivir el momento presente sin olvidar el pasado que habita en él (*Las formas del olvido*, pp. 19-21).

En consecuencia, podemos inferir que hablar de memoria es hablar implícitamente de olvidos, pérdidas y omisiones que dan cuenta de la fragilidad del individuo en relación con su diario acontecer en determinado tiempo y espacio; por ello, Augé agrega que no obstante ante la pérdida de recuerdos “lo interesante es lo que queda de ello”. Es decir, aquellas huellas y recuerdos “producto de una erosión provocada por el olvido” configurarán una memoria selectiva dentro de un conjunto de realidades posibles para un individuo en relación con su grupo (p. 27).

Asimismo para Augé existe un deber de la memoria, un deber que se expresa a través de los descendientes y que tiene dos aspectos: “el recuerdo y la vigilancia” (p. 102); una vigilancia delegada a una nueva generación en aras de perpetuar un recuerdo contra la muerte y/o el olvido de un hecho compartido.

En este tenor, una nueva generación carga consigo la responsabilidad de vigilar y custodiar una memoria, un cúmulo de saberes que será heredado de una generación a otra. En primera instancia pensamos que las personas mayores de las comunidades serán las encargadas de delegar sus memorias, pues como ya lo señalaba Marc Bloch (1925) refiriéndose a comunidades rurales:

(...) sucede con frecuencia, que durante el día, mientras el padre y la madre están ocupados en las labores del campo o con las mil tareas del hogar, los niños se quedan al cuidado de los

“viejos”, y estos son los que les transmiten el legado de costumbres y tradiciones de todo tipo, tanto e incluso más que sus padres¹¹.

¿Hasta qué punto podremos encontrar esto en un espacio como Tzintzuntzan hoy día? Consideramos que existen algunas variables que posibilitan crear una situación semejante a lo que Bloch planteaba a inicios del siglo XX, si bien estamos lejos en tiempo y espacio del contexto de aquel autor, las condiciones económicas y sociales de Tzintzuntzan, han hecho de la migración una forma de vida, creando un escenario donde lo cotidiano es encontrar comunidades habitadas en su mayoría por personas de la tercera edad, mujeres y niños. Serán estos últimos los encargados del resguardo y custodia de su pasado, siempre y cuando así lo decidan, en aras de apropiarse de su pasado provisto en las huellas y memorias que yacen entre los espacios y recuerdos de sus comunidades.

Pues como afirma Connerton (1989) “las memorias de los grupos pueden ser compartidas y sostenidas a través del tiempo porque se basan en prácticas transmitidas como tradición” (en Ramos, 2011, p. 133); una tradición que da cuenta a través de la expresión oral, del valor de los recuerdos que una vez sistematizados, constituyen la historiografía presente y significativa en la memoria oral de un pueblo (Vansina, 1968).

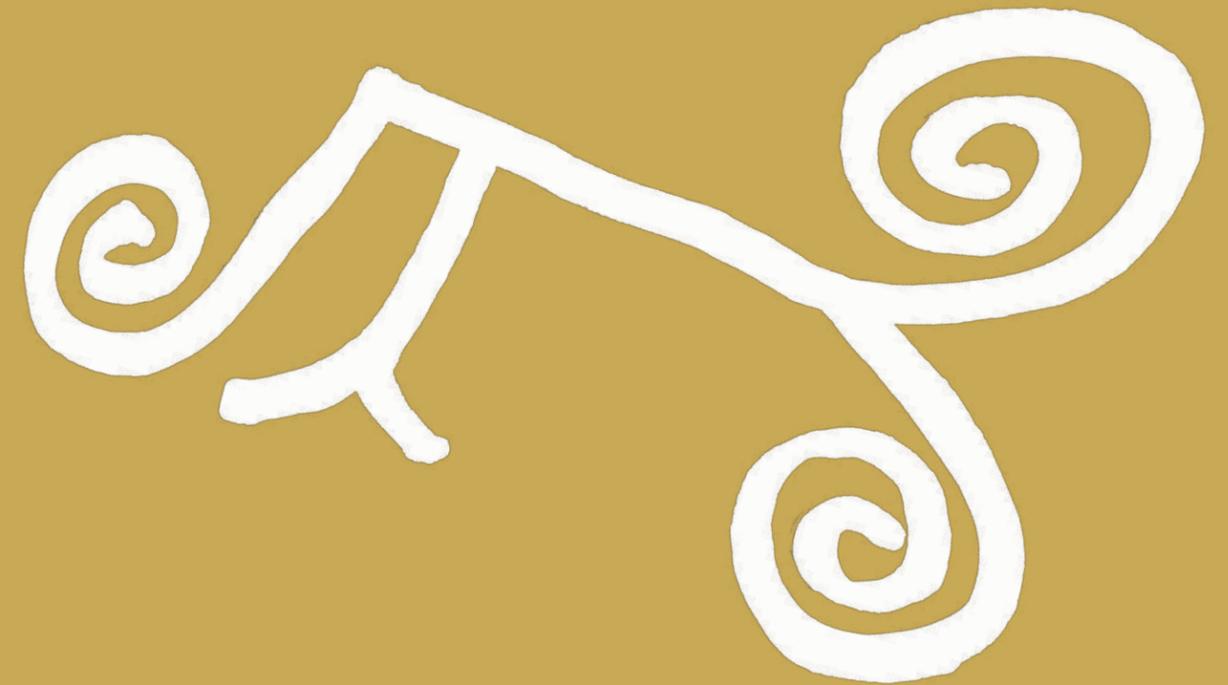
Finalmente como asevera Ramos (2011) la cuestión de la memoria ya no es sólo una cuestión de recuerdos y olvidos, puesto que hablar de memoria constituye una práctica política (p. 141) de la cual el uso del pasado permite a los actores pronunciar un reclamo y/o pronunciamiento a favor de una memoria, que cabe advertirlo, en muchos casos instituye una invención (Hobsbawn y Terence Ranger, 2002).

CAPÍTULO I.

Antecedentes del Trabajo Antropológico en Tzintzuntzan

“Regularmente no falta un indio como de custodia, y los indios, aun en el día, no permiten desenterrar estos cimientos”

Fray Beaumont, 1792



¹¹ “Mémoire collective, traditions et coutumes”, Revue de synthese historique, 1925, n. os 118-120, p. 79. Disponible en http://www.unige.ch/lettres/enseignants/bmuller/texteso/Bloch/Bloch_RSH_1925_40_118-120.pdf

1.1 Siglo XIX. Exploradores, viajeros y humanistas

En la historia de la investigación arqueológica en la zona lacustre de Michoacán, encontramos relatos relevantes, como los escritos por el fraile Pablo Beaumont (1778 -1780), crónicas del siglo XVIII y XIX que dan cuenta de los hallazgos e intereses que despertaron en la época las primeras noticias acerca de los vestigios y saqueos vs la custodia del emblemático sitio de Tzintzuntzan por parte de sus moradores:

Hubo un clérigo indio, llamado Domingo Reyes Corral, a quien obedecían los indios, y éste se puso de propósito a desenterrar las yácatas¹², y en un pedazo que cavó, como de ocho varas, saco mucha piedra labrada, murió, y los indios luego taparon el hoyo, y no han consentido que otro alguno allí cavara (Beaumont en León, 1903, p.410).

En ese mismo contexto, para el año de 1828 existe entre las memorias institucionales, un documento que fue enviado ante la cámara de diputados local, donde se presentaba la iniciativa de fundar el Museo de Michoacán, ya que había noticias de que en Tzintzuntzan

(...) capital de los monarcas de este antiguo reino existen memorias de aquella época, bajo unos montones de piedras en sus inmediaciones llamados yácatas, que guardan con todo cuidado los antes llamados indios y entre ellos los más ancianos, sin que hasta ahora hayan podido penetrarse aquellos secretos [sic] (Pimentel en Sánchez, 2014, p. 108).

Por otra parte, existen relatos acerca de la destrucción de las yácatas, como el que tuvo lugar en 1852 por el cura Ignacio Traspeña, quien pretendió hallar tesoros en el montículo III demoliendo casi en su totalidad el monumento. Misma empresa la llevó a cabo el inglés Mr. Charles Harford quien, con permiso del Gobierno del Estado de Michoacán en estos mismos años, excavó con la intención de encontrar “fabulosas riquezas y el camino subterráneo para Ihuatzio” (León, 1888, p.411) sin mayor logro –para

¹² “Réstanos solo decir que en vano hemos buscado la significación y origen de la palabra yácata, (...) indicio es ello también de la antigüedad del objeto así designado, pues ni entre los mismos indios hay ciencia cierta de su significado exacto (sic)” (León, 1888, p. 70).



sus expectativas— que encontrar una serie de piedras labradas llamadas por los locales “janamus”¹³.

Entre otros hechos que yacen en los archivos acerca del siglo XIX, esas noticias fueron telón de fondo para la puesta en marcha del Museo Michoacano, el cual tendría lugar el 26 de febrero de 1886. En dicho proyecto convergieron los intereses por el resguardo e investigación desde la arqueología, etnografía, historia e historia natural en la entidad; áreas que exploraría de forma perseverante el polígrafo Nicolás León por comisión directa del entonces gobernador Mariano Jiménez (Sánchez, 2014, p. 109). Una de las primeras tareas que realizaría Nicolás León estando a cargo del Museo, sería la convocatoria a “los párrocos y presidentes municipales, informándoles de la creación del museo y los invitó a reunir objetos arqueológicos y etnográficos para integrar las primeras colecciones científicas de la institución”. Ante dicha invitación, fue destacable la respuesta que obtuvo, puesto que nutrieron el acervo del Museo cientos de objetos enviados desde el interior del Estado, donde destacaban “documentos, objetos, fotografías, piezas arqueológicas y muestras de la rica y variada flora y fauna regional” (p. 110).

Posteriormente, en 1888 Nicolás León Calderón editaría los Anales del Museo Michoacano¹⁴, donde comenzaría a publicar una serie de artículos en correspondencia con los intereses de la institución a cargo, así como de nuevos hallazgos por parte del equipo de trabajo, que según refiere el autor, rebasaba los 300 corresponsales al interior del Estado, quienes junto con viajeros, etnógrafos y exploradores foráneos dotarían de contenido las páginas de los Anales.



2. Sitio arqueológico con un hombre parado en las ruinas, Tzintzuntzan, Michoacán.

Lumholtz, 1896

ABEL RODRÍGUEZ CARRILLO

¹³ Tezontle o piedra volcánica. Es de especial atención que el arqueólogo Jorge R. Acosta menciona en su reporte (1937 y 1938) que “existe una antigua fotografía, no muy clara, de las exploraciones de Harford publicada por el Dr. Nicolás León en la que se ve (...) que la última capa de lajas estaba revestida en parte con losas de janamus” (p. 88), donde podemos advertir principalmente dos cosas: en primer lugar que el explorador inglés había realizado registros fotográficos en Tzintzuntzan prácticamente a fines del siglo XIX, hecho loable por las implicaciones técnicas del registro visual propias de la época; y por otra parte, la relevancia que brinda Acosta a la fotografía como documento para investigar y comparar la situación de conservación vs deterioro del sitio que se excavaba en ese momento. En los Anales del Museo Michoacano viene una descripción detallada acerca del trabajo realizado por Harford (1888, p.68).

¹⁴ Fue una publicación mensual, donde serían dos los ejes principales propuestos por Nicolás León: “una parte dedicada a estudios originales, la otra a publicación de obras históricas y filológicas, ya impresas o manuscritas, referentes a idioma e historia de Michoacán” según expresa en la introducción del primer número de la revista (1888, p.2).

En estos mismos años, arribaría a Michoacán el naturalista y explorador noruego Carl Lumholtz, quién motivado por especialistas en arqueología y etnografía de Norteamérica¹⁵, “ofreció sus servicios como explorador al Museo de Historia Natural de Nueva York, para buscar descendientes de grupos nativos norteamericanos en las culturas vivas del norte de México” (Macías, 2011, p. 30). Este hecho enmarcado dentro de una política de exploración que fomentaba el Museo de Nueva York, aunado al apoyo que recibió Lumholtz de parte del presidente Porfirio Díaz en México,¹⁶ brindó las condiciones necesarias para que se diera a la tarea de incursionar en nuestro estado en el año de 1895.¹⁷ Destacando sus recorridos en las regiones de la Tierra caliente, Ciénega –en Zacapu en particular–, la meseta tarasca, en municipios como Tancítaro, Parangaricutiro, Paracho y Cherán; y, finalmente, en la región lacustre, con una referencia especial a Tzintzuntzan como bien lo confirma en su obra *El México desconocido. Tomo II*:

Visité la antigua capital de los tarascos, Tzintzuntzan (...) La ciudad se halla a la orilla del lago y fácilmente se puede ir a caballo hasta allí. (...) sus habitantes son civilizados y no hablan más que español.

Lo más notable que hay allí, en materia arqueológica, es una fila de cinco yácatas tendidas de oriente a poniente en la cima de una pequeña eminencia próxima a la ciudad. El espacio ocupado por los enormes montículos mide en conjunto 466 pasos en el sentido de la longitud, por 95 de anchura. (p. 438)

En conjunto, esta serie de expediciones en Tzintzuntzan nos brindan un esbozo acerca de los intereses con que se aproximaban al sitio, en la mayoría de los casos se sabe de los objetos extraídos de la zona arqueológica, ya sea por testimonios escritos, diarios, notas periodísticas, así como de fotografías que daban cuenta del trabajo realizado, como aquellos registros acerca de la exhumación de los monolitos “chac-mol” localizados en

Ihuatzio;¹⁸ sin embargo, en la mayoría de veces sólo se deduce su paradero, ya fuese en el Museo Regional de Michoacán, Museo Nacional en la Ciudad de México, o en su defecto, en alguna institución en el extranjero, la cual financiaba las incursiones de estos exploradores del siglo XIX; no obstante, ¿qué sabemos acerca de la percepción de los locales al ver foráneos entre sus terrenos?, ¿qué podemos leer entre estas líneas acerca de las facilidades o vicisitudes por las que pasaron “los científicos” en Tzintzuntzan?, ¿Qué les representaba la extracción de estas piezas a las comunidades donde se encontraban los vestigios? Si leemos a detalle los diarios y/o reportes de investigación podemos encontrarnos que dichas incursiones no fueron tan sencillas como se habían imaginado, fueran éstos parte del clero, o bien, intelectuales que desde el centro del país o del extranjero conseguían los “permisos institucionales” para llevar a cabo sus excavaciones e investigaciones. Es de imaginarse que el tzintzuntzeño (como cualquier otro pueblo de la época) no cedió tan fácilmente a estas exploraciones “en pro de la ciencia”, pues cómo hacerlo si de pronto irrumpían personas extrañas en sus tierras sin previo aviso, para llevar a cabo acciones que como afirman para el caso de la meseta tarasca, eran concebidos prácticamente sacrilegios, como lo cuenta Lumholtz cuando se le señaló al intentar comprar un cuerpo de un difunto para quedarse con el cráneo y así formar la colección de los indios tarascos:

Pronto se difundió en la ciudad el miedo que me tenían y cundió el rumor de que mataba a la gente, especialmente a las mujeres, para apoderarme de sus cabezas (...) Mucho, me faltaba que hacer allí, para dar a los indios el gusto de verme salir de la ciudad. Necesitaba excavar la yácata que había visto en la falda del cerro y recoger algunos de los ídolos de piedra que abundaban sobre las cimas. (...) Considerábanme la causa de todo lo malo que ocurría, como granizadas, fuertes aguaceros, abortos, etc. (...) El anticristo está en Cherán (p. 386).

La misma suerte le acompañó al arribar a la región de Zacapu, pues al continuar con la búsqueda de vestigios arqueológicos, los pobladores enfurecidos se le abalanzaban hasta que lograban parar “las investigaciones”.

Hallábame guardando mi cámara, cuando llegaron corriendo dos mujeres con la expresión de ira y el terror en el semblante,

¹⁸ Cabe decir que dos de estas figuras fueron adquiridas por Lumholtz en Pátzcuaro, pues como él lo confirma: “adquirí dos estatuas de piedra volcánica, ambas representaciones inequívocas de la misma figura que el Dr. Le Plongeon encontró en Yucatán y llamó Chac – mul. Una de ellas fue desenterrada en Ihuatzio [sic]” (op. cit. p. 439). Las imágenes de “las esculturas tarascas desenterradas en Ihuatzio” circularon gracias al Boletín de la Sociedad Michoacana de Geografía y Estadística a partir de 1908.

¹⁵ A quienes conoció en el congreso “El americanismo de la antropología cultural” celebrado en París en el año de 1890.

¹⁶ Este hecho es evidente en el prefacio de la edición española que hace Carl Lumholtz en su obra *El México desconocido* en 1904: “Es grande el honor que debidamente aprecio, el que el Gobierno Mexicano haya hecho aparecer en castellano una edición completa de mi obra *El México desconocido* (...) Debo, en primer lugar, expresar mi agradecimiento al Sr. General Don Porfirio Díaz, Presidente de la República Mexicana, quién por medio de órdenes y cartas de recomendación me facilitó el camino para vencer obstáculos y preocupaciones que de otro modo, hubieran sido insuperables. Debo, asimismo, al señor presidente, el haber hecho aparecer mi libro en edición tan hermosa (...)” (p. 14).

¹⁷ Si bien Lumholtz realizó varios viajes a México (1890, 1892, 1896 y 1898), fue en el proyecto de 1895 cuando contemplaba en un inicio visitar los estados de Chihuahua, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Chiapas; finalmente, sólo llegó hasta Michoacán. (Macías, 2011, p. 33 - 39). Para consulta de las colecciones digitales acerca de esta expedición revisar la American Museum of Natural History, disponible en <http://lbry-web-007.amnh.org/digital/collections/show/5>

gritándome que no siguiera escarbando. Se presentó al mismo tiempo el dueño del terreno, a quién yo había mandado llamar, igualmente deseoso de que suspendiera mis excavaciones (p. 421).

Malos augurios era lo que la gente veía en la irrupción de los forasteros entre sus espacios cotidianos, para este caso Carl Lumholtz entre sus territorios con indicios arqueológicos. ¿Este imaginario sería colmado una vez concluido el siglo XIX?, ¿Qué tendría que pasar en la práctica arqueológica para que las poblaciones locales transformaran este sentimiento hacia los científicos de la época?

1.2 Siglo XX. La antropología y arqueología como política de Estado

Desde los albores del siglo XX comenzaron múltiples exploraciones al interior del país, dando cuenta al mundo acerca de la grandeza prehispánica de ciertas áreas, entre ellas las más destacadas fueron las imágenes que circularon desde fines del siglo pasado acerca del sureste mexicano, así como del centro del país, gracias a la presencia de México en los Pabellones y Exposiciones Internacionales (López y Avilés, 2015); (Arciniega, *et al*, 2010); (Díaz y de Ovando, 1990). Hechos que impulsaron la incursión de especialistas extranjeros que llevaron a cabo temporadas de campo y asimismo, formaron los primeros cuadros de arqueólogos y antropólogos en Latinoamérica.

Para la zona centro, un gran precedente lo sentaría el Proyecto Teotihuacán, el cual sería liderado por el padre de la antropología en México: Manuel Gamio, quién a través de una gran convocatoria interdisciplinaria entre los años de 1917 y 1919, habría logrado conjuntar el trabajo de lingüistas, geógrafos, psicólogos, arqueólogos, antropólogos físicos y culturales, ingenieros, maestros, fotógrafos y cineastas, entre otros especialistas en aras de realizar un diagnóstico de *La población del Valle de Teotihuacán*, a partir del cual se pretendía crear un modelo de intervención con la finalidad de proponer una política de Estado que buscaba resolver de fondo “el problema del indio”, es decir, su integración a la escena nacional (Gamio, 1922).

Si bien el trabajo de Gamio fue un referente a nivel internacional, pues se contaba con el apoyo y asesoría del antropólogo norteamericano Franz Boas, el etnohistoriador alemán Eduard Seler y el antropólogo checo Aleš Hrdlička,¹⁹ dicho modelo sólo tuvo eco una década más tarde en el Estado de Michoacán, donde se buscaba de igual forma que el anterior caso, la incorporación del indio a la escena nacional, pero en esta ocasión a través de la Educación Pública. En este contexto es que tuvo lugar La Estación Experimental de Incorporación del Indio o mejor conocido como el “Proyecto Carapan” liderado por Moisés Sáenz (1966), quién cabe decir, había coincidido con Manuel Gamio y Vasconcelos hacia la década de los veinte del siglo pasado (Schaffhauser, 2010).

¹⁹ Personajes que fundaron en México la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. Cabe señalar que Aleš Hrdlička había acompañado a Carl Lumholtz a México años atrás gracias al financiamiento del Museo Americano de Historia Natural en 1902, y que asimismo, había logrado retratar al pueblo purépecha de la región de Tarecuato, Cherán y Pátzcuaro, esto de acuerdo a las bases de datos del Instituto Smithsonian.

Tuvieron que pasar algunas décadas para que se retomaran los trabajos arqueológicos en Michoacán, ya que después del proyecto del Valle de Teotihuacán, así como del proyecto en la cañada (proyecto antropológico y educativo respectivamente), se habían sentado las bases para el desarrollo del trabajo interdisciplinario con poblaciones indígenas; no obstante, los escasos presupuestos asignados a la cuestión étnica, así como la falta de continuidad de los mismos,²⁰ dieron como resultado el quehacer aislado de cada una de las disciplinas antropológicas que habían participado en el centro del país, destacando en algunos casos sólo “lo bueno y sublime” de las poblaciones indígenas actuales provisto en sus expresiones culturales, tales como el arte popular. Por otra parte, se puso énfasis en la reconstrucción de sitios arqueológicos monumentales, donde se pretendía cimentar una idea de nación a partir del pasado indígena.

1.2.1 Cardenismo y la política posrevolucionaria aplicada en Tzintzuntzan

Es importante destacar que para la tercera década del siglo XX ya se habían llevado a cabo algunas exploraciones en Tzintzuntzan, no obstante, la investigación antropológica y arqueológica en nuestro país como la conocemos hoy día se desarrolló de forma sistemática a partir de la etapa de profesionalización de la disciplina, la cual tuvo lugar en el periodo presidencial del Gral. Lázaro Cárdenas del Río (1934 – 1940), lapso en el que por decreto se crearon múltiples instituciones a favor de restaurar de algún modo el bienestar de las poblaciones indígenas. En este sentido, se creó el Departamento de Asuntos Indígenas, el Departamento de Antropología dentro del Instituto Politécnico Nacional (IPN), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y en coordinación entre el IPN y el INAH, se firmó el “Plan de cooperación para la enseñanza de la antropología en México”, documento que avalaría la creación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

²⁰ José Vasconcelos como Secretario de Educación durante el gobierno de Álvaro Obregón negó el apoyo para que continuara las investigaciones con “el indio vivo”, negando con ello la oportunidad a Gamio de lograr un mayor impacto en la sociedad actual, mientras sólo proporcionaba el apoyo hacia la restauración del sitio arqueológico, destacando el valor del pasado indígena sobre la situación precaria en la que vivían los indios mexicanos. Según lo declara Miguel León Portilla en su conferencia: “Gamio: presencia y permanencia”, presentada en el Acervo de la Biblioteca Lerdo de Tejada en el 2015.

Para consulta a detalle véase <https://www.youtube.com/watch?v=kRpxtLsC46c>

Años más tarde, la ENAH fungiría como vínculo para recibir a antropólogos, lingüistas, arqueólogos e historiadores norteamericanos y de otros países: Estados Unidos, Alemania y España, entre otros investigadores que impactaron en el quehacer social y científico en distintas regiones. Fue en este mismo periodo que se emitió el reconocimiento oficial a la carrera del antropólogo mediante el decreto presidencial del 21 de octubre de 1940, prácticamente a unas semanas de que el presidente Cárdenas dejara el cargo (Kemper, 2010).

Esto sería el marco histórico dentro del cual se llevarían a cabo los próximos proyectos sistemáticos en distintas entidades de la república, entre ellos Michoacán. Lugar donde ya había una referencia importante de trabajos antropológicos como política de Estado, implementados precisamente durante la gubernatura del Gral. Lázaro Cárdenas del Río entre los años 1928 – 1930; periodo en el que invitó a trabajar a educadores y antropólogos de gran renombre a nivel nacional como Moisés Sáenz y Miguel Othón de Mendizábal; a quienes encomendó el “Proyecto Carapan”, logrando establecer una estación de trabajo en la cañada de los once pueblos. A pesar de no rendir los frutos esperados, los intelectuales emitieron un diagnóstico que apuntalaba la necesidad de campañas de alfabetismo y divulgación de la ciencia entre la población étnica, para lograr con ello el objetivo planteado. Este antecedente, así como el llevado a cabo por Manuel Gamio a través de su obra magna *La población del Valle de Teotihuacán*, sirvieron de referencia para promover una nueva empresa en busca de establecer una metodología con la cual resolver el llamado problema indígena.

Esta etapa enmarcada por la urgencia de crear un nuevo discurso posrevolucionario de identidad nacional, echó mano del quehacer antropológico para investigar las poblaciones indígenas y en ellas, ubicar aquellos elementos que eran dignos de ser exaltados como parte de los referentes identitarios, tanto del pasado glorioso provisto en los vestigios arqueológicos de las culturas mesoamericanas; así como de su presente, en el que se destacaba el arte popular que producían.²¹ En este contexto, la población indígena de Michoacán –y en particular Tzintzuntzan– representó una buena oportunidad para “comprender la cultura tarasca y su gente para facilitar su integración a la nación mexicana” (Ojeda y Calderón, 2016, p. 84; p. 96), ya que en ella convergían distintos factores e intereses que facilitaban la incursión de investigadores a la región.

²¹ En este contexto hubo intelectuales que pugnar por la creación de la idea de un México mestizo, donde cabía la posibilidad de exaltar las grandes construcciones del México Prehispánico, que se fundía con una idea romántica del indígena actual, el cual era heredero en el discurso de aquella riqueza. Para mayor detalle véase las obras culmen del nacionalismo mexicano *Forjando Patria* de Manuel Gamio (1916) y de Andrés Molina Enríquez (1909) *Los grandes problemas nacionales*. Asimismo, algunos intelectuales de la época apuntalaron la parte antropológica como Daniel Rubín de la Borbolla, Diego Rivera, Gerardo Murillo (Dr. Atl), Ruth Lechuga, entre otros autores (Rubín de la Borbolla, 1969).

¿A qué me refiero con esto? gracias a la investigación histórica y arqueológica, Tzintzuntzan comenzó a ser reconocido como uno de los municipios más importantes en la historia precolonial de Michoacán, debido a que fue en este espacio donde residieron las figuras principales del señorío tarasco, y donde habitaban poco más de 40 mil personas en pleno siglo XVI.²² No obstante, la importancia política, religiosa, económica y social de Tzintzuntzan decreció de forma paulatina, a partir de que Vasco de Quiroga trasladó su sede episcopal a Pátzcuaro en 1538, y con ella, las principales instituciones de la provincia. Poco tiempo después pasarían a Valladolid hoy Morelia (Foster, 2010, pp. 287-288).

Sin embargo, en la historia de Tzintzuntzan se ha reivindicado el valor de su pasado sólo a través de ciertas acciones, la primera de ellas fue el 27 de abril de 1861 cuando fue denominada como “Ciudad Primitiva”, etapa en que aún pertenecía al municipio de Quiroga. Aunque fue hasta 1931, cuando de manos del general Lázaro Cárdenas del Río, entonces gobernador del Estado de Michoacán, elevó a la categoría de municipio a Tzintzuntzan como una forma de reivindicar su pasado glorioso en la región.

Estas acciones servirían de telón de fondo para lo que vendría gracias al trabajo arqueológico y antropológico a través del Proyecto Tarasco,²³ que se había planteado para dicha población. En este sentido, consideramos que las disciplinas antropológicas –tanto la antropología social como de la arqueología– han abonado a la construcción de nuevas narrativas, nuevos conocimientos sociales, en unos casos más novedosas y de proyección mundial; y en otros, quizás existen sus asegunes, como en lo arqueológico, área en la que las indagatorias representan en gran medida, sólo documentos que en el mejor de los casos circulan entre el ámbito académico e institucional.²⁴ No obstante, lo tangible para la población ha sido el trabajo del que se han visto beneficiadas materialmente de forma particular algunas familias por participar dentro de las temporadas de excavación y, asimismo, durante la reconstrucción y mantenimiento de la zona arqueológica, en la cual han estado íntimamente involucradas generaciones de tzintzuntzeños.

En términos generales, durante el Cardenismo se crearon las bases para la manufactura de grandes monumentos de valor patrimonial, tanto para la

²² De acuerdo a Nicolás León, los españoles arribaron a Tzintzuntzan en el año de 1522 (*Anales del Museo Michoacano*, 1888, p.56).

²³ Este proyecto y sus especificidades merecen una tesis por sí misma, el lector puede consultar Ojeda y Calderón (2016) para tener un contexto más amplio acerca de los proyectos antropológicos en Michoacán durante el Cardenismo; asimismo, a través de Kemper (2011) dar cuenta de las instituciones extranjeras que tuvieron participación en el proyecto lingüístico y antropológico en la región; finalmente Tania Ávalos (2006) nos ilustra en su tesis de licenciatura acerca del Proyecto Tarasco, donde nos ofrece una serie de documentos inéditos acerca de la puesta en marcha del proyecto.

²⁴ Cabe señalar que no se conocen todos los reportes de las temporadas de excavación realizados hasta la actualidad.

reivindicación de la memoria vista desde distintas aristas: político, económico, cultural (arqueológico y antropológico), y, en concreto desde un plano institucional; mientras que de forma paulatina y paralela, se alimentaron otras visiones muy particulares que no necesariamente coincidieron con la primer valoración del pasado, dicho esto por la percepción de despojo y comercialización del pasado que se gestó entre la población que habitaba y reproducía su cotidianidad en Tzintzuntzan.²⁵

²⁵ Esto lo desarrollaremos en lo subsecuente de la presente tesis.

1.3 Proyectos arqueológicos en Tzintzuntzan

En el año de 1928 el arquitecto y arqueólogo Ignacio Marquina, quien fuera uno de los colaboradores más cercanos de Manuel Gamio en la Dirección de Antropología (DA), realizó un estudio de las yácatas en Ihuatzio, en el que levantó un plano topográfico y fotografió el sitio (López y Pruneda, 2015), (Espejel, 2014) y (Marquina, 1929), sentando un precedente para la investigación que dos años más tarde propusiera Eduardo Noguera.²⁶ Una vez que Noguera obtuvo el puesto de jefe de arqueólogos de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, hablaría acerca de la necesidad de llevar a cabo investigación “con método científico” en Michoacán, con la finalidad de contextualizar las colecciones que se encontraban entre las salas del Museo Nacional de México; pues como él afirmaba

hasta estas fechas son poquísimas las investigaciones que se han llevado a cabo en las regiones de ocupación tarasca como Michoacán, Jalisco, Colima, Guanajuato, etc. [por ello] se juzgó prudente y necesario para instalar debidamente esos objetos, emprender algunas exploraciones en esa zona. (Noguera, 1931, pp. 89-90)

Tras una expedición financiada por dicha institución, Eduardo Noguera y el arqueólogo Alfonso Caso, llevaron a cabo investigaciones en Zacapu y Zamora respectivamente; posteriormente, se dieron cita en Pátzcuaro “para que juntos iniciaran otra serie de exploraciones en las islas y riberas del lago” donde según declaró Noguera, también eran “numerosos los vestigios tarascos”. Ihuatzio sería el punto donde pretendían desarrollar el trabajo de excavaciones, no obstante, no fueron bien recibidos por la población. Así lo relata Noguera: “Por causas ajenas a nuestra voluntad y que no es del caso relatar en este artículo, las excavaciones proyectadas en terrenos de Ihuatzio no se pudieron llevar a cabo” (1931, p. 98).

²⁶ Otro destacado colaborador de Manuel Gamio en la Dirección de Antropología y que, asimismo, había participado en los trabajos en torno a *La población del Valle de Teotihuacán*.

Ante tal negativa para la realización de las investigaciones arqueológicas en Ihuatzio,²⁷ Noguera y Caso decidieron continuar su camino hacia la cabecera municipal: Tzintzuntzan, sitio en el que ya habían mostrado interés debido a que sabían del deterioro en que encontraban las estructuras a causa del trabajo de los agricultores, así como el arribo de turistas y buscadores de tesoros en la zona desde fines del siglo XIX. Entre ellos, Noguera menciona al Dr. Nicolás León, quien “practicó una prolongada exploración en dichos monumentos” al grado de considerar que no existía posibilidad de una reconstrucción fiel a su forma original (Noguera, 1931, p.99).

En este tenor, en el año de 1934 se publicó un texto póstumo de Nicolás León en el *Tomo I. Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, donde comparaba Tzintzuntzan con la antigua Itálica romana: “su aspecto es poco atrayente, lo que unido a las numerosas casas arruinadas que la forman, le dan tétrico aspecto, y produce una impresión tristísima, cual si fuese la Itálica de los tarascos”. Asimismo, destacaba que las exiguas viviendas de la población estaban hechas “con los restos de las grandes pirámides oyácatas, que en un tiempo fueron suntuosos templos de la diosa Xaratanga” (*Anales...*, p. 158).

Sería hasta el año de 1937, aún sin gestarse el INAH cual lo conocemos ahora, cuando en Michoacán se sentarían las bases para desarrollar un proyecto arqueológico por acuerdo del presidente de la República, el Gral. Lázaro Cárdenas del Río, quien en aquel momento delegó al Dr. Alfonso Caso, la tarea de llevar a cabo las exploraciones sistemáticas en la ribera del lago de Pátzcuaro.²⁸ Acompañado por el arqueólogo Jorge R. Acosta,²⁹ Armando Nicolau y el ingeniero Aquiles Rivera Paz, Caso realizó los primeros planos topográficos que se conocieron del sitio de Tzintzuntzan e Ihuatzio.

²⁷ Noguera no explica más detalles acerca de las dificultades que se les presentaron para entrar a trabajar en los terrenos de la localidad, no obstante, en la memoria de los habitantes de Ihuatzio existen recuerdos acerca de aquellos arqueólogos que “venían de parte del Gral. Cárdenas”, quien en ese periodo fungía el cargo de Gobernador de Michoacán; sin embargo, aun así no consintieron otorgar permiso a gente foránea que ya se habían metido a los terrenos sin dar aviso a los pobladores, según recuerda uno de los custodios del sitio en una charla reciente. Este testimonio puede ser impreciso si se trata de identificar entre sus narrativas a las dos personas en cuestión (Noguera y Caso), debido a que en Ihuatzio arribaron una serie de arqueólogos y no profesionales extranjeros y nacionales en busca de llevar a cabo exhumaciones; no obstante, la memoria local nos habla del continuo rechazo motivado por el enojo de sentirse observados y en el peor de los casos, despojados.

²⁸ Para ese momento Alfonso Caso había presidido el Departamento de Arqueología, Historia y Etnología (1933 - 1934) y contaba con la experiencia de haber realizado excavaciones en Monte Albán. En ese año fungía como director del Instituto de Antropología e Historia, organismo que años más tarde se convertiría en el actual Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

²⁹ Cabe mencionar que Acosta también generó una importante colección de registros fotográficos en torno a su práctica arqueológica, ésta asciende a 5,849 fotografías y éstas se encuentran resguardadas por el Sistema Nacional de Fototecas. Aún no se han identificado registros de Tzintzuntzan, Michoacán, aunque no se descarta dicha posibilidad entre su producción en torno a los sitios en que trabajó principalmente: Monte Albán, Monte Negro, la Mixteca, Tula, Chichén Itzá, Palenque, Teotihuacán, Zaachila y El Tajín (Casanova y Kónzevik, 2006).

Estos trabajos esbozaron como resultados iniciales a través de las curvas de nivel, la existencia de plataformas, montículos y escalinatas en ambos sitios (Acosta, 1939, p. 85). En este mismo periodo se integraría al equipo Daniel Rubín de la Borbolla (1931), quién continuaría los trabajos arqueológicos en Tzintzuntzan en las siguientes temporadas (1940, 1942 a 1946).

Posteriormente, en 1945 arribaría a Tzintzuntzan el arqueólogo Román Piña Chan, invitado por su maestro Rubín de la Borbolla, a diferencia de los otros arqueólogos de la época, el joven Piña Chan llevó cabo un registro fotográfico sistemático del proceso de excavación, vistas generales de los lugares con evidencia arqueológica, y, asimismo, de las personas anfitrionas de estos sitios.³⁰ Si bien es cierto que no se conoce un texto más allá de algunas páginas publicadas por Piña Chan acerca del trabajo realizado en Tzintzuntzan, su labor fue muy prolífica en el resto de la república;³¹ y valdría la pena preguntarse ¿qué relación existía con los tzintzuntzeños que trabajaba?, ya que es de los pocos arqueólogos que la población recuerda, pese a no haber escrito mucho acerca de ello.³² De acuerdo con lo que expresara el Dr. Iván Urdapilleta acerca de Piña Chan:

“Decía que por lo general cerca de un sitio arqueológico hay un pueblo de gente indígena y pobre, en el que no se fija el arqueólogo, que muchas veces cuida el sitio de los saqueadores. Infundía a sus alumnos la responsabilidad de ayudar a la gente”.³³

Temporada	Año	Dirección de arqueología	Auxiliares
I	1937	Dr. Alfonso Caso	Jorge R. Acosta e Ing. Aquiles Rivera Paz
II	1938	Dr. Alfonso Caso	Daniel Rubín de la Borbolla y Armando Nicolau
III	1940	Dr. Daniel Rubín de la Borbolla	Hugo Moedano Köer y Miguel Acosta Saignes
IV	1942	Daniel Rubín de la Borbolla	Ramón Gali
V	1943 - 44	Daniel Rubín de la Borbolla	Hugo Moedano Köer y los pasantes: Muriel Porter, Elma Estrada Balmori, Lauro J. Zavala, Carlos Aguilar Piedra y Jorge Obregón de la Parra.
VI	1945 - 46	Daniel Rubín de la Borbolla	Muriel Porter, Elma Estrada Balmón, Román Piña Chán y Chita de la Calle
VII	1962	Román Piña Chan	Doris Heyden, Marcia Castro Leal, Héctor Gálvez, Joan Taylor, Ariel Valencia, Genoveve Shenk y Annie Hout
VIII	1964	Román Piña Chan	Hipólito Sánchez Vera
IX	1968 -69	Román Piña Chan	Myriam Hers, Michel Krutt, Talia Shay, Susana Pfersdorff, Elena Eritta y Eduardo Corona

Cuadro de Temporadas de Excavación basado en “Historia de la arqueología en Tzintzuntzan, Michoacán” por Román Piña Chán. Ca. 1969 – 1977

³⁰ Entre las poco más de 20 mil fotografías que registrara el arqueólogo Piña Chan durante su carrera –las cuales hoy día son resguardadas entre los acervos de la Universidad Autónoma de Campeche–, existen catalogadas con la variable “Tzintzuntzan” 668 fotografías que están íntimamente ligadas a la temporada de excavación de 1945; no obstante, existen otros registros organizados como “Paisajes de Michoacán” donde se puede apreciar que eran más que eso, eran vistas panorámicas y/o fotos con planos generales de sitios con evidencia arqueológica, tales como montículos en su mayoría.

³¹ “Registran el Acervo Román Piña Chan como Memoria del mundo de México” Boletín No. 43 de la Dirección de Medios de Comunicación. Disponible en http://www.inah.gob.mx/images/boletines/pdf/articulo/5025/2016_043.pdf

³² Con esto me refiero a publicaciones de circulación académica, ya que en lo que respecta a sus diarios de campo, Piña Chan escribió doce ejemplares que hoy día son resguardados en la Universidad de Campeche.

³³ “Archivo del campechano Piña Chan, patrimonio mundial UNESCO” en *Proceso*, 29 de febrero 2016. Disponible en <https://www.proceso.com.mx/431772/431772>



Hasta este momento hemos esbozado una serie de personajes de la arqueología mexicana que trabajaron en Tzintzuntzan, se podría decir en correspondencia con Olay Barrientos (2004) que “los purépechas atrajeron la atención de los principales arqueólogos de México entre 1930 y 1946”.

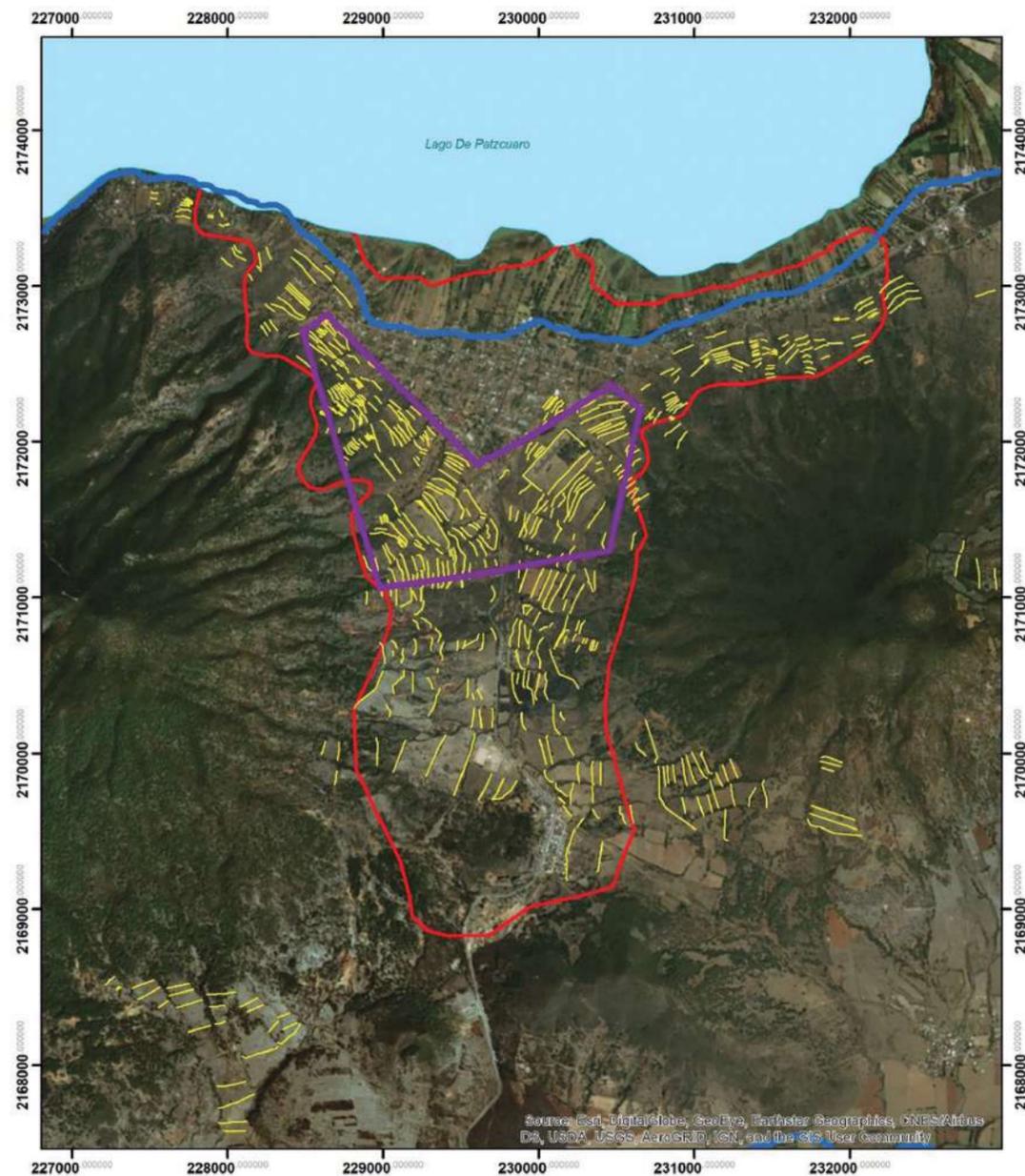
En 1962, una vez que estuvo al frente de la Dirección de Monumentos Prehispánicos Román Piña Chan facilitó la realización de “las temporadas séptima, octava y novena, en las cuales participaron Ariel Valencia Ramírez, Joan L. Taylor, Doris Heyden y otros estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia”. Ya en la década de los setentas sería la arqueóloga norteamericana Helen Pollard quién reanudaría las investigaciones en torno a Tzintzuntzan, llevando a cabo excavaciones en el sitio y reportando haber localizado dentro de los Archivos de Inteligencia de Washington, D. C. fotografías aéreas de los años cuarenta; las cuales le sirvieron para realizar planos en toda la localidad³⁴. No obstante, la incursión de Helen Pollard en la ribera del lago no fue algo muy bien visto por la comunidad arqueológica en nuestro país, puesto que hubo muchos inconvenientes para que ella realizara trabajo arqueológico; entre las adversidades a las que se confrontó, se sabe que en un inicio se le había negado la posibilidad de realizar excavaciones y por ende, en su primera etapa sólo se dedicó a realizar recorridos de prospección³⁵.



3. En 1942, la Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos (US Army Air Force) tomó fotografías aéreas de México; las cámaras se montaron de modo que hubiera una fotografía vertical y dos oblicuas tomadas a una escala aproximada de 1: 40.000. Cortesía Helen Pollard.

³⁴ “Tzintzuntzan” en Diálogos con el pasado. Consultado el 6 de marzo 2018 en línea en <http://arqueologia.inah.gob.mx/wp-content/uploads/2017/02/TZINTZUNTZAN.pdf>

³⁵ Hellen Pollard, “Los retos de hacer arqueología en la cuenca de Pátzcuaro en los años 70s” ponencia que impartió durante el desarrollo del Tercer Coloquio de Arqueología en Michoacán, celebrado en el mes de noviembre 2018, en el Centro INAH, Morelia, Michoacán.



Prospección arqueológica de Tzintzuntzan, antigua ciudad de Michoacán, mediante tecnología LiDAR



Simbología

- Límite lago 1520
- Mich_Tzintzuntzan_poligonal y malla_dxf Polyline

4. Delimitación de la ciudad antigua de Tzintzuntzan vs trazo de la poligonal de conservación. Las líneas amarillas representan la presencia de terrazas prehispánicas. Cortesía Dr. José Luis Punzo

Años después, en 1977 y 1978 Román Piña Chan inauguraría el cargo como coordinador del Centro Regional México – Michoacán del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Barba, 2010), y bajo su asesoría el arqueólogo Rubén Cabrera Castro (1988), llevaría a cabo la décima temporada de excavaciones en el municipio de Tzintzuntzan. Es de especial atención esta etapa de trabajo, ya que influenciado por el pensamiento de Román Piña Chan, el trabajo arqueológico no se limitaría a las excavaciones y restauraciones del sitio arqueológico, sino en esta ocasión se realizarían investigaciones más allá del espacio que se había delimitado; es decir, Cabrera indagó acerca de las actividades que realizaba la población actual, así como el levantamiento topográfico para conocer las dimensiones de la ciudad en conjunto; asimismo “la localización de actividades específicas; la exploración de casas habitación del tipo rural o rural-urbano para conocer sus características y hacer comparaciones con las casas del tipo residencial” (Cabrera, 1988, p. 193).

Estas acciones traerían consigo una mejor comprensión de las temporalidades acerca del área de estudio, así como la satisfacción de los dos tipos de arqueología presente en esos años, por un lado la que proponía el Estado “con fines sociales, didácticos y de difusión y por el otro, el objetivo que está más relacionado con la actividad científica de la arqueología, el de llegar a conocer mejor las actividades sociales de los grupos humanos que habitaron y construyeron este sitio”. Cabe señalar que pese al gran esfuerzo que profesaba la Institución encargada de llevar a cabo las tareas de difusión y educación, los saqueos continuaron en el sitio, según lo reportaba Cabrera (1988, p.193).

¿Por qué continuaban –o continúan– estas prácticas en torno a los sitios arqueológicos? Una vía para comprender este fenómeno la daba implícitamente el autor, al referir el escaso presupuesto con que se contaba, aunado a que no había un arqueólogo asignado a una sola zona arqueológica,

sino que excavaban y posteriormente, tenían que concluir otros estudios realizados en sitios ajenos a Tzintzuntzan³⁶.

Es de vital importancia señalar que durante el periodo en que trabajó Rubén Cabrera en Tzintzuntzan, se realizó la primera delimitación del sitio arqueológico en la década de los 80. Esto trajo consigo diversas discusiones entre los pobladores y la institución, en particular con el primer director del Centro INAH Michoacán: Román Piña Chan; debido a los problemas que había respecto al nulo trabajo que realizaba la institución en torno a la conservación del Ex-convento Franciscano del siglo XVI, lo cual era una de las demandas de la Iglesia en aquellos años, esto aunado a los hallazgos en sus predios, así como la compra de los primeros terrenos para llevar a cabo la delimitación de la zona arqueológica.

Cuando nosotros estuvimos procuramos la conservación del sitio, no solamente la investigación. El sitio ya lo había adquirido el INAH, sólo que no le daba la atención necesaria (...) Nosotros solicitábamos el permiso para trabajar en los patios de las casas y la gente si nos dio permiso con la condición de que volviéramos a tapar, a rellenar los pozos; pero en la iglesia si había cierta resistencia, pero no era con nosotros, era directamente con el director del INAH, en este caso Piña Chan y sus colaboradores administrativos³⁷.

Por lo anterior, podemos advertir que en lo que concierne a la relación del arqueólogo Cabrera con la población, él recuerda que nunca tuvo ningún desacuerdo con los pobladores y hasta le fue posible llevar a cabo pozos y calas de sondeo en los patios de sus casas; no obstante, reconocía que para fines de los setenta ya había cierta reticencia de parte de ciertos

³⁶ Cabrera tuvo que dejar sus trabajos en Tzintzuntzan para concluir compromisos con el INAH en Teotihuacán. No obstante, explicaba “como responsable que fui de aquellas excavaciones, es mi compromiso de llevar todo el estudio de la información recabada a su feliz término en un futuro próximo” (1988, p. 212). Esto lo refería el Dr. Cabrera hace 31 años, no obstante, de acuerdo a la charla que tuve con él, me confirmaba que hasta el 2018 tuvo materiales de Tzintzuntzan en su centro de trabajo en Teotihuacán, donde les estuvo realizando estudios y “próximamente se devolverían al Centro INAH Michoacán”. Este tipo de acciones da cuenta del vasto trabajo que se va rezagando debido a la falta de presupuestos y continuidad de las investigaciones que realizan los arqueólogos bajo la tutela del INAH. Entrevista telefónica con el Dr. Rubén Cabrera, 30 de mayo 2019.

Por otra parte, cabe hacer una crítica a esta explicación institucional donde se hace inferencia que el asunto del saqueo se limita a pensarse desde la falta de una presencia institucional y/o recursos económicos; ejemplo de esto es lo que Luis Vázquez León refería en entrevista acerca del saqueo como una actividad especializada para diversas zonas del país, entre ellas, para Nayarit y Jalisco. En particular, haciendo referencia al papel que jugaron los saqueadores para asesorar a los arqueólogos durante el proyecto de salvamento en torno a la construcción de la autopista, pues fue gracias al ojo entrenado de los saqueadores que se “descubrieron” tumbas de tiro en esta región. Entrevista realizada en Guadalajara, 13 de abril 2019.

³⁷ Entrevista con el Dr. Rubén Cabrera, Teotihuacán, Estado de México, 30 de mayo 2019.

actores en Tzintzuntzan, respecto al trabajo que realizaba el INAH en la localidad.

Entre el año 1991 y 1993 se estableció en Tzintzuntzan una poligonal de conservación de aproximadamente 180 has con una restricción total “reservada para la investigación y conservación de los monumentos arqueológicos”. Dentro de este periodo y este predio, en 1993 durante el desarrollo de la undécima temporada a cargo del arqueólogo Efraín Cárdenas, se delimitaron las 18 hectáreas³⁸ donde yacen las yácatas y la plataforma que ha sido investigada de manera preponderante en comparación con la que se localiza en las faldas del cerro Tariaqueri, con la finalidad de ser un espacio destinado para “la investigación, conservación y difusión del patrimonio arqueológico”. Asimismo, fue bajo su dirección que se abrió el primer Museo del sitio construido prácticamente encima de algunas estructuras, las cuales fueron removidas o reutilizadas para la edificación del mismo³⁹, y posteriormente vinieron algunas ampliaciones, de acuerdo a la demanda que había sido rebasada para el año 2008 y que había generado en algunos arqueólogos como el Dr. Arturo Oliveros, la inquietud de ampliar ese espacio (Robles y Landa, 2013).

Pero no fue hasta el año 2012, gracias a la puesta en marcha del “Proyecto Especial Michoacán”, que se ejecutarían las tareas de ampliación del Museo, como parte de “la atención integral de los sitios” que tenían la finalidad de mejorar la imagen que yacía en el olvido desde hace más de 10 años, según declaraba la arqueóloga Olga Landa, quien entonces encabezaba dichos trabajos⁴⁰. Cabe señalar que para estas tareas hubo una inversión de más de 10 millones de pesos, que el INAH aplicó a este programa en busca de llevar a cabo tareas de investigación y conservación de cinco zonas arqueológicas: Tzintzuntzan, Ihuatzio, Tingambato, Huandacareo y Tres Cerritos.

Como un ejemplo de perseverancia, el Museo de Sitio fue un esfuerzo del INAH y la comunidad mediante el apoyo de académicos, técnicos, custodios, comités comunitarios, y trabajadores del proyecto, con lo cual se trascendieron las problemáticas de orden técnico, ideológico y político, consiguiendo el tan aca-

³⁸ La regulación y delimitación de los terrenos a favor del INAH es una de las tareas que han generado mayor discusión entre el Estado, la Academia y las poblaciones anfitrionas de dichos recintos.

³⁹ “Los funcionarios del INAH destruyen monumentos arqueológicos en Tzintzuntzan”, 20 julio 2012 en <https://arkeopattias.wordpress.com/2012/07/20/los-funcionarios-del-inah-destruyen-monumentos-arqueologicos-en-tzintzuntzan/>

⁴⁰ “Restaura INAH sitios prehispánicos de Michoacán” Publicado el 6 de septiembre de 2012 en <http://www.inah.gob.mx/es/boletines/2577-restaura-inah-sitios-prehispanicos-de-michoacan>

riciado sueño de lograr un museo para Tzintzuntzan (Robles y Landa, 2012).

Si bien es cierto que para la creación del Museo de sitio fueron tomados en cuenta un sector de la población, el cual fue integrado y apoyado por líderes tradicionales y políticos de Tzintzuntzan, no todo fue en armonía como lo plantea la anterior cita, habría que revisar los matices bajo los cuales trabajaron las partes involucradas en la puesta en marcha de este espacio, con la finalidad de desenmarañar las causas de la falta de vinculación social que aún persiste en torno a la arqueología de la región⁴¹.

Como hemos revisado hasta este momento, a lo largo del desarrollo de la arqueología en Tzintzuntzan, se han ido identificando principalmente dos tipos de trabajos, por un lado aquellos que van de parte del INAH, y por otra lado, aquellos que han llevado a cabo arqueólogos y antropólogos a través de universidades y/o centros de investigación sean nacionales o extranjeros. En este segundo caso, hablaré de uno de los más emblemáticos a causa del impacto mediático que tuvo en años recientes.

En febrero del 2018 tuvo lugar en los medios de comunicación la proyección de Tzintzuntzan a nivel mundial gracias al “descubrimiento que habían realizado científicos norteamericanos”, según palabras que declaraban diarios y agencias nacionales e internacionales. Dichas investigaciones se encontraban –y continúan hasta la actualidad– a cargo del antropólogo Chris Fisher, quién en aquella ocasión emitió un juicio que a decir de los arqueólogos mexicanos, exageró al presentar su proyecto Angamuco como “la Manhattan purépecha”, por tener más de 40 mil estructuras como la isla norteamericana.

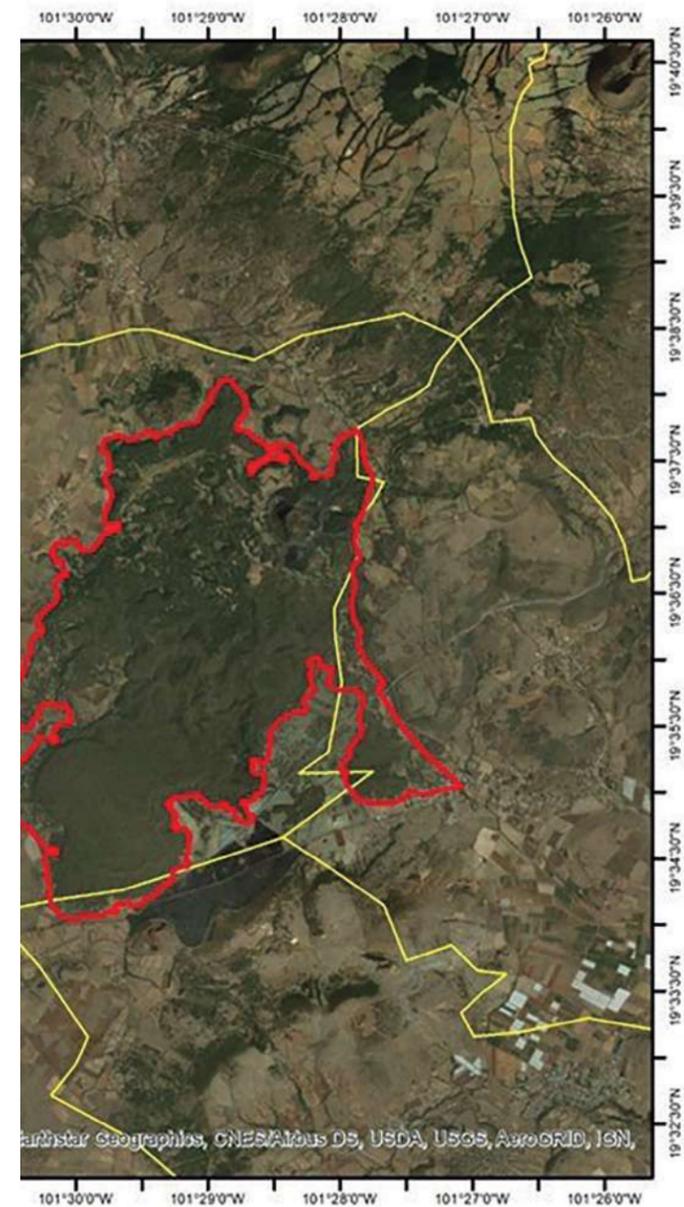
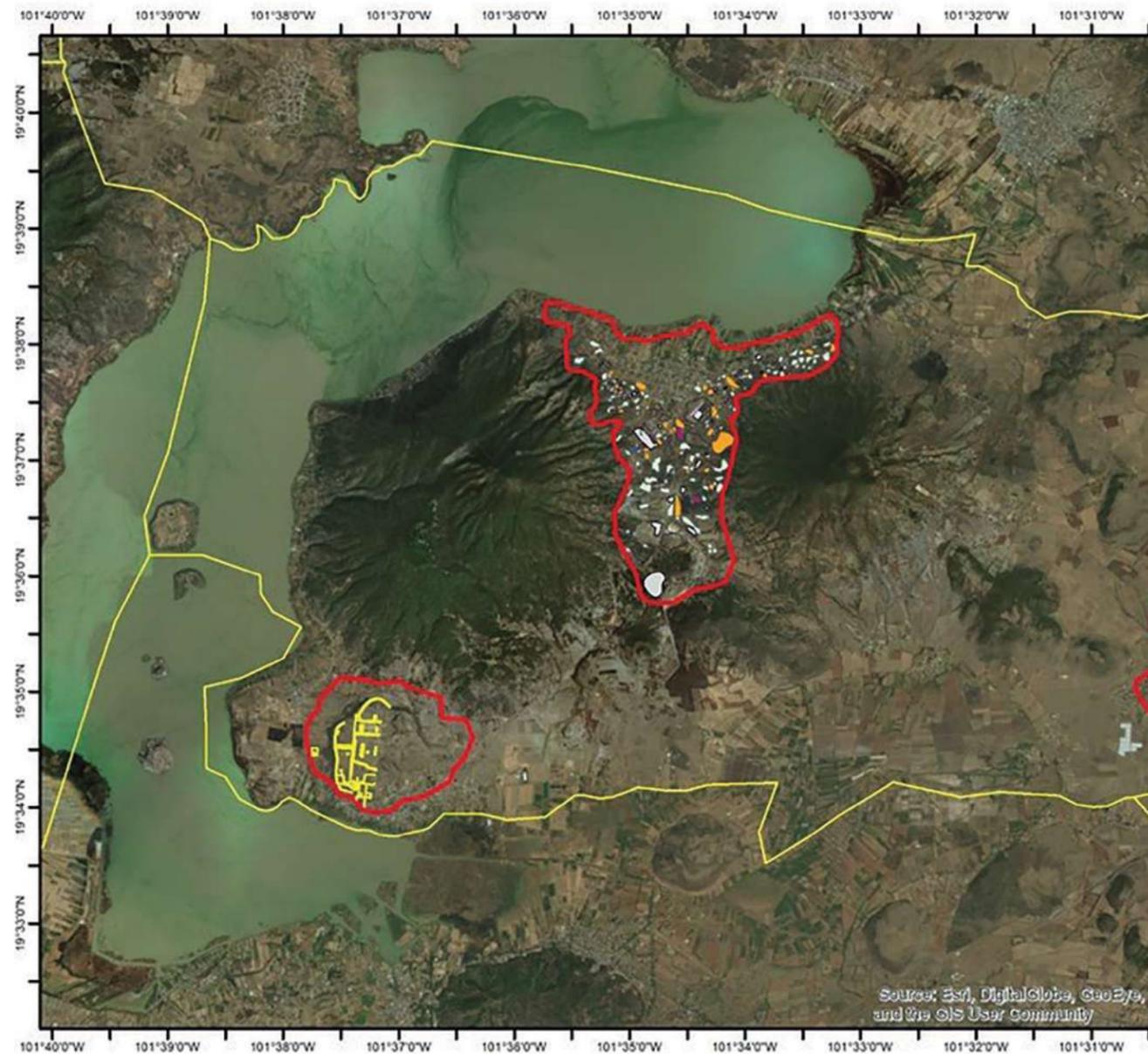
Dicho proyecto inició desde el año 2007 y pese a que se han desarrollado numerosas excavaciones, en donde cabe decir, se ha involucrado a gente de las localidades aledañas al sitio, lo trabajado hasta hoy día representa sólo el 5% del total que identificaron los expertos en el año 2011 a través de la implementación de la tecnología LIDAR (acrónimo de *Light Detection and Ranging*, es decir, detección por luz y distancia); con la cual prácticamente “descubrieron” miles de estructuras en un área que comprende tres municipios: Lagunillas, Quiroga y Tzintzuntzan.

Esta noticia se tergiversó y mal interpretó por parte de la prensa, quienes cuestionaron las razones del por qué el INAH y sus arqueólogos mexicanos no se habían dado cuenta antes de esto. Y si lo sabía por qué no lo habían dado a conocer. En realidad no es que no hubiese antecedentes de ello, sólo que la forma como se dieron a conocer dichos hallazgos, dejaban ver

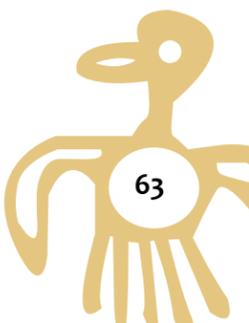
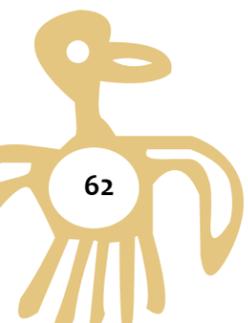
que eran los arqueólogos extranjeros los que venían a “descubrir”, mientras que sus homólogos mexicanos no hacían mucho al respecto.

Sin embargo, en los hechos ya se sabía de más de 2,000 sitios registrados en Michoacán (;ojo! sitios, no estructuras), pero de los cuales sólo 6 se encuentran abiertos al público (Ihuatzio, Tingambato, Huandacareo, Tres Cerritos, San Felipe de los Alzati y Tzintzuntzan). Entre estos, se conocía de más de 200 en la ribera del lago; no obstante, la posición de los arqueólogos mexicanos del INAH resulta rebasada, en comparación a la forma de trabajo de los arqueólogos norteamericanos. Esto debido a que en la práctica el trabajo del arqueólogo del INAH va ligado a la propiedad de la tierra y con esto, las distintas problemáticas y tensiones de las que hablaré más adelante; mientras que la arqueología que se hace desde las universidades o centros de investigación se ve beneficiada a menudo, porque en la mayoría de las ocasiones sólo es necesario un diálogo entre actores involucrados e instituciones, para llevar a cabo investigaciones que no implican –o, derivan en– la compra o disputa de los terrenos donde yacen los vestigios. Tarea a la que se confrontan a menudo muchos arqueólogos y arqueólogas del INAH, para quienes su trabajo en la actualidad se aproxima cada vez más a “cuidar ranchos”.

41 Esto lo retomaré en el capítulo III. Vinculación y apropiación social del conocimiento antropológico.



5. Delimitación actual del municipio de Tzintzuntzan, con una extensión de 136.4 km². En rojo se distinguen las áreas con presencia arqueológica comprendidas de izquierda a derecha: Localidad de Ihuatzio con 2.5 km², con un sitio abierto al público de sólo .057 km², es decir 5.7 has. Por otra parte, la Ciudad de Tzintzuntzan con una extensión de 13.8 km², dentro de la cual se encuentra la poligonal de conservación de 1.9 km²; con un polígono abierto al público de sólo .18 km², es decir 18 km², y finalmente, el sitio arqueológico de Angamuco identificado por la tecnología LIDAR con 20.30 km². Cortesía Dr. José Luis Punzo



1.4 Proyectos antropológicos en Tzintzuntzan

1.4.1 George Foster. Influencia y trabajo de campo de larga duración

La presencia de instituciones extranjeras en Tzintzuntzan se dio desde inicios del siglo XX, no obstante, a mediados del siglo pasado estas incursiones marcaron un parte aguas en el quehacer antropológico no sólo para la región, sino a nivel mundial. En enero de 1945, arribó el antropólogo George Foster, gracias al financiamiento del recién creado Instituto de Antropología Social del Instituto Smithsonian y, asimismo, por ser profesor visitante en la también joven institución Escuela Nacional de Antropología e Historia.⁴² Con él, llegaron de forma paulatina estudiantes nacionales y extranjeros, para desarrollar propuestas teóricas a partir del estudio de caso de más de siete décadas entre los tzintzuntzeños;⁴³ los cuales tuvieron un impacto de tal forma que sus teorías en torno al bien limitado⁴⁴ y el desarrollo de la antropología aplicada y médica⁴⁵ fueron tomadas como referentes teóricos por distintas antropologías desde la década de los cincuentas hasta la actualidad (Ojeda, 2019).⁴⁶

⁴² Cabe mencionar que la incursión de Foster a Tzintzuntzan, se dio de manera inesperada puesto que su plan inicial era llegar a Ihuatzio, pero corrieron con la misma suerte de Alfonso Caso y Eduardo Noguera, a quienes una década atrás les resultó imposible trabajar en dicha comunidad a causa de la resistencia de los pobladores contra forasteros.

⁴³ George Foster fue un precursor de los estudios longitudinales o “*Long-term field research*”. Para más detalles véase Foster (2010) “Medio siglo de investigación de campo en Tzintzuntzan” en Kemper y Peterson. *Crónicas culturales. Investigaciones de campo a largo plazo en Antropología*. México, D. F. CIESAS – Universidad Iberoamericana, pp. 287-321.

⁴⁴ George Foster proponía con esta teoría que las sociedades campesinas consideraban que no había suficiente para todos, que lo bueno era limitado, y para esto la gente buscaba explicaciones de lo económico a partir de un supuesto ideológico y/o cultural, en algunos casos en la brujería y aspectos mitológicos; o bien, a causa de fenómenos naturales.

⁴⁵ En esta línea su propuesta teórica se basó en la distinción entre los conceptos de frío o calor como agentes etiológicos observados en la medicina tradicional de los habitantes de la región lacustre. “Tzintzuntzan. Treinta años después, entrevista con George Foster” (Martínez, 1996).

⁴⁶ Asimismo, desarrolló trabajos en torno a la arqueología en la región, aunque de ellos poco se difundió entre la academia mexicana. Al respecto, en una plática que tuve con el antropólogo Stanley Brandes a finales de marzo, él destacaba que las principales investigaciones arqueológicas acerca de Tzintzuntzan, habían sido desarrolladas también por su maestro Foster y pese a la presencia de arqueólogos mexicanos, jamás leyó nada y ni recordó nombres de los ahí presentes. Si acaso recordaba que hubo meses en que había un arqueólogo japonés en el sitio. Desafortunadamente los materiales publicados por Foster alusivos a la arqueología y alfarería no se dieron a conocer entre el gremio mexicano.

Entre aquellos primeros estudiantes que arribaron a Tzintzuntzan con George Foster para ser capacitados en metodologías de investigación, se encontraban “Gabriel Ospina (colombiano), Pablo Velásquez (nativo tarasco de la sierra, al oeste del lago), Remy Bastien (haitiano), y Chita de la Calle (mexicana)” (Foster, 2010, p. 290). De estos estudiantes, Gabriel Ospina se quedó a trabajar en Tzintzuntzan, y, en la región del lago de Pátzcuaro por unos años más. Destacó entre sus compañeros de aquel grupo por haber sido coautor del libro emblemático de George Foster “*Empire’s children: the people of Tzintzuntzan*”, aunque no “apareció en tal calidad por encontrarse preparando otra obra con los mismos materiales. La obra prometida nunca se publicó” (Medina, 2013, p. 12).

En este contexto, el 9 de mayo de 1951 se fundó el Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe (CREFAL) en la ciudad de Pátzcuaro. Proyecto al que fue invitado Gabriel Ospina como parte de sus miembros principales apenas un año después de la creación de este centro, con la encomienda de llevar a cabo una antropología aplicada en aras del desarrollo de las comunidades indígenas y campesinas de la región, más allá de Tzintzuntzan. Del trabajo realizado por CREFAL en Tzintzuntzan, destacan las obras acerca de la educación y problemáticas sociales de Tzintzuntzan (Ospina, 1954; 1957).⁴⁷ Del mismo periodo, trabajos en torno a la cerámica, los cuales serían los fundamentos sobre los que se llevarían a cabo los talleres de alfarería y cerámica de alta temperatura (García Manzanedo, 1955). Por otra parte, se realizarían filmaciones –hoy históricas–, como el guion documental “Tzintzuntzan, el pueblo que despierta”, escrito en el año de 1955 por Lucien Parizeau y Francine Van De-Wiele;⁴⁸ donde quedaron registrados los cambios tecnológicos introducidos por CREFAL en Tzintzuntzan.

Asimismo, en “*Rapport au CREFAL sur l’amélioration des méthodes de travail dans l’art de la céramique et la fabrication des briques dans la région de Tzintzuntzan*”⁴⁹ artículo fechado para el año de 1959, se llevó a cabo un

⁴⁷ Gabriel Ospina deja México en la década de los cincuentas tras la oferta de la dirección del Instituto de Antropología Social en su natal Colombia, cargo que habían ofrecido al antropólogo John Campbell y después a George Foster, sin lograr consolidar dichas propuestas, debido a que era un proyecto nacional y por ende, se necesitaba del antropólogo colombiano mejor preparado para esos momentos. No obstante, Gabriel Ospina mantuvo contacto durante muchos años con algunas familias de Tzintzuntzan. Al grado de adquirir un terreno en la localidad. Para más detalles del desarrollo de esta institución y la antropología colombiana véase Hernando Andrés Pulido Londoño (2020) “Antropología y modernización conservadora en Colombia: el Instituto de Antropología Social y el fin de la Escuela Normal Superior (1945-1951)”, in *Bérose - Encyclopédie internationale des histoires de l’anthropologie*, Paris.

⁴⁸ Cabe señalar que este guion de 48 páginas se concretó en el filme “Tzintzuntzan”, el cual se publicó hasta el año de 1961. Película donde se narra la vida cotidiana en Tzintzuntzan, así como los cambios implementados por la institución de CREFAL; entre ellos, la promoción de trabajo en telares, la carpintería y la escuela para alfareros que había hasta hace un año a un costado de la capilla abierta.

⁴⁹ “Informe de CREFAL sobre la mejora de los métodos de trabajo en el arte de la cerámica y la fabricación de ladrillos en la región de Tzintzuntzan” traducción propia.

análisis de viabilidad acerca de la implementación de talleres artesanales de ladrillos y otros oficios para mejorar la calidad de vida de los tzintzuntzeños. De igual forma, sin autor identificado, en el *Estudio de la comunidad de Tzintzuntzan*, se presentó un análisis y evaluación del progreso de las políticas públicas que había implementado CREFAL en las comunidades aledañas a la región del lago hasta los años setentas. Otra disertación relevante la realizaría la antropóloga alemana Beate S. Engelbrecht, quién a fines de los setenta e inicios de los ochenta, llevó a cabo un estudio comparativo entre la alfarería de Patamban y la de Tzintzuntzan, Michoacán; el cual años más tarde esta investigación fue parte de su trabajo doctoral presentado para el Instituto de Etnología en Basel, Suiza (Engelbrecht, 1987).⁵⁰

De forma paralela a la labor desarrollada por CREFAL en Tzintzuntzan, se desarrollaron importantes incursiones, principalmente a cargo de dos alumnos extranjeros que acompañaron a George Foster por primera vez desde 1967 a Tzintzuntzan: Robert Van Kemper y Stanley Brandes. De acuerdo a la apreciación que hace Guillermo de la Peña (en Ojeda, 2019, pp. 15 -71) estos trabajos realizados en el marco del Proyecto Tarasco y años subsecuentes, se adscribieron a una antropología con cierta tendencia o “modo actitudinal progresista, esto es –que– entendían la investigación científica como utensilio para identificar problemas sociales y proponer soluciones”.⁵¹ En este contexto, las investigaciones desarrolladas por sus alumnos y colaboradores más cercanos de Foster, se enfocarían en los cambios sociales de Tzintzuntzan visto como una comunidad campesina en transformación durante la segunda mitad del siglo XX.⁵²

No obstante, las temáticas desarrolladas por los alumnos fueron adaptándose hacia nuevas líneas de investigación, como el caso de Robert Kemper, quien se centró en el estudio de migrantes tzintzuntzeños en la Ciudad de México y, asimismo, a nivel internacional; sin embargo, siem-

⁵⁰ Una revisión crítica al trabajo realizado por CREFAL en el caso de Tzintzuntzan, es el realizado por Gunther Dietz (1995) quién hace un trabajo comparativo acerca del impacto que ha tenido la presencia de instituciones educativas y económicas a lo largo de cinco décadas en ocho localidades alfareras en Michoacán, entre ellas Tzintzuntzan.

⁵¹ Asimismo, es imprescindible acotar que esto obedecía a un paradigma en boga en aquellos años: La aculturación, la cual era una propuesta que provenía principalmente del pensamiento extranjero, a través de los planteamientos hechos por los antropólogos Melville Herskovits, Robert Redfield, Ralph Linton y George Foster (este último a partir de su trabajo en Tzintzuntzan cabe destacar). No obstante, en México, fue el antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán quién desarrolló y adaptó la interrelación entre el proceso de aculturación y la asimilación, provisto en sus obras *Regiones de refugio* (1967) y *El proceso de aculturación* (1970); antecedido en nuestro país sólo por las ideas planteadas por Manuel Gamio (1916), Moisés Sáenz (1936; 1966) y Alfonso Caso (1958) (Fábregas, 2012).

⁵² Gunter Dietz (2001) refiere que la etnografía de la región purépecha sienta sus bases en los estudios de comunidad, potenciados por el Proyecto Tarasco, donde la firma de convenios entre Instituciones académicas (IPN y Universidad de California) y el Depto. de Asuntos Indígenas del Gobierno Federal creado por Lázaro Cárdenas, va ser fundamental para explicar el trabajo sistemático en aquellos años desde la antropología en Michoacán. En “La comunidad purépecha como cultura híbrida: regionalizaciones y localizaciones de “lo indígena” en México”. *Diálogos Latinoamericanos* núm. 3, Aarhus, Dinamarca pp. 3-42.

pre mantuvo contacto con la población central desde su llegada en 1967 hasta su deceso a los setenta y siete años de edad. Él recibió la estafeta de los estudios longitudinales de manos de su mentor George Foster, participando en la recolección, comparación y análisis de datos etnográficos recabados acerca de la población de Tzintzuntzan en distintos contextos, con los cuales inicialmente cuestionó los modelos emblemáticos de los estudios acerca del *continuum folk* – urbanos propuesto por Robert Redfield (1930;1941;1946;1947), y, revisado por Oscar Lewis(1965) a mediados del siglo XX (Gorelik,2008), hasta llegar hacer su propuesta teórica acerca del papel de las redes sociales en el estudio de la migración (1970; 1971a; 1971b; 1973; 1974a; 1974b; 1977; 1979a; 1979b; 1979c; 1987).

Como podemos advertir, su obra fue muy prolífica, desde el año de 1970 hasta el 2010 publicó casi media centena de artículos relacionados a Tzintzuntzan, donde abordó temáticas como la urbanización (1975; 1981), organización familiar, compadrazgos, economía doméstica, turismo (1979d) comida e identidad étnica (1996), entre otros temas.⁵³

Por otra parte, la participación de Stanley Brandes en los proyectos en torno a Tzintzuntzan se dio gracias al interés que manifestó durante su doctorado por el estudio del campesinado, una línea de investigación que para la década de los sesentas George Foster había desarrollado desde la Universidad de Berkeley; no obstante, Stanley tomaría una postura diferente a la de su mentor George Foster tras la discrepancia de continuar haciendo una antropología aplicada (Wright, 2018).⁵⁴ En este sentido, al llegar a Tzintzuntzan, Brandes comenzó sus observaciones sobre el campesinado más allá de verlo como un problema a resolver, se dedicó a intentar comprender el significado que daban los tzintzuntzeños a su forma de vida, sus prácticas sociales y ceremoniales. De ahí devinieron una serie de publicaciones en torno a las bodas (1968), danzas (1979), fiestas (1981a; 1981b; 1987), posadas (1983), metáforas y mitos (1984), la comida (1988; 1990) y la celebración de las animas (1994) entre otras temáticas.

Paralelo a esto, desde 1973 Brandes iniciaría su investigación en torno a su obra más conocida *Poder y persuasión. Las fiestas y control social en las zonas rurales de México* donde analizó el ciclo festivo anual de Tzintzuntzan (Brandes, 1988). Con esta obra demostró su visión acerca del trabajo del antropólogo en comunidad, donde refiere que: “el trabajo del antropólo-

⁵³ Una pequeña muestra de su trabajo lo menciona en su artículo “Del estudio principiante al custodio permanente: Tzintzuntzan como comunidad extendida” Kemper & Peterson (2010, pp.323-355).

⁵⁴ De acuerdo a la apreciación que hace Anthony Wright, Brandes influido por el contexto social y político de Estados Unidos y la posguerra de Vietnam, expresa su malestar de utilizar la antropología para el cambio dirigido en las poblaciones analizadas, cuestionando los modelos y proponiendo nuevas formas de utilizar la antropología para la comprensión del “otro” y no para su integración. Una postura que emergería en distintas latitudes del mundo.

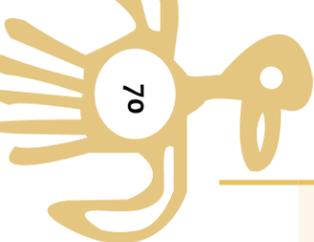
go es documentar y explicar el cambio cultural, no guiarlo” (Wright, 2018, p.576).

Finalmente, décadas más tarde, en el verano de 1998, la pareja George y Mary Foster viajaron a Tzintzuntzan con la intención de presentar ante la comunidad a dos alumnos más de doctorado, esta vez eran tutorados por Stanley Brandes; pese a que uno de estos alumnos abandonó el programa de doctorado,⁵⁵ el otro: Peter Cahn, realizaría su primera estancia de dos meses con la finalidad de introducirse por primera vez al trabajo de campo y de forma paulatina, llevaría a cabo sus indagatorias en torno a la comercialización de la alfarería. Tras no percibir interés de parte de los tzintzuntzeños en el tema (Cahn en Kemper, 2010, p. 363), decidió replantear su investigación en su próxima visita a Tzintzuntzan, para un año después enfocarse en la llegada de iglesias evangélicas a Tzintzuntzan y sus efectos en la comunidad (Cahn, 2003).

Hasta este momento hemos desarrollado una descripción general acerca de los proyectos antropológicos más relevantes que se llevaron a cabo en Tzintzuntzan, Michoacán con la finalidad de brindar un contexto histórico amplio acerca de las incursiones de arqueólogos y antropólogos en esta comunidad. Pero ¿qué ha quedado de estos proyectos entre los tzintzuntzeños?, ¿Cuáles son las memorias y/o representaciones sociales que existen entre la comunidad en torno a la práctica profesional e incursiones de la arqueología y la antropología en esta región? Esto lo averiguaremos en adelante.

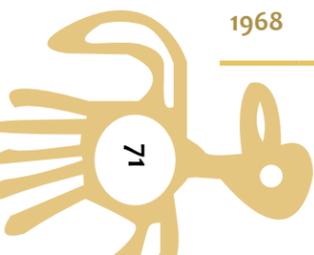
	Arqueología	Nacional	Antropología
1852	Ignacio Traspeña Excava y demuele el monolítico III con la pretensión de hallar tesoros		
1861	Tzintzuntzan se denomina “Ciudad Primitiva”		
1873	Clérigo Indio Domingo Reyes Corral Excava las yácatas y muere por un derrumbe		
		1886 Se crea el Museo Michoacano	
1888	Charles Harford y Nicolás León Excava con la intención de encontrar riquezas y el camino subterráneo a Ihuatzio. Nicolás León publica un artículo sobre las Yácatas de Tzintzuntzan	1888 Nicolás León edita los Anales del Museo Michoacano	
1895	Carl Lumholtz Explora la región lacustre y registra que en Tzintzuntzan se hayan cinco enormes montículos sobre una plataforma		
1902	Carl Lumholtz y Aleš Hrdlička Retratan al pueblo purépecha de distintas regiones entre ellas de la ribera del Lago de Pátzcuaro		
1908	Julián Bonavit Realiza un estudio monográfico “Objetos arqueológicos encontrados en Ihuatzio” donde describe el hallazgo de tres monolitos Chac Mol y otras en forma de coyote	1917 - 1919 Manuel Gamio desarrolla el proyecto de La población del Valle de Teotihuacan	Paradigma de investigación: Creación del discurso posrevolucionario de Identidad Nacional

⁵⁵ Peter Cahn se refiere a esta persona solo como alguien del género femenino que abandonó el programa de doctorado, sin embargo, no brinda el nombre de la persona: “me afectó en particular el caso de la colega que me había acompañado en el verano de 1998. Ella luego abandonó el programa doctoral de Berkeley, así me vi obligado a defender no sólo sus motivos, sino también los míos” (2010, p. 366).



	Arqueología	Nacional	Antropología
	Ignacio Marquina Estudia las Yácatas en Ihuatzio. Registro fotográfico	1928 - 1932 Periodo gubernatura del Gral. Lázaro Cárdenas. Se gesta el Proyecto Carapan donde participan Moisés Sáenz y Miguel Othón de Mendizábal	Había 46 sitios de Michoacán registrados en el catálogo nacional. Espejel
1930 - 1928	Eduardo Noguera Propone emprender exploraciones en la región lacustre	1932 - 1933 Se pone en marcha el Proyecto Carapan bajo la aprobación del Gral. Lázaro Cárdenas, entonces gobernador de Michoacán	Paradigma de investigación: - Resolver el problema indígena - La integración del indio a la vida nacional
1931	Tzintzuntzan es reivindicado como municipio	1934 - 1940 Periodo Presidencial del Gral. Lázaro Cárdenas	
1931	Eduardo Noguera y Alfonso Caso Intentan desarrollar excavaciones en Ihuatzio y en Santa Ana, Tzintzuntzan	Creación de instituciones: Departamento de Asuntos Indígenas Departamento de Antropología dentro del IPN Instituto Nacional de Antropología e Historia Creación y convenio para la formación de antropólogos entre IPN e INAH= ENAH Emite reconocimiento oficial a la carrera de antropólogo	
1937	Alfonso Caso, Jorge R. Acosta, Armando Nicolau y Aquiles Rivera Paz Realizan los primeros planos topográficos de Tzintzuntzan e Ihuatzio. Invitan a Daniel Rubín de la Borbolla a ser parte del equipo	1937 Wilfrido du Solier realiza planos y croquis de Ihuatzio	

	Arqueología	Nacional	Antropología
1939	Alfonso Caso funge como director del Instituto de Antropología e Historia e inicia formalmente el Proyecto Tarasco		
1941	Daniel Rubín de la Borbolla Realiza trabajos arqueológicos en Tzintzuntzan	1942 Fundación de la ENAH	
1945	Daniel Rubín de la Borbolla invita a su estudiante Román Piña Chan Piña Chan comienza a realizar un registro fotográfico		1945 Llega a Tzintzuntzan George Foster y Gabriel Ospina, Instituto de Antropología Social del Smithsonian Institute
			1951 Fundación del CREFAL
1956	Se realizan labores de consolidación en Tzintzuntzan	1952 Se crea el Depto de Prehistoria INAH	1952 Gabriel Ospina participa en incursiones por parte de CREFAL
1962	Ariel Valencia Ramírez, Joan L. Taylor y Doris Heyden Dirigen las temporadas séptima y novena de Tzintzuntzan		1954 - 1957 Gabriel Ospina y el trabajo artesanal en Tzintzuntzan
1964	Intervención sin informe de Tzintzuntzan	1970 Se crea el Consejo de Arqueología	1955 García Manzanedo
1968	Intervención sin informe de Tzintzuntzan		1955 Tzintzuntzan pueblo que despierta

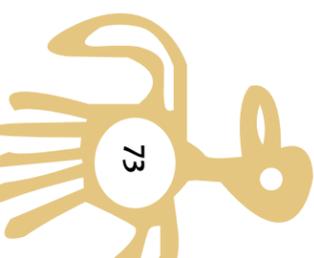




	Arqueología	Nacional	Antropología
70°	Helen Perltein Pollard	Reanuda las investigaciones en torno a Tzintzuntzan. Registra 120 sitios en sus recorridos de superficie	1967 Los estudiantes Kemper y Brandes acompañan por primera vez a George Foster
1977 - 1978	Rubén Cabre-ra Castro	Lleva a cabo la décima temporada de excavaciones	1969 Mary Foster comienza a trabajar Ichupio
80°	Rubén Cabre-ra Castro	Realiza la primer delimitación del sitio arqueológico	1983, 1985, 1989 Mary Foster
			1981 Stanley Brandes publica "Cargos versus cost sharing in Mesoamerican fiestas, with special reference to Tzintzuntzan"
			1983 Stanley Brandes publica "The posadas in Tzintzuntzan: structure and sentiment in a mexican christmas festival"
			1983 Mary Foster trabaja Ichupio
			1985 Mary Foster trabaja Ichupio
			1986
			1987 Beate S. Engelbrecht realiza estudio comparativo entre alfarería de Patamban y Tzintzuntzan

	Arqueología	Nacional	Antropología
			1988 Stanley Brandes publica "Power and persuasion; fiestas and social control in rural México"
			1989 Mary Foster trabaja Ichupio
1992	Efraín Cárdenas	Reanuda el trabajo arqueológico en Tzintzuntzan en la Undécima Temporada. Realiza la delimitación y regulación de la compra de terrenos a favor del INAH Se construye el primer museo del sitio, construido encima de algunas estructuras	
			2003 Peter Cahn publica "All religios are good in Tzintzuntzan: Evangelical in Catholic Mexico."
2007	Inicia Proyecto Angamuco		
2011	Implementación del LIDAR en Angamuco	2001 Creación del Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán	
2012	Ampliación del Museo de Sitio	Proyecto Especial Michoacán	

Esbozo de una línea de tiempo de la investigación antropológica – arqueológica entre 1852 al año 2012



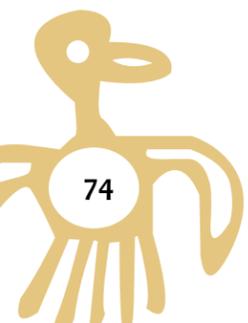
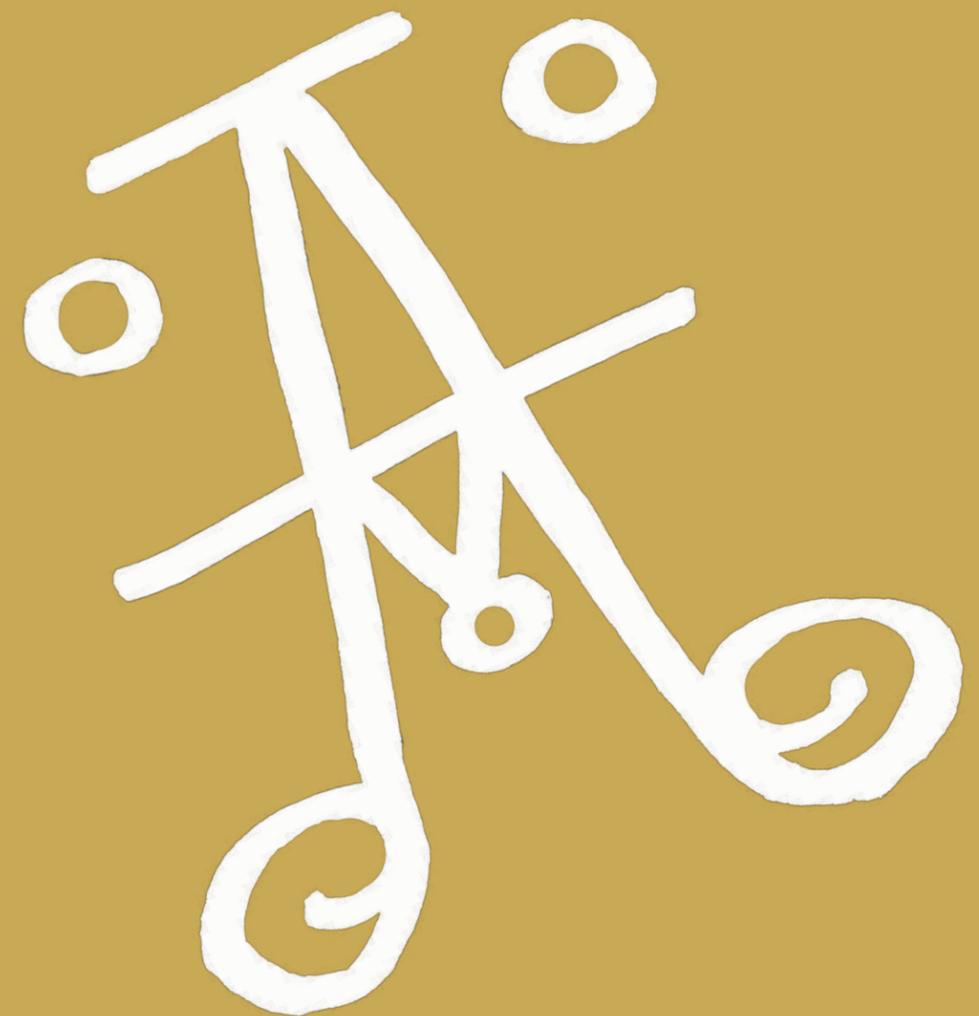


6. Poblador de Tzintzuntzan y figurilla recién exhumada.

Archivo Román Piña Chan, 1946

CAPÍTULO II.

Memorias en Torno al
Trabajo Antropológico
- Arqueológico en
Tzintzuntzan



2.1 Memoria y representaciones sociales del pasado entre los jóvenes en Tzintzuntzan

El devenir de la memoria, o mejor dicho, de las memorias, en torno a aquellos proyectos que se han llevado a cabo en Tzintzuntzan, ha sido un ejercicio complejo si se indaga entre las múltiples incursiones a las que he hecho alusión hasta este momento; por lo general, se destacan aquellos eventos que han marcado al individuo y/o la colectividad; asimismo, se recuerdan con agrado o disgusto, a aquellas personas que estuvieron a cargo de algún proyecto del que se fue parte o se tuvo una relación en mayor o menor medida. Por otro lado, más allá de nombres de proyectos o personas a cargo, podemos destacar que éstos se desarrollan en determinados lugares y en ellos, emergen objetos, sean figurillas, fotografías, janamus, huesos, o alfarería, todos traen consigo recuerdos significativos que posibilitan una valoración muy particular acerca del pasado entre la población local.

En este sentido, la memoria representa la conjunción de tres categorías principales: los lugares, los objetos y las personas. La relación que se establece entre las tres partes resulta fundamental para comprender y contextualizar los recuerdos, y, asimismo, las representaciones sociales que las personas tenemos de lo que nos rodea. Es importante destacar que existen puntos de convergencia y divergencia acerca de lo que más recordamos, o lo que nos representa determinado lugar u objeto; esto se encuentra íntimamente relacionado con diversos factores que dan cuenta de que la memoria se construye intersubjetivamente; es decir, tiene un sentido diferenciado entre lo que recuerdan los miembros de una comunidad, debido a la pertenencia a determinado grupo social, a las condiciones de género, edad, escolaridad, adscripción étnica, entre otros factores.

En consecuencia, para dar inicio al presente capítulo, me di a la tarea de indagar entre las representaciones sociales, entendidas como aquellos conocimientos “gracias a los cuales las personas hacen inteligible la realidad física y social” (Moscovici, 1979, p. 18); en este caso, haciendo referencia directa al conocimiento que tiene determinado sector de la población en Tzintzuntzan con respecto a lugares, la arqueología y sus usos; acerca de los pobladores pretéritos; sobre los objetos que les rodean (ya sea en museos, o en sus casas); y finalmente, acerca de la conceptualización de la antropología como disciplina y/o algún referente personal, tomando en



cuenta la cantidad de profesionistas que han visitado la región, así como la práctica artesanal y el turismo en la localidad.

Para llevar a cabo esta labor escogí arbitrariamente a jóvenes estudiantes de nivel medio superior de Tzintzuntzan, tomando en cuenta que su escuela (el CECyTEM 19) ha sido parte de esa pugna entre el pasado y presente, pues se localiza prácticamente limítrofe al sitio arqueológico, y, asimismo, porque este grupo de edad (entre 15 y 19 años) es parte de una generación que está cursando su último grado de estudios; por ende, la formación académica que tienen hasta este momento será el eje académico sobre el que valoren su pasado provisto materialmente en sus zonas arqueológicas, así como su presente, entre las tradiciones artesanales y prácticas culturales particulares de la localidad y la región.

Cabe destacar que la relevancia que tiene este grupo de edad radica en que el imaginario y respuestas “en el caso de los estudiantes de preparatoria (...) nos permiten identificar la importancia que su historia – y la arqueología local – tienen en su sociedad” (Jiménez, 2018).

En este tenor, a los jóvenes se les aplicó un cuestionario con preguntas abiertas donde los objetivos que destacan fueron:

- Identificar cuáles son los lugares en su comunidad que consideran que le dan a Tzintzuntzan un valor agregado. Para esta tarea se utilizó el concepto “pueblo mágico” como signifiante de dominio público entre la población joven en la región.
- Conocer cuál es la definición que tienen de arqueología vs antropología. Partiendo de la idea general que la población de Tzintzuntzan se localiza prácticamente encima de una ciudad prehispánica donde cotidianamente conviven con estructuras del pasado, y, asimismo, por la relación estrecha que ha tenido esta población con la investigación sociocultural.
- Identificar si existe una concepción general de la arqueología y los usos prácticos o simbólicos que tiene la disciplina para su comunidad. En este sentido, fue relevante indagar acerca del valor que los tzintzuntzeños le otorgan a la arqueología. Así como conocer la percepción social que se tiene acerca de los antiguos pobladores.
- Conocer la relación que establecen los jóvenes tzintzuntzeños con el sitio arqueológico y con el museo; asimismo, indagar si han tenido experiencias de contacto con materiales y sitios arqueológicos fuera de estos espacios, ya sea en el hogar o en el entorno próximo, es decir, algún otro punto en la localidad.

En correlación con los objetivos previos se aplicaron cien cuestionarios a jóvenes, los cuales fueron organizados en dos grupos principalmente, aunque también se les abordó en los pasillos de la institución.

El cuestionario fue el siguiente:

1. ¿Cuáles son los elementos que hacen de Tzintzuntzan un pueblo mágico?
2. ¿Qué es la arqueología?
3. ¿Para qué sirve la arqueología?
4. ¿Cuál es el valor de la arqueología en Tzintzuntzan?
5. ¿Cómo imaginas la vida en Tzintzuntzan antes de la llegada de los españoles?
6. ¿Qué hay en el sitio arqueológico?
7. ¿Conoces el museo?
8. ¿Qué te gusta del museo?
9. ¿Has visto o tienes alguna figurilla antigua en tu casa o de algún familiar?
10. ¿Cómo es?/ ¿Dónde la encontró?

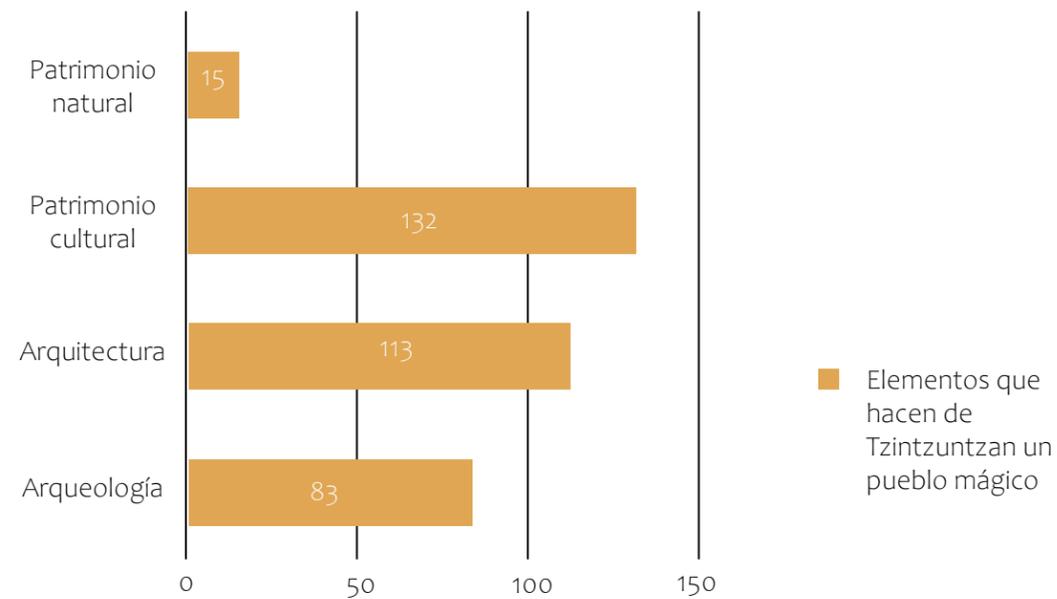
Las respuestas fueron muy diversas, hubo algunas que aportaron información relevante para los objetivos planteados, mientras otras que no tuvieron una respuesta clara o que permitiera presentar un esbozo del objetivo, debido a que en muchos casos se dejaron en blanco los apartados.⁵⁶

Para fines del presente apartado la pregunta 1: ¿Cuáles son los elementos que hacen de Tzintzuntzan un pueblo mágico? Nos brinda un panorama general acerca de la valoración que tienen los jóvenes tzintzuntzeños con relación a los lugares que más les representan en su entorno. Si bien, el concepto pueblo mágico no se había referido hasta este momento, se optó por su uso debido a la relevancia que tiene entre la comunidad para destacar aquellos lugares o prácticas culturales más representativos de los tzintzuntzeños a manera de consenso.

⁵⁶ El cuestionario original contenía además las siguientes preguntas: ¿Me puedes proporcionar el nombre de tres sitios arqueológicos en la región?, ¿Qué es la antropología? y finalmente, ¿Has escuchado hablar de George Foster? & ¿Quién era o qué hizo? Sin embargo, se dejaron fuera del análisis debido a que quedaron sin respuesta en su mayoría; sin embargo, estas deficiencias también nos arrojó información que se abordará más adelante.

En este sentido se agruparon de la siguiente forma:

1. ¿Cuáles son los elementos que hacen de Tzintzuntzan un pueblo mágico?



Arqueología	55	Las Yácatas	83
	18	Zonas arqueológicas / sitios arqueológicos	
	6	Museo	
	3	Arqueología	
	1	Pirámides	

1. Arqueología.

Dentro de la primera categoría “arqueología” se agruparon los conceptos: yácatas (55), zona o sitio arqueológico (18), pirámides (1), arqueología (3) y museo (6). Porque dichas respuestas estuvieron vinculadas directa-

mente con la praxis profesional y visitas continuas promovidas desde el ámbito escolar, así como por iniciativa personal, a la zona delimitada donde se localizan las Yácatas en Tzintzuntzan. Si bien, el término patrimonio cultural puede agrupar casi todo concepto que se mencionó entre las respuestas de los y las jóvenes participantes (a excepción del patrimonio natural), se decidió separar de dicha categoría los conceptos de arqueología y arquitectura, debido a la reiteración del sitio arqueológico o bien, del atrio de los olivos, y el Ex-convento Franciscano, respectivamente, como lo observamos a continuación.

2. Arquitectura y arquitectura colonial

En la segunda categoría: “Arquitectura”, encontramos 15 conceptos que aluden a edificaciones coloniales: atrio de los olivos (40), iglesias-templo (9), Ex-convento (22), capilla abierta (4) y templo de la Soledad (3); asimismo, se hace referencia a la arquitectura urbana más allá del Ex - convento Franciscano, como los son el panteón o cementerio (5), las plazas (10), escuelas (5), el muelle (2), calles empedradas (1), la “cuchilla”⁵⁷ (6) y finalmente, el estilo de la arquitectura de las casas habitación, en donde se puede agrupar las casas de adobe (2), techos de teja (1), el color de sus casas (1).

⁵⁷ Lugar ubicado en la salida a Quiroga, donde ocasionalmente se reúnen los jóvenes para ver el lago e ingerir bebidas alcohólicas.

Arquitectura	Dentro del atrio	40	Atrio de los olivos	78
		22	Ex-convento	
		9	Iglesia / templo	
		4	La Capilla abierta	
		3	Templo de la soledad	
	Fuera del Atrio	10	Plazas	35
		6	La Cuchilla	
		5	Panteón / Cementerio	
		5	Escuelas / Prepa	
		2	Arquitectura	
		2	Casas de adobe	
		2	El muelle	
		1	El color de sus casas	
		1	Calles empedradas	
1	Techos de tejas			

Dentro de estas categorías encontramos conceptos que se vinculan directamente con los lugares de la memoria que abordaremos más adelante con mayor detalle; entre ellos podemos destacar la representación que tienen las yácatas y el atrio de los olivos para las y los jóvenes tzintzuntzeños, puesto que el primer concepto da cuenta de un ícono y distintivo de la localidad no sólo entre sus pobladores y la región, sino a nivel nacional e internacional.⁵⁸

Asimismo, el segundo lugar agrupa una serie de edificaciones dentro del atrio de los olivos; en conjunto estos conceptos (arqueología y arquitectura) representan el 57% de las menciones que se hicieron acerca de los lugares a los que la población joven de Tzintzuntzan asigna un valor excepcional como muestra de un legado digno de admirar y reconocer.

3. Patrimonio cultural (Inmaterial y material)

Por otra parte, las respuestas que obtuvieron mayor representatividad en la muestra, con un total de 132 alusiones, se encuentran relacionadas directamente con el patrimonio cultural “material (50) e inmaterial (82)”; entre las que destacan la comida tradicional /gastronomía/ platillos típicos (25), artesanía (24) y pesca (1); mientras que en la segunda subcategoría

“lo inmaterial” se agrupan tradiciones (32), cultura (15), fiestas / borracheras (12), costumbres / usos y costumbres (11), historia (4), vestimenta (3), noche de muertos (3), danza de los huachos (1) y creencias (1).

Patrimonio Cultural	“Inmaterial”	32	Tradiciones	82
		15	Cultura	
		12	Fiestas / borracheras	
		11	Costumbres / Usos y costumbres	
		4	Historia	
		3	Vestimenta	
	Material (oficios)	3	Noche de muertos	50
		1	Danza de los huachos	
		1	Creencias	
		25	Comidas tradicionales / Gastronomía / Platillos típicos	
24	Artesanías			
1	Pesca			

4. Patrimonio natural

Finalmente, en el último grupo (y no por ello menos importante) encontramos las alusiones al patrimonio natural (15), donde se encuentra la referencia a los colibríes (7)⁵⁹, la ribera del lago / lago, flora y fauna (3) y ecología (1).

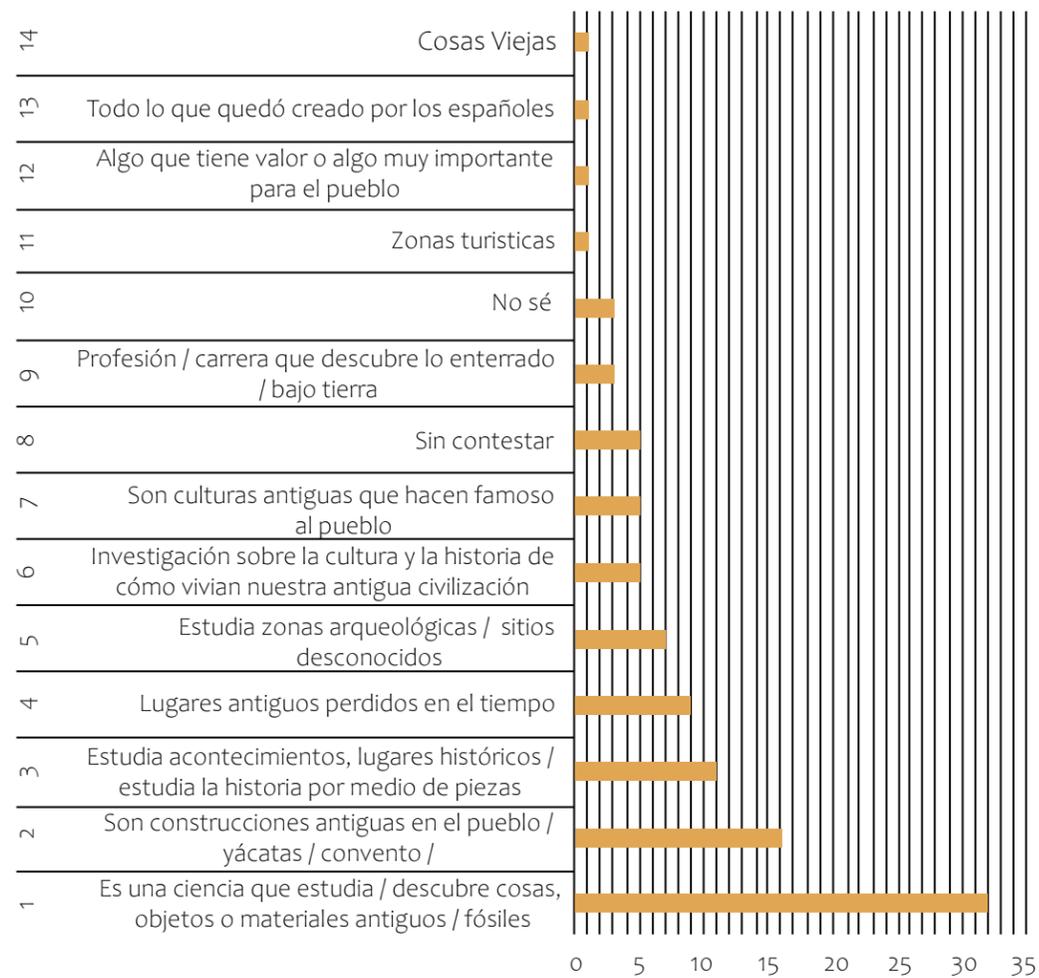
Patrimonio Natural	7	Colibríes	15
	4	La ribera de lago / lago	
	3	Flora y fauna	
	1	Ecología	

Una vez identificados aquellos lugares representativos para las y los jóvenes tzintzuntzeños, pasamos a revisar la definición que se tiene de arqueo-

⁵⁸ Cada vez con mayor presencia desde las noticias que se difundieron acerca del Proyecto Angamuco.

⁵⁹ Recordemos que Tzintzuntzan es un vocablo purépecha que se traduce como “lugar de colibríes”.

logía como disciplina y sus usos. En este sentido, se presentan gráficamente las respuestas en torno a la pregunta 2 ¿Qué es la arqueología?



De acuerdo a los enunciados previos, podemos destacar que la mayoría de las y los jóvenes tzintzuntzeños tienen una noción cercana a la definición general de arqueología, mientras otros solo asocian la disciplina con elementos que en lo general, aluden al pasado. No obstante, subrayamos las siguientes características identificadas:

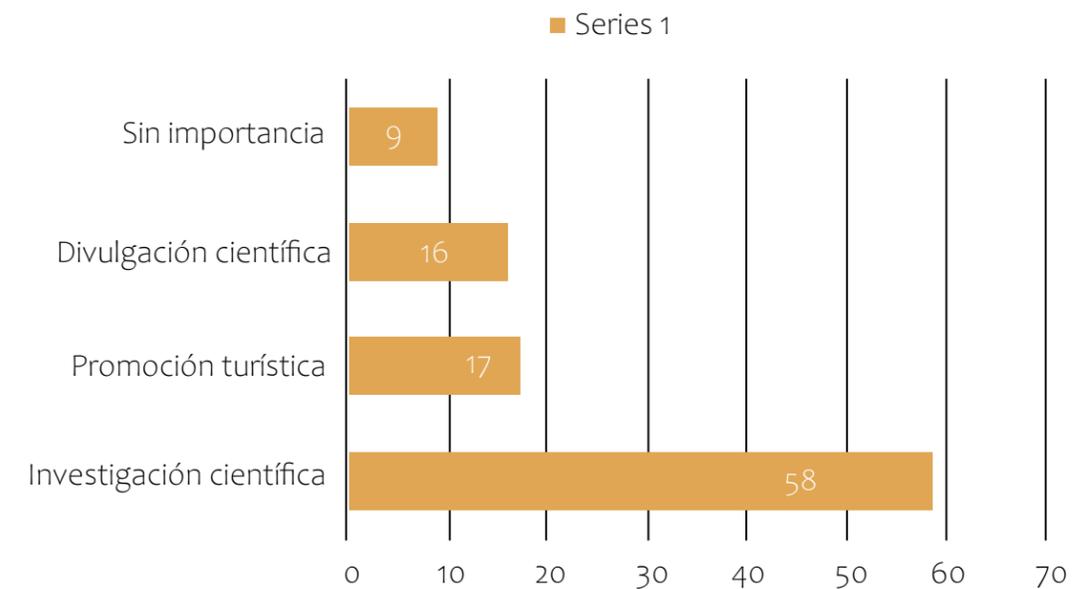
1. Definen la arqueología como una ciencia que estudia la historia y cultura material a través de objetos antiguos, así como acontecimientos y lugares históricos.
2. Asocian la arqueología con edificaciones y/o lugares antiguos “perdidos en el tiempo”, ejemplo con las yácatas y Ex-convento más que con

el estudio acerca de estos. En este contexto, un porcentaje de jóvenes identifica que la arqueología (pensada como lugares u objetos antiguos) le da un valor excepcional a Tzintzuntzan; asimismo, establecen una relación directa de la arqueología como elemento distintivo de una zona turística.

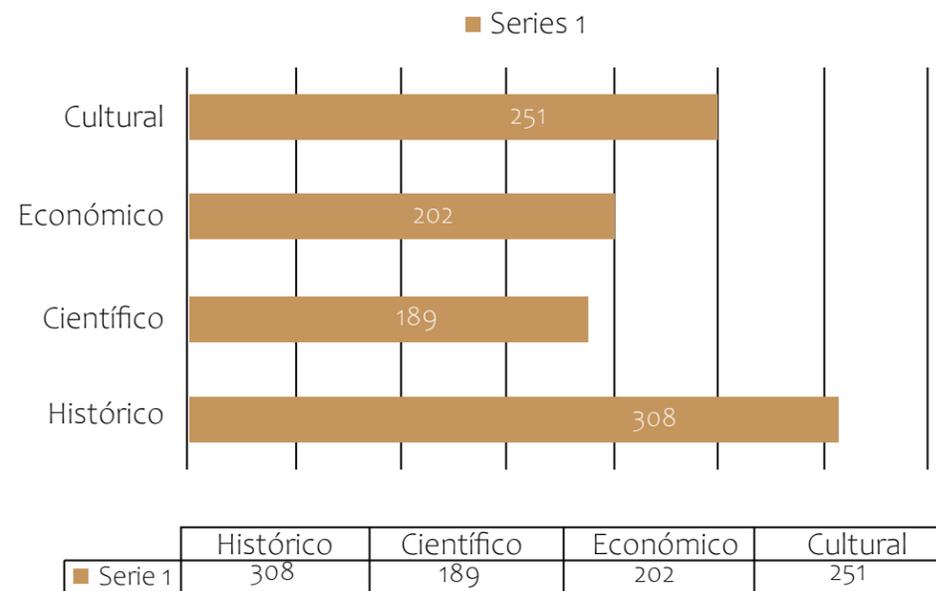
3. Finalmente, un porcentaje reducido expresó no saber qué es o cómo definir arqueología.

Esta información se puede cotejar con los resultados que arrojaron las siguientes preguntas: ¿Para qué sirve la arqueología? (pregunta abierta) y ¿Cuál es el valor de la arqueología en Tzintzuntzan? (pregunta de opción múltiple); si bien ambas interrogantes resultan íntimamente relacionadas con la previa, encontramos respuestas particulares que nos llevan a reflexionar en la posibilidad de una reinterpretación, donde sobresale la subjetividad de la forma y contenido de la aplicación de estos instrumentos técnicos para indagar en el pasado.

3. ¿Para qué sirve la arqueología?



4. ¿Cuál es el valor de la arqueología en Tzintzuntzan?



Por ejemplo, mientras en la pregunta 3. *¿Para qué sirve la arqueología?*⁶⁰ Podemos advertir que el 58% aluden a que la arqueología sirve para hacer investigación científica, pues entre sus respuestas se encuentran enunciados tales como: “para darse cuenta de cuántos años tiene un objeto”, “para saber más de los antepasados”, “para saber y determinar la historia de un objeto o un lugar”, “para conocer la historia de los lugares donde hay cosas antiguas”; éstas respuestas abiertas implícitamente indican que la arqueología sirve para investigar sobre el pasado. Con ello, contrastamos que de no haber dejado la pregunta abierta, nos hubiéramos quedado con la respuesta acotada de la siguiente pregunta: 4. *¿Cuál es el valor de la arqueología en Tzintzuntzan?* Donde vemos que de acuerdo a la valoración porcentual que se dio al aspecto científico, resulta ser la de menor porcentaje con sólo un 20%, debido a que la mayoría destacó el valor histórico (32%) y cultural (27%) que tiene la arqueología, sobre el valor científico y económico (21%).

De la misma forma, encontramos este contraste en la siguiente categoría más enunciada: “Promoción turística”, la cual tiene el segundo lugar en porcentaje alcanzado, con un 17% de las respuestas; entre las que se agruparon las siguientes expresiones: “para atraer más turistas”, “para que la

zona arqueológica la conozcan los turistas”, “para visitar lo que antes teníamos”, “para conocer los pueblos mágicos”; esto contrasta con el tercer lugar alcanzado en la segunda pregunta, donde el aspecto turístico resulta estar íntimamente relacionada con el valor económico, y, de acuerdo al porcentaje obtenido en el segundo caso, sólo representó un 21%. Posteriormente, entre la categoría de “Divulgación científica” agrupamos respuestas tales como: “para representar los hechos históricos que sucedieron en ese lugar”, “para que la gente vea cómo sucedió”, “para hacer exposiciones”, “para dar a conocer cómo vivían nuestros ancestros”, etc.

Finalmente, el 9% de las y los jóvenes en Tzintzuntzan declararon que la arqueología no tenía mayor relevancia, con respuestas tales como que la disciplina no servía “para nada”, “no sabía para qué” o bien, simplemente dejaron sin respuesta dicha pregunta.

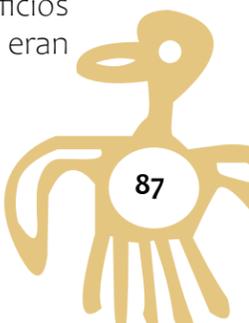
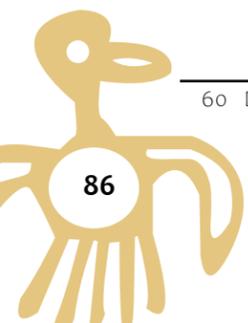
5. ¿Cómo imaginas la vida en Tzintzuntzan antes de la llegada de los españoles?

Al indagar sobre la percepción que tenían acerca de la vida de los tzintzuntzeños antes de los españoles, logramos obtener respuestas muy diversas en cuanto al nivel de profundidad; hubo quienes desarrollaron un párrafo y, quienes por el contrario, fueron muy concisos. No obstante, logramos obtener interesantes inferencias acerca de puntos muy específicos que describiré a continuación. Por ejemplo, el 42% de las respuestas refiere que los antiguos pobladores tuvieron una vida mejor que en el presente. En este porcentaje agrupamos frases tales como: “había muy buenos frutos”, “se comía más saludable”, “era una vida mejor”, “había más libertad”, “no había contaminación”, “buenas costumbres y tradiciones”, “era un lugar muy bonito”, entre otras.

En contraste, el 24% de la muestra alude a una vida con precariedad, ignorancia, pobreza y/o sin tecnología, donde encontramos frases tales como “la gente no tenía casas”, “eran pobres e ignorantes”, “solo usaban taparrabos porque no tenían más”, “había mucha discriminación”.

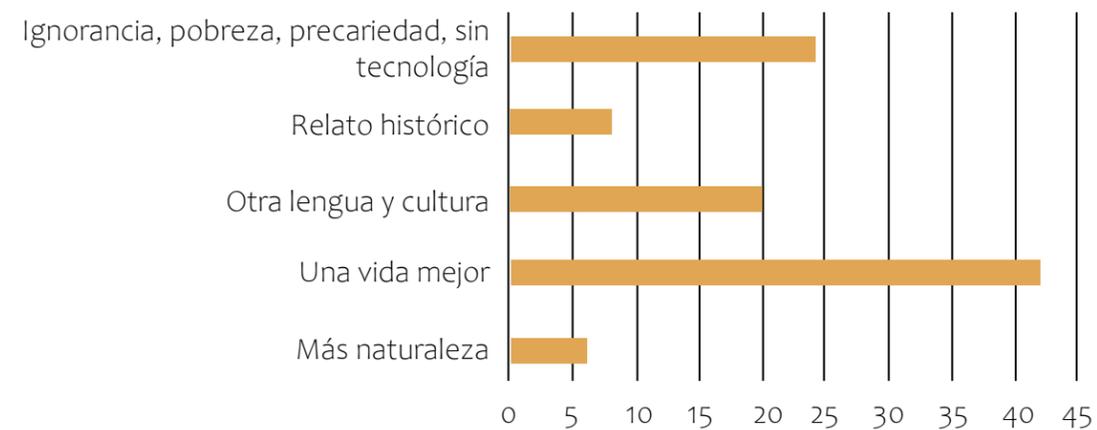
Además, un 20% destacó que los antiguos pobladores “eran purépechas”, “tenían otra lengua”, “una cultura con tradiciones diferentes”, “eran artesanos de chuspata” y “pescadores” entre sus principales respuestas. Además, en otro rubro hubo algunas que hicieron referencia directa a relatos históricos en la región, frases o enunciados como “Tzintzuntzan fue reinado por Tanganxoan”, “eran pobladores guerreros”, “hacían sacrificios y el *petamuti* se encargaba de dar a conocer los motivos por lo que eran sacrificadas personas”, constituyeron el 8% de las respuestas.

⁶⁰ De acuerdo a la forma en que se encuentra agrupadas las respuestas de las y los jóvenes tzintzuntzeños.



Finalmente, el 6% restante hizo alusión a “un lugar con mucha fauna y flora”, “abundantes cosechas”, sin dejar de lado un elemento importante en el paisaje: “había un lago más grande”.

5. ¿Cómo imaginas la vida en Tzintzuntzan antes de la llegada de los españoles ?

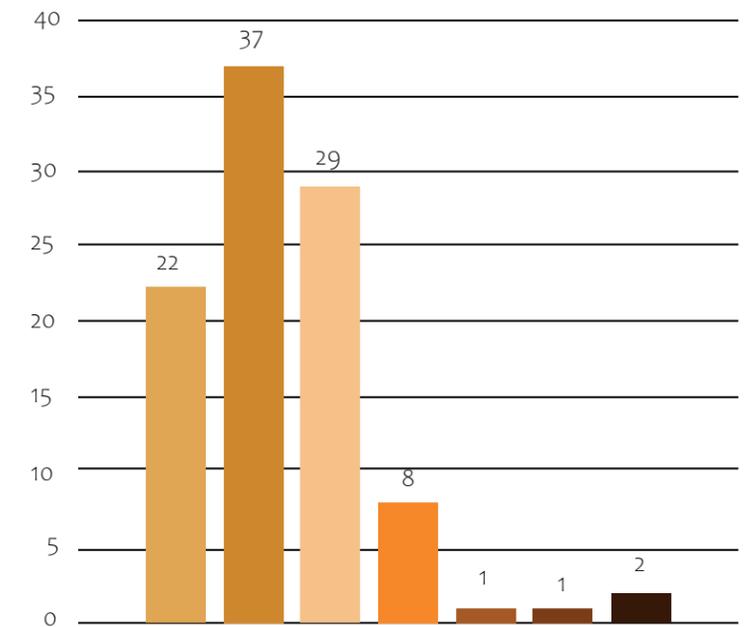


6. ¿Qué hay en el sitio arqueológico?

Las referencias en torno al sitio arqueológico resultan por demás cercanas a la realidad, y, distantes a lo que refieren en otras latitudes del país. Esto se encuentra directamente relacionado con la labor de divulgación científica que han realizado los arqueólogos en recientes años entre la población de Tzintzuntzan. De ahí que un porcentaje importante de las respuestas de las y los jóvenes tzintzuntzeños tengan una relación estrecha con lugares, objetos e información más que con tesoros u otros imaginarios en torno a los sitios arqueológicos.

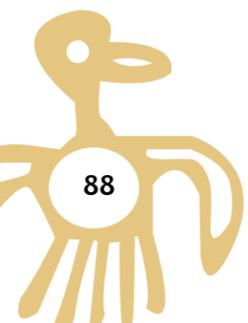
Por ejemplo, tenemos 37 referencias acerca de las pirámides – yácatas, y en particular conceptos más específicos como “janamus en las yácatas” con las cuales no sólo se hace alusión a la estructura solamente, sino a los petrograbados en bajo relieve que hay en ellas.

6. ¿Qué hay en el sitio arqueológico ?



■ Piedras, reliquias o cosas antiguas	22
■ Pirámides, yácatas y Xanamus	37
■ Museos (pipas, armas, collares, monos, cerámica, cráneos, restos humanos, fósiles, objetos que utilizaban abuelos enterrados)	29
■ Naturaleza (árboles y un pasaje hermoso)	8
■ Restaurante	1
■ Desconoce	1
■ Tumbas	2

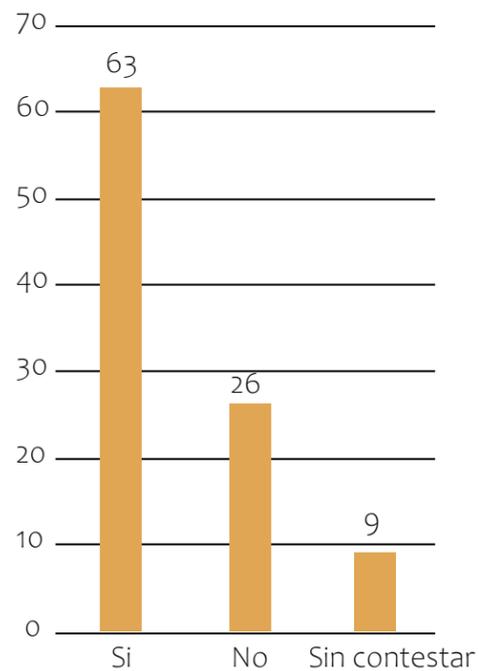
Posteriormente, 29 respuestas agrupan objetos que hay en el Museo del Sitio, por ejemplo, destacan las menciones que se hicieron de pipas, armas, collares, monos, cerámica, cráneos, y otros objetos. Resulta por demás interesante que entre estas respuestas hubo quien trazo una línea entre los habitantes pretéritos del sitio con su genealogía, al mencionar que entre las cosas que había en el sitio se encontraban “objetos que utilizaban sus abuelos enterrados”. Por otra parte, hubo quienes solo generalizaron su respuesta al referir que en el sitio arqueológico había piedras, cosas antiguas o reliquias (22); otros más (8) destacaron el paisaje natural del sitio así como su vista al lago; también hubo quien mencionó la existencia de tumbas (2) aunque no se indagó más en saber si se refería al imaginario



en torno a este espacio o si sabía de alguna de donde fueron extraídos los restos óseos que yacen en el museo. Además, hubo una persona que contestó que había un restaurante. Una construcción por demás polémica que sobresale del paisaje arqueológico puesto que se localiza a unos metros de la plataforma principal, y, pese a que fue motivo de controversias se concluyó su construcción e irónicamente, -o acorde a la zona- lleva el nombre de “Las yácatas”.

Finalmente, una persona manifestó desconocer lo que hay en el sitio. Dicha respuesta puede tener dos razones principales; la primera y más lógica si tomamos en cuenta como verídica su expresión, puede estar relacionada con ser de un alumno de recién ingreso y que proviene de otra localidad. La segunda razón para dicha respuesta puede ser solamente una manifestación de indiferencia por contestar con juicio las preguntas.⁶¹

7. ¿Conoces el museo?

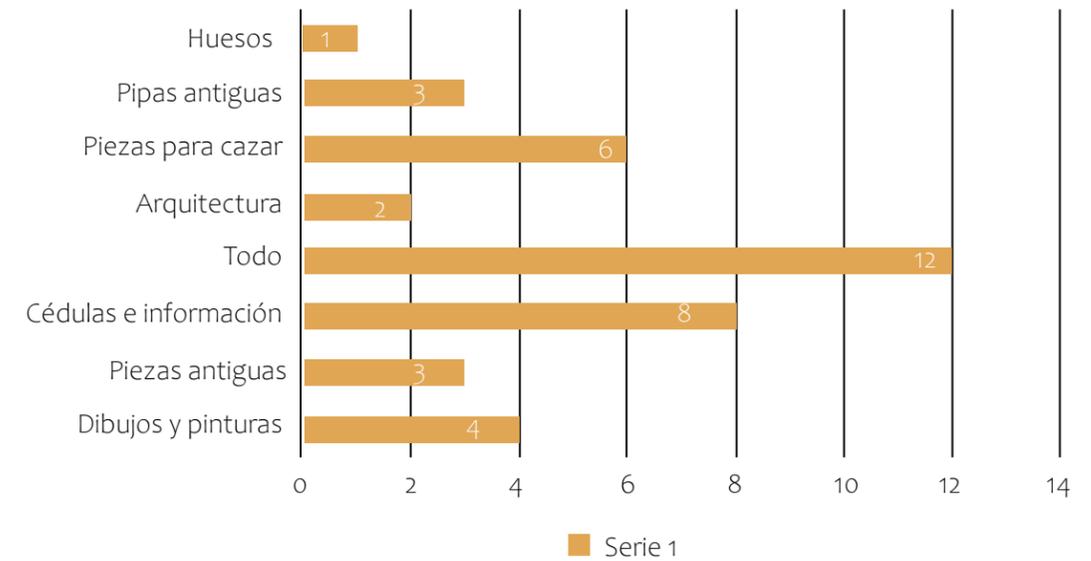


7. ¿Conoces el museo?

Pese a que uno supondría que toda persona habitante de Tzintzuntzan conoce bien su sitio arqueológico, incluido el museo que hay en él; esta deducción es falacia, pese a que desde niños hay constantes visitas al sitio. Esto lo podemos observar en el porcentaje que manifestó que no conocen el sitio arqueológico, el cual llegó hasta un 26%, aunado a un 9 % que dejó en blanco la respuesta a dicha interrogante. Contrastando con el 63% que admitió haber visitado en más de una ocasión dicho museo.

8. ¿Qué te gusta del museo?

8. ¿Qué te gusta del museo?

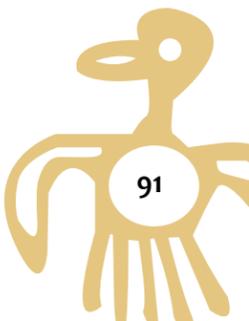
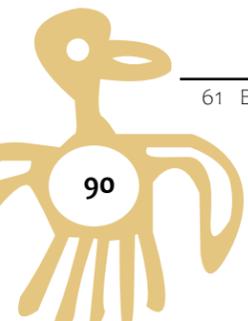


Entre las personas que expresaron que conocen el museo, un 31 % hizo referencia a que “le gusta todo” lo que hay en el museo de sitio; un 20% le llama la atención la información y forma en que está presentada; en este sentido, el 10% reconoce un valor relevante a los dibujos y pinturas que ilustran el museo. Por otro lado, un 15% hizo alusión a que entre los objetos que más llamaron su atención se encuentran las piezas que tenían para cazar; así como las piezas antiguas (8%), y específicamente las pipas (8%). Además, un 5% destacó la arquitectura y diseño del museo; y, finalmente, un 3% hizo referencia a que lo que más le gusta del museo son los huesos.

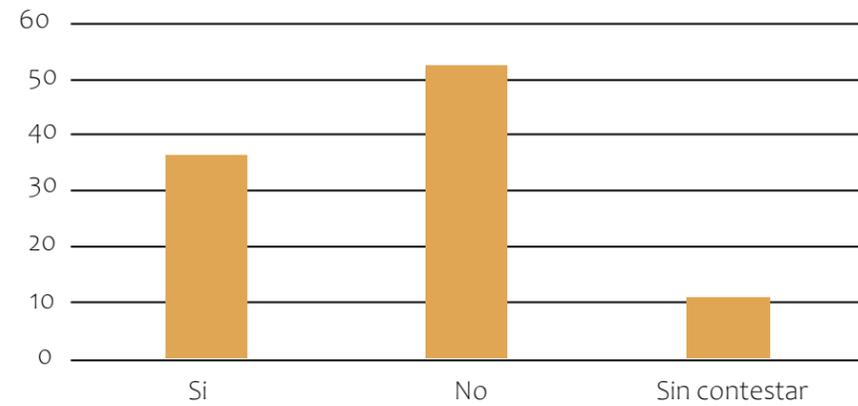
9. ¿Has visto o tienes alguna figurilla en tu casa o la de algún familiar?

En adelante las respuestas fueron muy sobrias, las y los jóvenes se mostraron muy reticentes a contestar, quizás la prisa por salir de la escuela o salir de la clase; en otros casos por sentirse señalados o por ser una pregunta directa, y llegar a creer que iba a indagar más fuera de la escuela pese a que fueron cuestionarios anónimos.

⁶¹ Esto lo deduzco porque de aquí en adelante ya hubo preguntas sin una respuesta clara.



9. ¿Has visto o tienes alguna figurilla en tu casa o en la de algún familiar?



Pese a esto, las respuestas fueron las siguientes: un importante 36% de la muestra expresó que si ha visto o tiene alguna figurilla en un lugar próximo a su vida, por ejemplo su casa o la de algún familiar; 53% enunció que no tiene conocimiento de ello; mientras que 11% dejó sin respuesta esta interrogante. Lo relevante devino después como veremos a continuación.

10. ¿Cómo es y cómo o dónde la encontraron?

A pesar de una baja participación respecto al segundo nivel de la pregunta previa, entre las respuestas sobresalen aquellas donde se hace alusión a que los objetos, sean molcajetes, grabados, fósiles o alguna figurilla en lo general, fueron localizados en sus propios domicilios cuando han escarbado. Otras respuestas refirieron a que son objetos heredados o en casa de sus abuelos; asimismo, se hizo mención del cerro de Santa Ana, donde se sabe que existen otras estructuras arqueológicas, además del cerro del Yahuarato donde se ubica otra plataforma como la principal del sitio arqueológico.

10. ¿Cómo es y cómo o dónde la encontró?

Figurillas, las encontraron cuando escarbaban en la casa
Una piedra con forma de caracol que encontraron en mi casa

Un molcajete encontrado en casa

Mi abuelo encontró una pieza enterrada en mi casa

Una piedra con grabado en la casa de mi abuela

Una pieza en casa de mi abuela

Una pieza que me dio mi abuelo

Una pieza bonita en el cerro de Santa Ana

Una flecha encontrada en el cerro

Una máscara que encontré junto al cerro

Un molcajete grande que hallamos en la unidad deportiva

Una piedra con forma de cara y lo encontré cerca de las yácatas

Solo huesos que salieron porque antes era parte del cementerio

Una máscara que encontraron en una cueva

Un petrograbado cerca del lago

Monedas de plata que se fueron heredando

Una figura que compraron mis papás entre los artesanos

Una flecha de obsidiana

Una piedra "Chinan Pinan"

No tengo nada (5 respuestas)

Eso no se dice (6 respuestas)

Sin embargo, en la lista previa quiero destacar las respuestas finales, porque si bien pueden haberse escrito con un sentido irónico, dicha manifestación encierra una razón que puede dar cuenta del rechazo que existe en el imaginario de la población de Tzintzuntzan para hablar de objetos del pasado que yacen en sus casas o la de sus familiares o amistades.

Conclusiones

Con la utilización del instrumento previo podemos identificar una base importante de conocimientos y representaciones sociales en torno a la práctica arqueológica, así como del valor que se le asigna al pasado, a partir

del reconocimiento de determinados lugares y objetos entre la población joven de Tzintzuntzan.

Asimismo, han sido contrastadas algunas preguntas y respuestas, a partir de indagar entre la memoria, no sólo a través de preguntas cerradas, sino dando pie a expresiones que nos permiten reconocer vetas de trabajo para comprender de forma particular la apreciación que se tiene de la arqueología en lo local, gracias a la proximidad con que interactúan los profesionales de la materia entre el ámbito escolar.

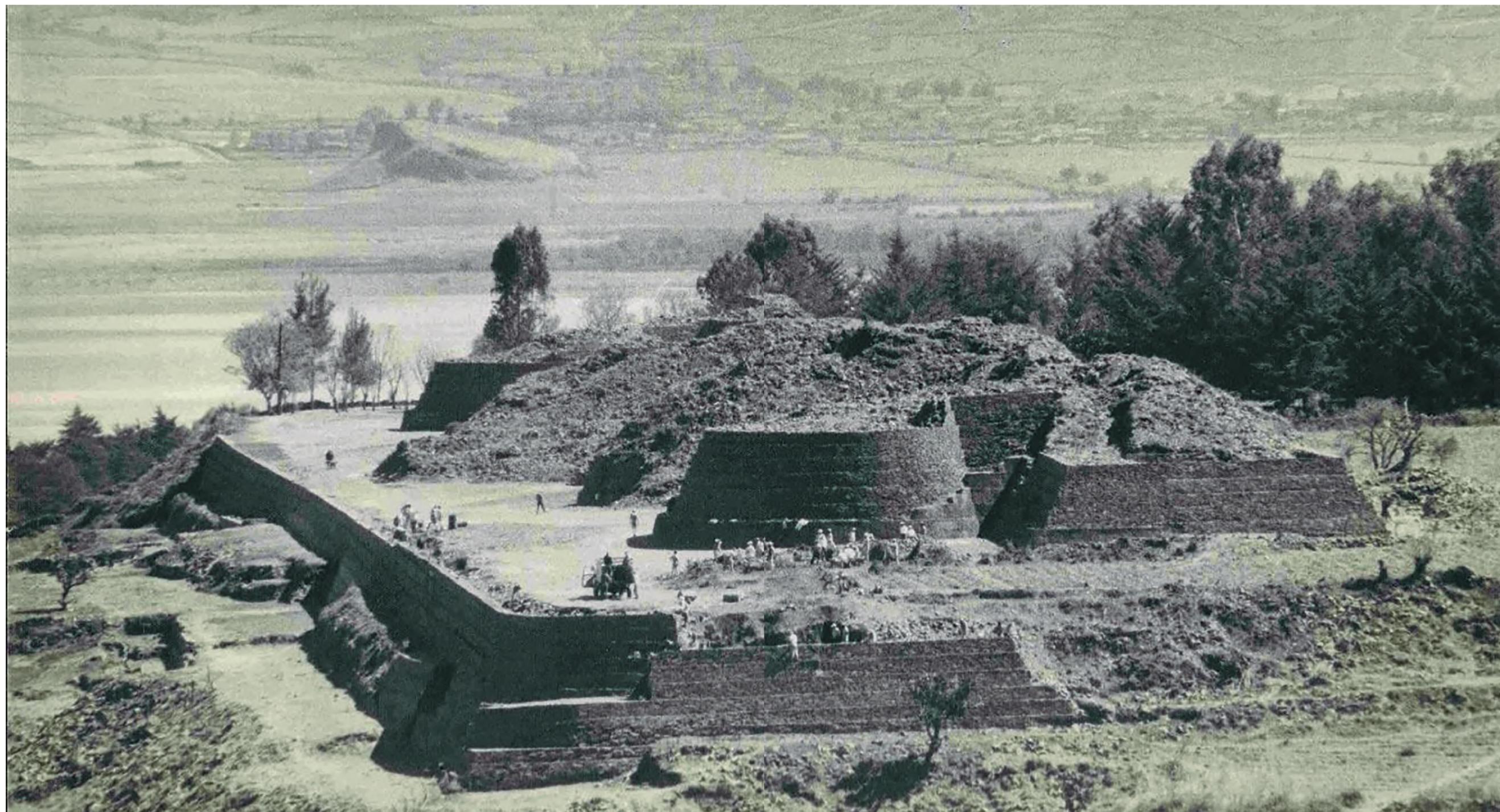
No obstante, esto no ha sucedido con lo que respecta a la antropología como disciplina, hecho que evidenciamos a partir de que en un 95% las y los jóvenes no supieron definir, o en su defecto no contestaron debido al desconocimiento que se tiene de dicha disciplina entre la población joven, pese a que esto contraste con un sector adulto, donde ha sido más común encontrar referencias en concreto, como la relación estrecha de algunos personajes como George Foster “el doctor Foster”, principalmente, u otros; sobre todo entre los artesanos que se han visto favorecidos por proyectos de instituciones como CREFAL y/o de parte de gobierno donde han participado antropólogos aplicados entre programas específicos de desarrollo local.

Sirva entonces este cuestionario a manera de preámbulo para abordar aquellos lugares que la población joven de Tzintzuntzan reconoce por su valor para su comunidad; abordando algunas historias de vida y relatos personales, los cuales representan una perspectiva muy particular para ver el pasado de aquellos lugares con memoria y su impacto tanto en lo personal como en lo comunitario hasta la actualidad.

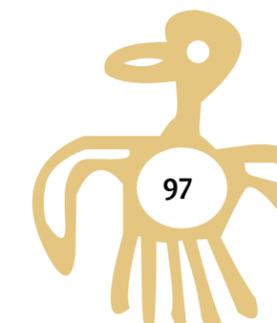
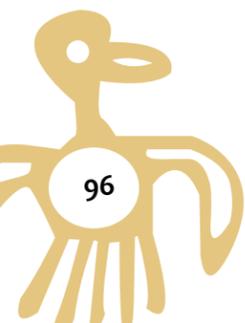
2.2 Lugares y objetos con memoria

Los lugares constituyen espacios geográficos donde conocemos –y reconocemos– un entorno y, asimismo, a los objetos y/o personas que en él se sitúan e interactúan, a partir del valor simbólico que asignamos. Un valor subjetivo que determinamos de manera espontánea no solo por el acto de ver, sentir, percibir, oler, o tocar voluntariamente algo; sino por la relevancia que tiene el factor accidente que sobrepasa el acto de concepción y asimilación pasiva del sujeto –o sujetos– ante un hecho u objeto. En este sentido, advertimos que existen tanto factores sociales como psicológicos que influyen en la representación y recuerdo que genera cada persona.

Aunado a estos elementos psicosociales en la valoración del pasado, ya sea de un lugar u objetos, el factor histórico representa un trasfondo relevante por medio del cual se selecciona y se construye una forma de apreciar y categorizar (como “lo más representativo” o “lo más importante” de recordar y/o identificar) entre los elementos de un paisaje o un entorno en particular, ya sea para la satisfacción personal o grupal de aquellos que interactúan de manera cotidiana con ese espacio (un nosotros); o bien, para mostrar ante -o ser apreciado por- personas extranjeras o ajenas a la cultura y universo de significación y representación de lo local (es decir, para los otros). En este sentido, en el caso de Tzintzuntzan destacamos como lugares con memoria en primer lugar a las yácatas, y por otra parte, al Atrio de los Olivos y en él, las distintas construcciones de las que se ha hecho referencia por parte de la población estudiantil las cuales abordaremos a continuación.



7. Plataforma y yácatas. Archivo Román Piña Chan, 1946



2.2.1 Las Yácatas

Un lugar emblemático para cualquier persona que ha visitado Tzintzuntzan es el sitio arqueológico ubicado en el noreste de la ciudad, donde yacen las cinco yácatas sobre una gran plataforma ubicada al pie del cerro de Yahuarato, la cual por sus dimensiones (poco más de 450 metros por 250 metros de ancho) la hace evidente desde casi cualquier punto de acceso a Tzintzuntzan. Es sin duda uno de los espacios más emblemáticos del pasado precolombino de la región, y de forma física y metafórica cada piedra guarda la memoria –escrita, en el caso de los Janamus⁶²- de sus habitantes, quienes la concibieron desde siglos atrás (Oliveros, 2012, pp. 148-158).

Este espacio fue el principal atractivo para viajeros, coleccionistas y saqueadores desde fines del siglo XIX, quienes pretendían hallar tesoros y riquezas entre las yácatas, así como entre diversos puntos aledaños a esta gran plataforma. Asimismo, fue punto de interés (después de Ihuatzio) para los arqueólogos y antropólogos desde inicios del siglo XX que arribaron a la región, quienes dedicaron temporadas de trabajo para indagar sobre el pasado de este sitio y su ubicación temporal en una secuencia histórica particular de la población antigua de Michoacán.

No obstante, cabe preguntarse ¿Qué hay de esas narrativas históricas entre la población que hoy día habita Tzintzuntzan? ¿Existen testimonios que nos permitan imaginar la relevancia que tiene el sitio arqueológico en la vida de sus pobladores, más allá de los aspectos e impactos sociales y económicos que ha tenido y tiene para una región y/o municipio declarado pueblo mágico? Desde luego que los hay, y en este sentido tiene lugar una historia de vida que es imprescindible contar para poder contextualizar no sólo a las yácatas como un lugar relevante para la memoria histórica y como proyecto para el desarrollo turístico y/o regional; sino además de ello, como un espacio que marcó la vida tanto de los oriundos de este lugar, como de algunas personas que arribaron a ella y nunca más se fueron de aquí.

“El compita”, una historia de vida en torno a las yácatas.

Don Alfonso García Guerrero, mejor conocido entre los tzintzuntzeños como “el compita” nació un 12 de mayo de 1928 en la ciudad de Morelia; hoy día a sus 92 años cumplidos, pese a tener entre sus relatos algunos recuerdos interrumpidos, habla con tal agrado acerca de las yácatas, frases

62 Bloques tallados en escoria volcánica, para mayor detalle véase el texto de Verónica Hernández Díaz, “Los janamus grabados en la arquitectura prehispánica y virreinal de Tzintzuntzan, Michoacán”, tesis de maestría en Historia del Arte, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 2006.

como “es muy bonito el mundo y estoy muy a gusto aquí” son una constante cuando charla sobre Tzintzuntzan y su arribo aquella noche del 31 de octubre de 1946; es decir, a sus 18 años de edad llegó sin saber que su historia personal, como la de su descendencia, se tejería con la reconstrucción y puesta en valor de las yácatas por el resto de su vida.

El día 1 de septiembre, tras pasar su primer noche en una cabaña al pie de las yácatas en Tzintzuntzan, “el compita” descubrió que había sido traído aquí junto con su esposa doña Amalia y su pequeña Rosa María “una niñita chiquitita de brazos”, sólo para cuidar un “montón de piedras encimadas”, según compartía; instalado en aquel lugar por el lic. Antonio Arriaga, quien le hospedó con la finalidad de que cumpliera el mandato de cuidar este lugar en aquellos años. Su relación con el ilustre abogado, museógrafo, historiador, escritor y poeta patzcuareense comenzó en la fábrica “Mosaicos Reforma” una fábrica que tenían esta familia en Morelia. Ahí, “el compita” fungía como ayudante del maestro mosaiquero haciendo mezcla y creando esas memorables baldosas que adornaban las grandes casonas recién remodeladas para las primeras décadas del siglo XX. Un día siendo el licenciado Antonio Arriaga director del Museo Michoacano⁶³, y por tanto, encargado del resguardo de las yácatas en Tzintzuntzan, encomendó al mejor trabajador que tenía entre su empresa, en quien podría confiar para el cuidado y resguardo de un espacio que el tiempo como el trabajo sobre sí, se encargarían de encumbrar como emblema de un pasado glorioso en el occidente de México.

“El compita” recuerda que el primer arqueólogo en llegar a Tzintzuntzan una vez que él estaba instalado en la región fue Rafael Orellana,⁶⁴ quien desde su arribo a la zona arqueológica –acompañado de don Alfonso– identificó

lugares de entierros de los señores principales y sí, encontramos dos o tres tumbas bien bonitas con piezas en oro, con turquesa y ofrendas en barro, bien bonitas las ofrendas (en jades, turquesas, amatistas, obsidiana, cristal de roca, mucho oro y

63 Fue nombrado director de dicha institución por el gobernador Félix Ireta Viveros en 1939. Realizó una destacada carrera en torno a la revaloración del pasado en Michoacán, entre sus principales aportaciones, reeditó los *Anales del Museo Michoacano* en 1941; presentó un proyecto de ley para la Creación del Archivo de Historia de Michoacán; trabajó en el Instituto Regional de Antropología e Historia, propiciando con ello los trabajos preliminares en Tzintzuntzan, Chupicuaro, Zinapécuaro, Huetamo y otros sitios. Además cabe destacar que fue director del Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec por tres sexenios desde 1955. Para mayor información acerca de la vida de este ilustre michoacano, véase <http://sitiolavoz.lavozdemichoacan.com.mx/columnas/antonio-arriaga-choa/>

64 Cabe destacar dos acotaciones principales: la primera, es que Rafael Orellana llegó a Tzintzuntzan gracias a la invitación de su maestro Román Piña Chan durante la séptima temporada de campo en 1956; es decir, una década después del arribo de Daniel Rubín de la Borbolla en 1946, esto da cuenta de la fragilidad de la memoria del “compita”; y, en segundo lugar Orellana prácticamente se formó en Tzintzuntzan para más tarde acompañar a uno de los arqueólogos más importantes de la época: Alberto Ruz Lhuillier y César Saénz en la tumba de Pakal en el Templo de las Inscripciones en Palenque, Chiapas, en el año de 1952. Véase http://sic.gob.mx/ficha.php?table=zona_arqueologica&table_id=61

plata y cobre) todo eso encontramos en un primer entierro o tumba. Y luego otra tumba y creo que fueron dos o tres...⁶⁵

Don Alfonso y los arqueólogos que continuaron –como fue el caso de Daniel Rubín de la Borbolla y después Román Piña Chan– (de acuerdo al relato de “el compita”) descubrieron más entierros y “todo lo que encontramos lo iban clasificando y lo llevaron a México para su estudio”.⁶⁶ Cuando no había arqueólogos en la zona, él se dedicaba a chaponear, pero debido a las dimensiones de la zona, “todavía no terminaba de un lugar y ya cuando volteaba para allá ya estaba lleno” porque él era el único trabajador. Esto contrastaba con las escenas que se veían durante las temporadas de excavación, en las que se incorporaba –e incorpora en la actualidad– a más tzintzuntzeños por pequeños lapsos de dos o tres meses, donde se vía que

Iban y trabajaban de las 7 u 8 de la mañana a 2 o 3 de la tarde. Les llevaban de almorzar y creo que les daban una media hora para comer, pero estaban bien contentos, eran unos 30 o 40 o más trabajadores. Unos retirando escombros, piedra, otros excavando los lugares ya señalados por los arqueólogos que estaban.

En algunas temporadas también trabajaba doña Amalia (la esposa del compita) como cocinera del grupo, a ella de igual forma “le pagaban un sueldo semanal junto con los peones”. Don Alfonso no recuerda la cantidad que se les pagaba, sólo refirió que era “una feriecita” que les ayudaba mucho, porque en aquel tiempo no había opciones dónde ganar dinero y la vida era más precaria. Asimismo, a estas labores se sumaban en muchas ocasiones sus 14 hijos e hijas, quien cabe destacar, todos (excepto Rosita su hija, la niña que trajo de Morelia) nacieron en el sitio arqueológico “y están muy contentos de haber nacido ahí porque es un gusto de ellos”, compartía “el compita”.

Me ayudaban los sábados y domingos que no salía, tres, cuatro, cinco, seis, todos por la pirámide, por todos los escalonamientos, uno y otro y otro iban quitando el zacate al pasito y con mucho cuidado, me ayudaban mucho, así que ellos conocían cómo.⁶⁷

La atención y cuidado de la salud en aquellos años era muy complicada (más que en la actualidad pese al progreso en la región) pues dependiendo de la gravedad, tenían que buscar la forma de viajar hasta la ciudad de

Morelia, cuando no había posibilidades de su curación en Pátzcuaro o Quiroga; en este sentido don Alfonso recuerda con gran nostalgia una ocasión en que doña Amalia, su esposa, se puso muy grave; en aquel entonces en la década de los cincuentas, el “compita” no tenía dinero y su sueldo no le alcanzaba para solventar esas eventualidades; fue entonces que recibió la ayuda de una persona emblemática para la localidad.

Una vez estaba muy malita una de mis familias y me dejó 50 pesos, que era un dineral en aquel tiempo, entonces para que fuéramos a llevarla al doctor, y sí, gracias a él que me dio esa ayuda, no nomás a mí, sino a mucha gente que ayudó el señor Foster.

Ese señor Foster, fuimos muy buenos amigos con él. Era, no era, estudiaba la cómo se llamaba... cómo vivía la gente, desde cuándo vino la gente, qué hacían, de dónde traían el barro, en dónde lo reducían a polvo, cómo cocían en hornos, cuántas veces la... etnólogo... eso era.

La relación de amistad que tuvo “el compita” con George Foster inició desde la década de los cuarentas, cuando “el compita” les ofreció a Gabriel Ospina Restrepo, Pablo Velázquez y al Dr. Foster, hospedarse en uno de los cuartos de los tres que tenía la cabaña al pie de las yácatas; ya que habían sido expulsados de Ihuatzio, comunidad que era el interés principal para los antropólogos de aquella incursión (como de varios predecesores como hemos revisado); de acuerdo al testimonio de Vicky (hija de doña Micaela).

En Ihuatzio los corrieron, les apedrearon, les agredieron; entonces fue cuando se vinieron aquí en las yácatas, donde había un pequeño museo con sus tres cuartos, y ahí había un velador con su esposa. Entonces ahí les dijeron, oyes ¿Por qué no te quedas aquí en el museo? Aquí hay un cuarto, quédense aquí y si ustedes quieren ver y probar a Tzintzuntzan a ver cómo los tratan pueden quedarse, y a ver cómo le hacen ustedes no.

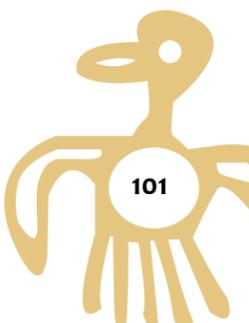
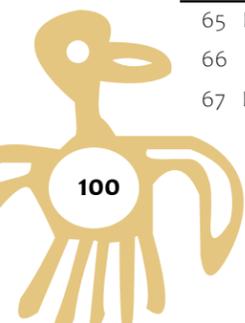
Entonces, en esos años la gente era muy tonta, muy tímida, se escondía mucho y todo eso. No querían ver gente distinta a la del pueblo, antes se decía van a venir gente de fuera y van a robarse a la gente, lo que tenemos y ahí pláticas de tontos verdad. (...) la gente estaba con temor de gente extraña, entonces cuando él [George Foster] vino a Tzintzuntzan, entonces él llegó ahí y ahí siguieron viviendo.⁶⁸

65 Entrevista a Alfonso García Guerrero “el Compita” 21 de noviembre 2018, Tzintzuntzan, Michoacán.

66 Entrevista a Alfonso García Guerrero “el Compita” 21 de noviembre 2018, Tzintzuntzan, Michoacán.

67 Entrevista a Alfonso García Guerrero “el Compita” 21 de noviembre 2018, Tzintzuntzan, Michoacán.

68 Entrevista a Vicky y Lola. 4 de diciembre 2018, Tzintzuntzan, Michoacán.



Así como el “compita” tuvo una relación de amistad con George Foster, también recuerda con agrado a otros personajes antropólogos e historiadores de la región, entre ellos con José Corona Núñez, quien llevaba grupos para recorridos en el sitio.

Corona Núñez un historiador de Cuitzeo bien chistosito, que él tenía sus teorías, sus historias, éramos muy bien buenos amigos, creo que ya murió, ya hace muchos años que no se de él.

De tal forma que su trabajo por cincuenta años como custodio del sitio le permitió conocer a un número importante de arqueólogos, historiadores y antropólogos de la región, aunque su frágil memoria ya no le permita recordar a cada uno de las y los profesionales en el pasado con quienes convivió hasta 1996, año en que se retiró pasando estafeta a uno de sus hijos: Pancho.

Hubo mi plaza a base de su conocimiento de él porque él me ayudaba a quitar zacate, a chaponear, a quitar el musgo de la pirámide, como se debiera de hacer; no picando fuerte no no, con mucho cuidado lo hacíamos. Entonces él ya sabía cómo hacer esos trabajos y cuando en 1996 que yo ya me retiré, él concursó para ver si se podía quedar en lugar mío; y como él ya sabía cómo, ganó.

Fue así que Francisco, uno de los hijos del “compita” comenzó a trabajar con un contrato oficial (porque huelga decir que ya trabajaba desde su infancia) en el sitio arqueológico, y con ello, difirió al menos con su historia de vida, la cadena de migración que había llevado prácticamente a todos sus hijos y sus respectivas familias al país del norte, en particular con énfasis en el estado de Illinois, California y Washington, y, en otro casos, a desempeñarse en pequeños negocios en Tzintzuntzan.

Los que están aquí, uno tiene un negocito una tiendita aquí abajito, el otro que es Everardo se va a pescar y ahorita está trabajando en bueno, como albañil por decir algo; y otro que está aquí también que es Alfonso trabajó en Washington era de los que cortan pastos en las yardas con maquinaria y con güiros y eso, pero ya se jubiló también, ya aquí ya está...

Hoy día, “el compita” ha perdido comunicación con sus familiares que viven en Estados Unidos. La causa, que él nunca fue tan afectivo con ellos como lo fue doña Amalia con todos y cada uno de sus hijos, hijas, nietos y nietas. Esa es la explicación lógica que encuentra don Alfonso ante el olvido y la nula comunicación que tiene en la actualidad con su familia.

pero ya desde que murió la mamá fueron disminuyendo las pláticas conmigo por teléfono y luego ya hace el año pasado creo, ya me quitaron un teléfono, se lo llevaron para allá Alfonso que está aquí abajito luego luego y ya, ya dejaron de hablarme, dejaron de... todas esas cosas, pero mis nietos están por allá y creo que no les interesó la arqueología, la antropología, fueron de otras familias.

Finalmente, “el compita” solo ve pasar sus días tomando el sol por las mañanas, sentado en su silla al pie de un árbol que se encuentra en el pequeño patio al interior de su domicilio; ahí junto a sus plantas acompañado de su pequeño radio, evoca memorias contra el olvido a través de cada canción; asimismo, sus tardes transcurren sentado en su sillón o caminando en su pasillo que lo lleva a su habitación; por lo general con la puerta abierta de la casa en espera de charlar con aquellos familiares o amigos que le procuran y osan de pasar un tiempo entre los recuerdos frágiles de don Alfonso y del Tzintzuntzan de ayer.

Cada día estoy perdiendo la vista. Ayer estuve en la presidencia a propósito de eso para que me... y pagué 15 pesos... y pagaré 195 por los lentes. Que se me está formando una catarata y me dijo, “don Poncho es necesario operarlo”; pero que me salía en 2 mil y feria, porque también no oigo bien, necesito ir calculando lo que me está diciendo... Pero yo no me arrepiento de estar viejito, pero de morirme no tengo tiempo, yo quiero vivir otros treinta, cuarenta, cincuenta años.

Las yácatas. Empleos formales y temporales

En la actualidad suceden escenas similares a aquellas descritas por “el compita” cuando se inician trabajos de limpieza, excavación, lavado de piezas, clasificación de materiales y consolidación de las yácatas y/o estructuras dentro del sitio arqueológico; ya que se convoca la participación de peones para apoyar con las faenas del sitio en lo general. Porque a pesar de que existen algunos trabajadores con plaza por parte del INAH (la cual inauguró “el compita” en Tzintzuntzan y se multiplicó favoreciendo a unas cuantas personas más en la localidad, entre ellos su hijo Pancho) no resultan las suficientes manos en dichas temporadas de trabajo.

Es importante acotar que además de las encomiendas dentro del sitio, los peones de aquellas primeras etapas de exploración en Tzintzuntzan y hasta la actualidad, han desempeñado explícita o implícitamente, además del trabajo conferido, el papel de traductores e intérpretes de las intenciones institucionales –de parte del INAH y del Estado Mexicano– en relación con

la población y el manejo de su patrimonio; en este sentido, han establecido un diálogo con sus coterráneos para dar cuenta de la relevancia que tiene un proyecto arqueológico no sólo a nivel micro-económico para el peón y su familia, sino para la comunidad en lo general, a partir de las mejoras sociales que puede traer consigo la reconstrucción del sitio (donde desde la década de los treinta se hablaba de mejores servicios de salud, carreteras y escuelas); así como el cuidado y rescate del paisaje arqueológico más allá del sitio. De acuerdo al nivel de introyección de esta postura patrimonialista, es decir, una actitud política e institucional a favor de la conservación de los monumentos del pasado en cada trabajador, así como en sus familias y en la comunidad en lo general; se abriría de forma paulatina el camino para el arribo de investigadores quienes tendrían como tarea implícita dar luz a una incipiente arqueología del Occidente de México, la cual se encontraba paralizada ante los primeros intentos malogrados del quehacer arqueológico en la región desde la década de los treinta del siglo pasado; hasta llevar a cabo un importante avance en años recientes en Michoacán.

Las yácatas y la percepción del personal

Una de las preocupaciones que sobresalen entre los diálogos de los trabajadores más allegados a los arqueólogos, es la nula relevancia que le da la Institución a su experiencia y memoria, la cual han generado a lo largo de sus años de trabajo como parte del INAH dentro del sitio arqueológico.

Uno de estos casos es lo que compartió Manuel, oriundo de Tzintzuntzan, quien recuerda con gran certeza la fecha cuando ingresó al INAH, debido a que comenzó a laborar en esta institución desde el 16 de septiembre de 1987. Manuel ha desempeñado diversos cargos a lo largo de estos 33 años, él relata con gran satisfacción que inició como “Custodio de bienes patrimoniales” y gracias a su dedicación, con el paso de los años le fue asignado el cargo de “Custodio especializado”. Posteriormente, se desempeñó como “Asesor educativo” y fue hasta meses recientes que llegó a ser “Profesionista en gestión del Patrimonio Cultural”, siendo este cargo el nivel más alto de su escala laboral. Es desde éste bagaje que se refiere al INAH con cierto agradecimiento, no obstante, también hace cierta crítica puesto que siempre ha sentido una falta de consideración hacia su labor, según lo señalaba en las pláticas informales que establecimos en las últimas semanas del proyecto.

La anterior percepción es algo compartido entre los diversos actores involucrados en la zona arqueológica. Para fines de una explicación más detallada acerca de esta situación presento de forma general la división que existe entre el personal de base del sitio arqueológico:

Empleos formales dentro del sitio arqueológico

1. **Custodios especializados.** Entre sus funciones principales se encuentra el mantenimiento y la atención al público en general.
2. **Asesores educativos.** Es el personal que realiza un programa anual de trabajo, donde se incluyen una serie de talleres de verano, con la finalidad de involucrar no sólo a público visitante sino a la población aledaña al sitio, brindando un servicio y atención dirigido a un público cautivo, como lo son los estudiantes, además de los visitantes.⁶⁹
3. **Gestores del Patrimonio Cultural.** Realizan un plan anual como los asesores educativos, además de coordinar y dirigir proyectos con la finalidad de atraer públicos especializados a través de proyectos apegados a la investigación e historia del sitio arqueológico.

Finalmente, cabe destacar que los anteriores perfiles corresponden al personal inscrito en la nómina del INAH Michoacán; sin embargo, otros cargos como los guardias de seguridad, son financiados por el municipio ocasionalmente⁷⁰. Por otra parte, podemos advertir que cuando los proyectos arqueológicos solicitan personal para las faenas, entre las personas que se adscriben, llegan a sumarse jóvenes retornados de Estados Unidos a Tzintzuntzan, quienes encuentran en esta actividad, un empleo de corto plazo que les posibilita tener un ingreso en medio de un panorama de difícil inclusión laboral en la región.

El sitio arqueológico, algo más que las yácatas y su delimitación

El sitio arqueológico estuvo muchos años sin delimitación física, si bien el visitante foráneo tenía un camino asignado, la gente del pueblo cruzaba por todos lados

(...) ya fuera para ir a ver sus animales, ir a juntar leña o algo; unos entraban por un lado, otros por otro; no estaba bardeado como ahora. Ahora si ya está bardeado todo alrededor y no por eso de todos modos parece que levantan la reja.

Además, entre la población de Tzintzuntzan se recuerda con mucho agrado haber disputado importantes partidos de fútbol en el sitio, donde las yácatas representaban magníficas gradas desde donde se podía apreciar a sus familiares o amistades en el juego, cual reinvencción del

⁶⁹ En este grupo se localiza Martita, quien impartió un taller de calaveritas de barro, asimismo se encuentra Jaime, quién para las mismas fechas desarrolló un taller de calaveritas de azúcar, ambos tuvieron cupo lleno en sus actividades con un total de 25 niños. Jaime propuso un taller de fotografía histórica, el cual se llevó a cabo a inicios del año 2019 y para el que apoyamos con fotografía del acervo Román Piña Chan.

⁷⁰ Una situación excepcional se presenta durante la celebración de la Noche de Muertos, en la cual se designa personal tanto del Centro INAH Michoacán, como de parte del Municipio para el resguardo de la zona arqueológica.

uarhukua chanakua o juego purépecha de la pelota encendida. Con ello, recreando dos espacios de socialización, por un lado entre quienes jugaban tras la pelota, y por el otro, un lugar de convivencia familiar, de compartir cervezas, emociones y en ambos casos, donde elegir un equipo era una forma de elegir cómo transcurrirían los domingos en el pueblo⁷¹.

Interrumpir aquellos momentos de dispersión por un compromiso con el pasado, le trajo muchos problemas a don Alfonso, porque no sabía cómo controlar que la gente no se subiera a las yácatas o fueran a causar daños a cualquier estructura; esto aunado a que él no era originario de la región, era una razón suficiente para recibir expresiones de rechazo de forma cotidiana: “usted vaya a mandar a su pueblo; aquí usted es frastero” [sic], comentaba bromeando “el compita”, porque advertía que no le decían la palabra correcta, sino solo se acotaba a ser un “frastero”, un personaje incómodo en la vida de los tzintzuntzeños⁷².



8. Ubicación actual de la unidad deportiva

⁷¹ Juan Villoro (2006) Dios es redondo. México, Editorial Planeta.

⁷² Similar suerte tuvieron George Foster, Pablo Velázquez y Gabriel Ospina cuando decidieron bajar del cuarto que les habían prestado en la zona arqueológica, para vivir entre la población; fue entonces que la familia Peña les recibió en sus casas y gracias al apoyo de los jóvenes de la familia “ahí los tuvieron (...) entonces los hijos les acompañaban y salían con ellos a caminar, conocer el pueblo, a ciertas personas y sólo así pudieron salir aquí; porque si iban solos cualquiera les aventaba hasta ollas de ceniza por la cabeza y les decían cosas, pero si ya los veían con los muchachos ya nadie les decía nada”; esto sucedió antes de que Foster fuera recibido en casa de la alfarera Micaela González, hogar donde construiría un cuarto en el que viviría durante cada estancia en Tzintzuntzan el resto de sus días. Entrevista a Vicky y Lola. 4 diciembre 2018.

Fue así que esta problemática perduró, hasta que “un día al paso de los años que los sacan a todos para fuera y ya les dieron un lugar por allá por el cerrito, que le llaman cerrito de arena, ahí ya tienen su campo deportivo”; un espacio en la localidad donde comúnmente la población acude a patear la pelota de fútbol y otras veces, a sacar piezas arqueológicas, como afirmaron algunos jóvenes durante la aplicación del cuestionario. Esto sucede porque ese espacio se localiza entre la plataforma de las yácatas (cerro Yahuarato) y la plataforma que yace en la falda del cerro Tariaqueri, siendo esta planicie un lugar estratégico donde han encontrado evidencia arqueológica relacionada con unidades habitacionales contemporáneas a la construcción de las yácatas. Razón que explicaría la presencia prominente de metates y otros utensilios más que de objetos ceremoniales o de prestigio.

Apuntes sobre la profanación, hallazgos y comercialización de piezas arqueológicas

IncurSIONAR de explorador y/o profanador en el área designada como campo de fútbol no era algo novedoso; en realidad don Alfonso comentaba que siempre supo de la presencia de profanadores de tumbas en las estribaciones de los dos cerros del Tariaqueri y del Yahuarato

(...) allá los dueños de los terrenos o gente que venía con algún guía de los de aquí, hacían excavaciones y descubrían también cositas... esqueletos con ofrendas. Duraron varios años los profanadores de tumbas hasta los setentas [cuando] ya a la última antropología [INAH] ya se puso más fuerte y ya no dejaron excavar. Nomás el que excavara a la cárcel se les notificó en una reunión y ya no volvieron a hacer excavaciones.

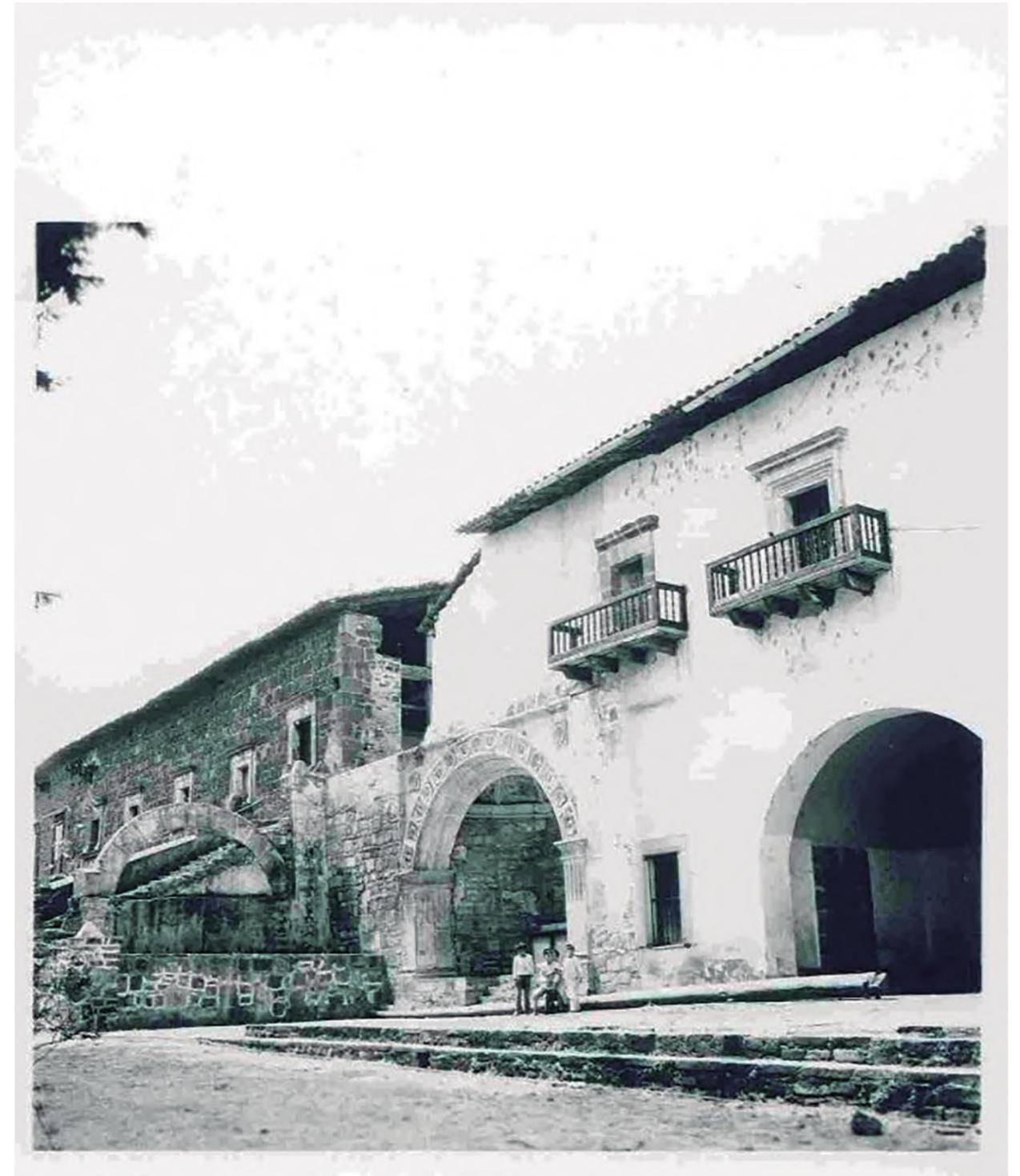
Como ya se ha confirmado para otras zonas del país donde hay sitios arqueológicos, o tumbas de tiro para el caso del occidente de México, las personas locales tienen un amplio conocimiento de los terrenos y en ellos, han identificado con gran facilidad donde ha sido más fácil tener hallazgos, ya por la erosión de la tierra o bien, por la experiencia de hallazgos cercanos, los locales han facilitado la extracción y comercialización de piezas a cambio de “una determinada cantidad de centavos”, Tzintzuntzan no iba a ser la excepción según recordaba “el compita”. Así como sus relatos; encontramos otras anécdotas en torno a estos hallazgos fortuitos de estas piedras y, asimismo, acerca de sus diferentes usos entre los niños y personas en la localidad.

Un ejemplo lo compartía el maestro Filiberto, quien con mucho orgullo hablaba de su abuelo don Ponciano, a quién los niños le reconocían como “Payo, el zapatero que vendía puntería a 20 centavos”. En palabras de Fili-

berto, don Payo era un personaje entrañable y pícaro, pues aprovechaba la herramienta que utilizaba al afilar sus cuchillos de zapatero para venderles “puntería” a los niños que jugaban con sus resorteras. El procedimiento era sencillo, afirmaba Filiberto, puesto que explicaba que su abuelo sólo tomaba las piedras que los niños lanzarían y les hacía como si les diera filo, casualmente muchas de esas “piedras” eran tepalcates o mejor conocidos como “antiguas” por los niños en Tzintzuntzan; después de unos minutos los niños tomaban sus piedras, entre ellas, algunas pequeñas piezas arqueológicas “dotadas de puntería” gracias a don Payo y jugaban en el pueblo.

Por otra parte, también hubo testimonios que confirmaban aspectos lúdicos, simbólicos, técnicos así como económicos que tenían estas piezas para las niñas en Tzintzuntzan, como el que compartía la señora María Urbana Cornelio⁷³, más conocida como doña “Irais”, acerca de las veces que escuchó de que enterraban dinero en los alrededores del municipio, así como de los oficios y calidad de trabajo que hacían sus antepasados, esto era evidente para ella en algunas piezas que circulaban en su infancia; en este sentido, habló de aquellas actividades que hacía de niña en Tzintzuntzan, como la búsqueda de “las antiguas”, las cuales vendían a extranjeros que llegaban a la plaza o al custodio en turno de las yácatas, según compartía doña Irais⁷⁴.

Comentaba que había cientos de esas piezas en todo el pueblo, sólo bastaba ir a caminar al campo para levantar las que fuera posible con tal de “tener unos centavos para comprar un dulce”. Había figurillas que eran muy bonitas y por ellas llegaban a conseguir mejor pago en la medida que fueran estéticamente mejores para los gustos de turistas. Añadió que solían jugar a “hacer patitos” en el lago con aquellas piezas que estaban más labradas que otras. Ahora sólo sonrío por saber que todo eso que hace unas décadas era tan cotidiano, terminó siendo de gran valía para museos y colecciones privadas que yacen en cualquier otro lugar, menos en Tzintzuntzan.

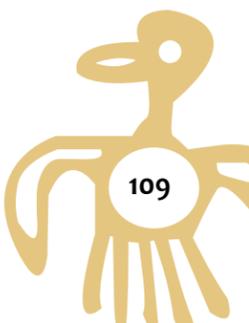


9. Fachada del Ex-convento Franciscano de Santa Ana.

Archivo Román Piña Chan, 1946.

⁷³ Irais es parte de la relación de comuneros de Tzintzuntzan y ha sido expositora de barro bruñido en distintas ferias artesanales, entre ellas de Uruapan. Así lo confirma por un lado el Diario Oficial de la Federación con fecha del 26 de junio de 2004. Disponible en http://www.dof.gob.mx/nota_detalle_popup.php?codigo=5367288 ; así como el testimonio que compartió para la agencia Quadratin el 29 de marzo de 2018. Consultado en <https://www.quadratin.com.mx/principal/semana-santa-la-mejor-en-ventas-para-el-tianguis-artesanal-de-uruapan/>

⁷⁴ Posiblemente pasaban a manos del “compita”, aunque él no lo haya referido. O bien, a una persona que le haya precedido, ya que la señora Irais no señaló directamente a don Alfonso.



2.2.2 El Ex - convento Franciscano de Santa Ana

El Ex - Convento Franciscano de Santa Ana es un espacio reconocido mundialmente por poseer detalles arquitectónicos que dan cuenta de la influencia musulmana que arribó a Nueva España desde el siglo XVI; asimismo de tal relevancia es la pila de bautismal de inmersión (la única del país) y la Capilla abierta, espacios que representan una muestra temprana de la evangelización en América, y en el caso de la segunda, hoy día aún se utiliza en las ceremonias más importantes de la comunidad⁷⁵. Finalmente uno de los elementos a destacar de este espacio es la reutilización de los *Janamus* o *Xanamus* que adornan la fachada e interior de dicho recinto, los cuales recuerdan tanto la resistencia, como la conversión de la población antigua en la localidad.

Más allá de revisar aspectos históricos y/o reseñas del patrimonio cultural de este espacio visto desde la parte institucional (INAH), en esta ocasión –como ya se presentó para el caso de las yácatas y el sitio arqueológico en lo general– se abordarán algunos recuerdos que hay entre la comunidad de Tzintzuntzan (y fuera de la misma), con la finalidad de enfocar desde otra perspectiva –una mirada más íntima relacionada con los procesos de construcción del valor por ejemplo–, al patrimonio arquitectónico que yace en este conjunto de edificaciones dentro del Ex - convento Franciscano. Para ello, presentaré algunas narrativas, que dan cuenta de la percepción social en torno al lugar y los objetos que han circulado y dotado de valor dicho recinto; en este tenor, entre las memorias de aquellas personas mayores en la comunidad, destacan los relatos acerca del uso que tenían las salas y patios del ex-convento desde la década de los años ochenta hasta los albores del siglo XXI.

Muchas personas recuerdan haber visto cientos de piezas arqueológicas que se localizaban en el piso de las salas del ex - convento prácticamente desde los años ochenta, etapa en la que también se recuerda -con cierto desagrado- que se cayó el techo del templo de Santa Ana durante la restauración que llevaba a cabo un arquitecto del INAH entre 1984 y 1987. Las versiones en torno a las piezas en el suelo, otras amontonadas en cajas, rotas y llenas de tierra, así como a las circunstancias bajo las cuales se presentó el incidente que le costó al INAH el rencor del pueblo por el daño hecho a uno de los lugares más emblemáticos y simbólicos para los locales, no son del todo homogéneas; pues contrastan con aquellas posturas como la del “compita”, que para el caso de las piezas arqueológicas por ejemplo,

⁷⁵ “Antiguo Convento Franciscano de Santa Ana, Tzintzuntzan, Michoacán” consultado el 16 de noviembre 2018 en <https://www.inah.gob.mx/red-de-museos/317-antiguo-convento-franciscano-de-santa-ana-tzintzuntzan-michoacan>

en todo momento don Alfonso descartó la posibilidad de que esto pasara, puesto que él afirmaba que de las excavaciones e inhumaciones que se hacían en la zona de las yácatas “todo se enviaba a la Ciudad de México, nada se quedaba en Tzintzuntzan”⁷⁶.

Es importante enfatizar que indagar en la memoria también implica –como el caso de la historiografía– llevar a cabo una revisión y crítica de fuentes; en este tenor, considerando que actualmente la memoria del “compita” a sus más de 92 años es muy frágil; me di a la tarea de buscar más información al respecto dentro del archivo del Centro INAH Michoacán, donde para mi sorpresa encontré no sólo fotografías, sino además cinco oficios donde se detallaban las acciones emprendidas por la Lic. Cristina Sánchez del Real, entonces delegada estatal de esa dependencia, quién el día 25 de mayo de 1994, informaba a la Lic. Teresa Franco (directora general del INAH) acerca de la recuperación de “cerca de 3000 piezas arqueológicas de cerámica y alrededor de 200 esculturas de piedra, así como innumerables restos óseos”⁷⁷.

“El día de ayer y en el transcurso de hoy, hemos recuperado el patrimonio arqueológico que durante más de diez años estuvo prácticamente secuestrado en el Ex-convento de Tzintzuntzan, por parte de la comunidad”⁷⁸.

Ante esta epístola, devenía otras más en las cuales se le solicitaba a la delegación Michoacán, una relación de dichas piezas, así como un informe donde detallaran los antecedentes sobre las piezas recuperadas; debido a que no estaban enterados de la razón por la cual hubiera tantas piezas en un lugar donde el INAH no tenía ya injerencia. En este punto es necesario hacer una pausa para indagar en otro aspecto ¿por qué el INAH había perdido la custodia de este lugar histórico y con él, la información acerca de lo que acontecía desde mediados de la década de los ochentas, es decir, casi una década atrás de esta correspondencia?

Para dar respuesta a esta conjetura, un testimonio imprescindible fue el del arquitecto Garrido, quien estuvo implicado en dicha ruptura la cual se presentó durante las labores de restauración del templo de San Francisco en Tzintzuntzan mediados de la década de los ochenta, etapa en la que él estuvo a cargo.

⁷⁶ Entrevista a don Alfonso, mejor conocido como “el compita”, 18 de noviembre 2018.

⁷⁷ Cristina Sánchez del Real a Teresa Franco, 25 de mayo 1994, Archivo del Centro INAH, Exp. Informe del rescate de piezas arqueológicas en el Ex-convento de Tzintzuntzan, Morelia, Michoacán.

⁷⁸ Cristina Sánchez del Real a Teresa Franco, 25 de mayo 1994, Archivo del Centro INAH, Exp. Informe del rescate de piezas arqueológicas en el Ex-convento de Tzintzuntzan, Morelia, Michoacán.

*Proyecto de restauración del templo de Santa Ana. Crónica de una disputa entre el INAH y la comunidad de Tzintzuntzan*⁷⁹

Entre el año de 1984 y 1985 el arquitecto Garrido fue comisionado por parte del INAH Michoacán, para llevar a cabo trabajos de restauración de la escalera del templo ubicada al interior del Antiguo Convento Franciscano de Santa Ana. Estos trabajos se enfocaron a la restauración de la escalera del coro, aunque de forma inusitada el presupuesto creció para continuar con otras etapas.

El proceso fue complejo debido a que en aquellos años la Ley de Obra Pública ya había establecido un “tope” de recursos para aplicarlos de forma directa de parte del INAH, por ende, se tenía que realizar una convocatoria para otorgar un contrato a terceros y de esta forma el personal del INAH quedaría a cargo de la supervisión de las obras, aunque su ejecución sería compartida con la empresa ganadora del certamen. De acuerdo al arquitecto Garrido, en aquellos años el presupuesto para realizar restauraciones prácticamente era nulo, ya que la mayoría del dinero sólo llegaba para proyectos pequeños y se encontraba muy centralizado (como hasta la actualidad); en este sentido, el presupuesto asignado para ampliar la temporada de restauración había sido un hecho excepcional que había que aprovechar, por ello se había tomado la decisión de restaurar gran parte de las estructuras del techo del templo principal, dado que se encontraban en muy mal estado.

Los primeros días de trabajo hubo gran avance y esto motivó al arquitecto a continuar con la restauración de otros segmentos que se encontraban muy dañados en la parte superior del templo, él había aprovechado la temporada de estiaje para abrir grandes segmentos del techo, considerando que las lluvias no era una preocupación cercana; mientras tanto ya se habían mandado hacer vigas a la empresa SIKA, quiénes habían quedado de entregarlas “en cuestión de días”, pero esto no sucedió debido a la cantidad histórica que se les había mandado hacer para Tzintzuntzan, aunado a que una de sus máquinas había fallado. Por esto, la entrega de vigas se aplazó una semana dejando vulnerable la estructura superior del templo, pero con la consideración de que tenían las condiciones climáticas a favor, sólo sería cuestión de esperar un poco para concluir los trabajos.

Llegó la tarde del sábado y el arquitecto Garrido concluyó sus actividades encomendando la obra a don Rafa, el vigilante en turno. Pasaron apenas dos días, cuando el lunes a temprana hora recibió una llamada de parte de don Rafa. El motivo: “se cayó todo archi” dijo el vigilante, dejando atónito

a Garrido, al ahondar en detalles el arquitecto le suplicó que explicara de qué estaba hablando y a qué se refería específicamente con que se había caído todo. Para esto sólo el vigilante le hizo hincapié en que las cosas estaban muy mal y que representantes de la comunidad indígena en Tzintzuntzan le querían ver.

En este tenor, el panorama para el arquitecto Garrido no era nada favorable, ya que una vez que puso al tanto de la situación al delegado Benito Juárez – “Haragán, perdón, quise decir Aragón” corrigió el arquitecto al mencionar con risas el segundo apellido de su jefe –, sólo obtuvo una negativa de interceder por él en este problema, en consecuencia se le encomendó que fuera lo antes posible a Tzintzuntzan para arreglar la situación, no sin antes pasar a las instalaciones del Palacio Clavijero, lugar donde comenzaban las actividades correspondientes al Congreso del ICOMOS (Comité Nacional Mexicano del Consejo Internacional de Monumentos), el cual se inauguraba en aquella mañana en la ciudad de Morelia y del que se sabía tendrían planeada una visita a Tzintzuntzan en el transcurso del día, con la finalidad de conocer los trabajos que se estaban realizando por parte del INAH Michoacán en el recinto del siglo XVI.

Ante más de 500 asistentes del Congreso ICOMOS, el arquitecto Garrido tuvo que informar y disculparse por lo que había ocurrido hace unas horas en Tzintzuntzan, no obstante, sugirió que no se cambiara la ruta y que sólo le dieran un momento para revisar si había condiciones de seguridad para ingresar al recinto. No hubo objeción en lo que se planteó y en cuestión de horas arribaron varios autobuses en los que transportaban a extranjeros y nacionales, investigadores, turistas y periodistas a Tzintzuntzan. “Obviamente yo me fui en el primer camión” comentó el arquitecto Garrido, ya que tenía que cerciorarse de qué situación estaba por afrontar después de lo que le había comentado don Rafa vía telefónica.

Para sorpresa del arquitecto cuando entró al Atrio de los Olivos observó que todo estaba en pie, él ya había imaginado lo peor pero no era ese el panorama como primera impresión; en la medida en que avanzó hacia el templo continuaba desconcertado por la alarma de don Rafa. Fue hasta que entró al templo de Santa Ana cuando pudo dimensionar el problema, porque realmente todo se había caído: “todo el trabajo que ya habíamos hecho se cayó, madera nueva, vieja, todo. Había chorros que caían de las juntas del techo”.

Al salir del templo, frente a un contingente ansioso por conocer por dentro aquel recinto, el arquitecto advirtió que no había condiciones de seguridad para ingresar y quién pese a esta advertencia así lo decidiera, tendría que firmar una carta para deslindar responsabilidad al INAH y a las autorida-

79 Entrevista al arquitecto Garrido en el Centro INAH Michoacán. 9 de octubre 2018.

des de Tzintzuntzan de lo que pudiera pasarles. Esta exhortación la dio el arquitecto ya que comentaba que sobre todo los periodistas eran los más insistentes en ingresar.

Una vez que mandó llamar a don Rafa, éste le explicó que dos horas después de que se había pasado a retirar aquella tarde del sábado, como un hecho inaudito había caído una tormenta que prácticamente había concluido hasta las 6 de la mañana del día lunes; para ese momento fue cuando Rafa se había ido asomar al templo dándose cuenta de que caía agua por todos lados al interior⁸⁰.

Este evento fue determinante para hablar de una relación antes y después entre la población de Tzintzuntzan y el INAH Michoacán, ya que la comunidad expulsó en el año de 1987 a la institución y fue la gente la que pagó todo el trabajo de reconstrucción y restauración, sin pedirle asesoría, ni permiso a una institución que había sido la causante de tal desastre en el templo. Por ello, el arquitecto comentaba que hoy día “existe una gran diferencia entre el convento de origen y el convento nuevo”, pero que eso fue decisión de la gente tras el error que había cometido y por el cual fue a juicio en aquellos años⁸¹.

Dicho patrimonio se encontraba en una sala del convento bajo el celoso resguardo de los grupos antagónicos del pueblo, que no permitían la entrada absolutamente a nadie, al INAH mucho menos, argumentando la pésima ejecución de trabajos de intervención realizados hace algunos años y el cual lo responsabilizan del deterioro actual del convento⁸².

Este tipo de evidencias da cuenta de la razón por la cual el INAH y la comunidad mantenían fricciones cuando se trataba del Ex-convento Franciscano. Por ende, cuando se expulsó al INAH Michoacán de dicho recinto, ya no hubo tiempo de rescatar las piezas que yacían distribuidas en el piso del edificio. ¿Pero por qué razón había tantas piezas ahí? La razón se remontaba al año de 1977, periodo en el que se envió del Museo Regional

80 Un hecho curioso que relató el arquitecto era que él había guardado todos los santos e imágenes en un solo espacio, el cual tras el trágico evento prácticamente había quedado bajo escombros; sin embargo “no les pasó nada a ninguna de las esculturas” tanto así que una de las piezas de mayor valor: la cruz del cristo del altar, pese a que tenía varias vigas atravesadas en todo el cuerpo y una de ellas, la mayor, solo reposaba sobre la frente de la escultura, cuando en otra situación todo esto hubiera despedazado la figura. Esto lo relataba con cierta extrañeza, porque siendo él ateo esto salía de las consecuencias lógicas que podían haber devenido.

81 No pude evitar preguntar si tenía fotos para tener un referente visual de lo que estaba hablando, sin embargo, me dijo que, si tenía, pero eran suyas y no iban a ser de alguien más hasta que él las publicara, cosa que no iba a pasar “porque yo no me dedico a eso”. No obstante, refirió que todo ese relato está documentado en el archivo histórico del INAH en Michoacán.

82 Cristina Sánchez del Real a Teresa Franco, 25 de mayo 1994, Archivo del Centro INAH, Exp. Informe del rescate de piezas arqueológicas en el Ex-convento de Tzintzuntzan, Morelia, Michoacán.

Michoacano a las instalaciones del Ex-convento Franciscano de Santa Ana en la población de Tzintzuntzan

(...) material arqueológico por no tener capacidad en sus bodegas para almacenar dicho material; con motivo de la restauración museográfica en 1984 del Museo Regional, las arqueólogas Marcía Castro Leal y Angelina Macías Goytia, desempacaron el material arqueológico que se encontraba en el Ex-convento de San Francisco y realizaron una selección del material ahí existente, para la mencionada restructuración, dejando el material restante en el piso de la bodega fuera de sus cajas⁸³.

De esta forma, miles de piezas arqueológicas fueron resguardadas por años en el Ex-convento Franciscano hasta su recuperación por parte del INAH en 1994. Este hecho fue considerado por la Lic. Cristina Sánchez, quien fungía el cargo de directora del Centro INAH Michoacán, como un evento “decisivo para promover el proyecto de rescate del inmueble del Ex-convento ante los gobiernos Estatales y Federales”⁸⁴ Si bien, llevó a cabo las diligencias correspondientes ante el Lic. Ausencio Chávez Hernández, entonces gobernador de Michoacán, donde a través de una carta reconocía al grupo “Patronato de la comunidad indígena de Tzintzuntzan, Mich.” como órgano auxiliar para el cuidado, conservación, resguardo y divulgación del patrimonio arqueológico e histórico de la comunidad “Dando como resultado que el añejo problema que existía quede superado al hacerse este reconocimiento institucional”⁸⁵. Esto no trascendió hasta la actualidad.

83 Carta dirigida a Lic. Manuel Camargo Esparza 10 de junio 1994, Archivo del Centro INAH, Exp. Asuntos Contenciosos de la Coordinación Nacional de Asuntos Jurídicos del INAH, Morelia, Michoacán.

84 Cristina Sánchez del Real a Teresa Franco, 25 de mayo 1994, Archivo del Centro INAH, Exp. Informe del rescate de piezas arqueológicas en el Ex-convento de Tzintzuntzan, Morelia, Michoacán.

85 Carta dirigida al Gobernador del Estado de Michoacán. Junio 7 de 1994, Archivo del Centro INAH, Morelia, Michoacán. Hasta el momento no he localizado alguna respuesta a esta epístola.



10. Taller de calaveritas. Octubre, 2018.

Fotografía Abel Rodríguez Carrillo

ABEL RODRÍGUEZ CARRILLO



2.2.3 Objetos con memoria

De las yácatas a los talleres artesanales

Otros espacios privilegiados para el diálogo acerca de la memoria en Tzintzuntzan es sin lugar a dudas los talleres artesanales, pues tal y como lo anunciaba desde la introducción de la presente tesis, fue ahí donde reafirmé mi interés en desarrollar esta investigación. En este sentido, describiré de forma general algunos encuentros que tuve con los artesanos, los cuales me hicieron cuestionarme una y otra vez acerca de la pertinencia de mi tema, así como las formas de aproximación metodológica que de forma paulatina se construía y reconstruía cual recuerdo a perpetuar.

Por las mañanas en Tzintzuntzan algunas personas acostumbran salir a caminar y utilizan el Atrio de los Olivos como un parque digno de aprovechar para llevar a cabo el ejercicio matutino, tal y como lo comenta la Sra. Matilde quien suele ser acompañada por una de sus hijas. Matilde es una artesana alfarera quién hace un par de años decidió comenzar a caminar por las mañanas en dicho recinto, porque empezó a sentir dolores en sus pantorrillas y creía que esto se debía a la falta de ejercicio en su vida, debido a que pasa muchas horas del día entre los quehaceres de su casa y su taller de alfarería sin realizar ninguna actividad física que favorezca su salud.⁸⁶

Una vez que concluyó sus seis vueltas al atrio, doña Matilde me invitó a su casa, la cual queda a media cuadra de uno de los accesos a este espacio. Las calles lucen muy solas en lo general a estas horas. Llegamos a casa y la hija de Matilde fue a despertar a su papá, el señor “don Cayo” quién salió del cuarto en cuanto supo de mi presencia. “Papá viene un señor que vino la otra vez con unos maestros” exclamó la joven.

Pese a que se mostraron un poco sorprendidos por mi presencia porque no había programado nada con ellos, no dudaron en invitarme un café, volverlos a ver después de algunos meses fue grato;⁸⁷ mientras Matilde preparaban el café en su fogón, yo les explicaba mi interés por trabajar también Tzintzuntzan, aclarando que en comparación con el proyecto de mi compañera arqueóloga Ariana Erandi quién trabajó cerámica colonial en aquel espacio, a mí como antropólogo me interesaba llevar a cabo entrevistas y

⁸⁶ Quizás esta sea una problemática compartida entre muchas artesanas y artesanos en la región, sin embargo sólo en pocos casos existe una iniciativa de parte de la gente por hacer algún tipo de actividad física. Sumando que no existe una política aplicada acerca del tema de la salud de los artesanos hoy día.

⁸⁷ El anterior encuentro fue parte de una serie de visitas a talleres artesanales que habíamos programado a través de la clase de Antropología de la Técnica, la cual estaba a cargo del Dr. José Luis Punzo.

charlas en torno a la memoria y recuerdos que tenían relacionados con el sitio arqueológico.

Debo confesar que si bien llegué a la casa de esta familia de forma fortuita puesto que reconocí el rostro de Matilde en el atrio, de alguna manera esperaba ir a su encuentro en el transcurso de aquel día por la buena acogida que percibía cada vez que les visitaba. Una vez estando el café servido en una ollita de barro y habiendo explicado de forma general el motivo de mi visita, don Cayo comenzó esa mañana a recordar aquellas veces que había trabajado con los arqueólogos. Pasó revista a distintas temporadas de campo y en ellas tanto lugares, objetos y personas, confirmando que no sólo él y Matilde utilizan aquellos objetos ergonómicos como del que devino esta tesis, piedras tan apreciadas tanto para los arqueólogos en turno, como para los artesanos que hacían labores de peones durante las temporadas de campo; porque además estas piedras (o manos de metate) son utilizadas por artesanos y artesanas que elaboran artículos de alfarería y *chuspata*⁸⁸ en la región; quienes así como ellos en su taller artesanal, utilizan las piedras que alguna vez fueron encontradas en torno al sitio arqueológico.

⁸⁸ Fibra natural que recolectan de las orillas del lago.

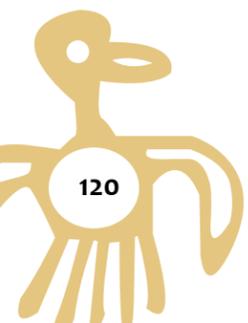


11. Taller de chuspata, Ihuatzio. Diciembre, 2018. Fotografía Abel Rodríguez Carillo



12. Detalle de las manos infantiles sobre el barro durante el Taller de calaveritas realizado en el sitio arqueológico.

Octubre, 2018. Fotografía Abel Rodríguez Carillo



Otro testimonio saltó a la vista en días previos a la noche de muertos, cuando se había llevado a cabo un taller de calaveritas de barro en las instalaciones del sitio arqueológico. En medio de risas, comentarios, bromas y golpeteos contra algunas mesas de madera, encontré a un grupo de 25 niños y niñas de Tzintzuntzan, los cuales recibían adiestramiento por parte de “Martita”, asesora educativa del sitio, quién utilizaba piedras similares a las del taller de Matilde para que sus alumnos dieran forma a una artesanía que fungiría no sólo como un producto del taller, sino que además como medio para comprender la razón por la que la comunidad celebra año con año la noche de muertos, según compartía Martita en aquella tarde⁸⁹.

Esta serie de testimonios en lo general abonan al compendio de recuerdos en torno a la práctica antropológica desarrollada en Tzintzuntzan, así como a la presencia de reminiscencias materiales localizadas tanto en lugares, oficios y objetos, ejemplificados dentro de los talleres artesanales de alfarería en la localidad⁹⁰. Asimismo, ponen sobre la mesa de discusión pensar desde el presente cómo la niñez y demás etapas durante el desarrollo de los tzintzuntzeños, se han visto trastocados por la presencia del pasado con el cual han convivido de forma cotidiana. Hechos que analizaré de manera más detallada en el siguiente capítulo, no sin antes pasar revista a la memoria en torno a uno de los personajes que a través de su obra representada en un objeto, marcó la vida de muchas familias en Tzintzuntzan, entre ellas a la familia de Micaela González.



13. *Los hijos del Imperio* en manos de don Alfonso “el compita”.
Noviembre, 2018

Fotografía Abel Rodríguez Carrillo

⁸⁹ Entrevista a Martha, Asesora educativa del sitio. 30 de octubre 2018.

⁹⁰ Es importante señalar que en el caso de la chuspata que se trabaja en Ihuatzio, localidad de Tzintzuntzan, también se utilizan piedras muy semejantes para la confección y urdimbre de esta fibra vegetal. En algunos casos cuando se les cuestiona acerca de la procedencia de dichas piedras, se desconoce la procedencia, sólo se afirma que ya la tenían desde generaciones atrás.



Los hijos del Imperio: la alfarería y su representación antropológica

¿Puede un libro académico detonar un proceso de encuentro, construcción, reconocimiento y reconstrucción de la memoria a una población? fue quizás una de las preguntas que a primera vista podría resultar un tanto ingenua, pero que a medida que fue pasando el tiempo, resultó pertinente dadas las características respecto a la producción, distribución y consumo de este objeto. Este hecho no es algo común y en lo personal, no había encontrado antes en otros espacios y con otros temas a lo largo de mis incursiones como antropólogo tanto en Jalisco, Ciudad de México y Yucatán. No obstante, en Tzintzuntzan se presentó como algo muy particular más allá de las características a las que he hecho referencia hasta este momento.

... Y de pronto aconteció que en otra mañana de café al pie del horno de los alfareros Matilde y don Cayo, él le pidió a su hija que trajera aquel libro que se encontraba en la recámara, el motivo, una pregunta de un antropólogo ingenuo que indagaba acerca de la relación que él recordaba con investigadores en su comunidad. Aquella joven trajo el encargo y éste era *Los hijos del imperio: la gente de Tzintzuntzan*, un texto que les había regalado “el doctor Foster” en la última visita a su hogar.

Mientras yo revisaba de forma general el libro, ellos me compartían que algunas veces sus hijas lo agarraban, lo ojeaban y veían con especial atención, se detenían con cierto agrado y curiosidad entre los mapas y fotos que el libro contenía; de pronto lo usaban para tareas o simplemente para jugar y por ello, concluían que este objeto se encontraba en malas condiciones. La hija menor sólo reía ante lo que decían sus padres. Al hojear aquel texto, ante la mirada tímida de la familia alfarera, (quizás porque a juzgar de sus expresiones, se avergonzaban de tener aquel libro lleno de fotografías propias y una que otra nota) algo llamó mi atención, encontré que había ciertas marcas al interior de uno de los mapas, al preguntarles quién y qué habían marcado con lapicero, Matilde me comentó que su hija había localizado dónde bebían vino las personas de Tzintzuntzan de ayer, le había llamado la atención que había muchos lugares donde se podía beber. Esta deducción guardaba cierta verosimilitud, ya que se encontraban ubicadas con un mismo icono tiendas de abarrotes y vinaterías.



14. Matilde comenta acerca de cambios y continuidades en la localidad, entre ellos la cruz que aún se localiza a unos metros de su vivienda.
Fotografía Abel Rodríguez Carrillo. Agosto, 2018

Fue entonces cuando llegué a la sección de las fotografías, que Matilde y don Cayo se acercaron y pusieron especial atención en cada una de ellas para compartirme nombres, lugares, y más información que la que había explícitamente en las imágenes: parentesco, fiestas, urbanismo, informantes principales de Foster, tradiciones y conflictos. En conjunto estaba presenciando una lectura social a la imagen como lo llamaría Bourdieu (2003) en su ensayo sobre los usos sociales de la fotografía.



15. Matilde señala que la persona con sombrero es su suegro, aunque don Cayo no le reconoce. Ella toma como referencia de la ubicación de la persona para deducir que está afuera de lo que hoy día es su terreno.



Me quedé perplejo al escuchar la cantidad de información que devenía de cada fotografía o en algunos casos, de la serie de fotografías que ellos reconocían con cierta facilidad, porque afirmaban que varias imágenes habían sido tomadas en un mismo momento, o con una sola familia alfarera: la de doña Micaela González, quien fuese la informante principal del Dr. Foster en muchos años.

De los hijos del imperio a la transformación de la alfarería por CREFAL

Los recuerdos en torno a las fotografías contenidas en *Los hijos del imperio...* fluyeron y con ellos una serie de nombres y eventos que tuvieron lugar entre el tiempo en que fueron hechos los registros, con un nexo particular con acontecimientos recientes en la localidad; tal fue el caso de la familia Morales quienes hasta hace unos meses custodiaban el taller de cerámica del CREFAL, ubicado a un costado de la capilla abierta de Tzintzuntzan y que hoy día había sido destruido⁹¹.

Uno de los retratos contenidos dentro de *Los hijos del imperio...* el cual describían con gran detalle Matilde y Cayo, fue la imagen donde se encontraban el abuelo y papá del artesano Manuel Morales. Al principio mencionaban edades aproximadas de ellos en la foto, así como el gran valor que tenía su forma de trabajar la alfarería de alta temperatura puesto que ellos habían sido los aprendices directos de Gabriel Ospina, personaje que aplicó la política artesanal a cargo del Centro Regional de Educación Fundamental en América Latina (CREFAL) en la región. Destacaban el papel que esta familia desempeñó para que se mantuviera por tres generaciones esta forma de hacer alfarería en la localidad, pese a que muchos les había resultado algo complicado en comparación con la forma como lo hacía ver hoy día Manuel Morales, quién le reconocían su labor más allá de las fronteras nacionales.

Apenas escuché una serie de anécdotas en torno al alfarero heredero de la tradición artesanal propuesta por el CREFAL, y fui a su encuentro. Tras una presentación general de mis intereses en Tzintzuntzan, Manuel Morales se mostró muy cauteloso. La expresión del artífice que hoy día elabora productos de muy alta calidad en los que vierte detalles precolombinos, era muy comprensible, por un lado, por lo acontecido recientemente en su taller⁹² y por otra parte, por ser una persona estudiada que cursó dos licenciaturas y especialidades en pedagogía, además de que ha tenido constante comunicación con investigadores extranjeros que visitaban Tzintzuntzan⁹³, así como

⁹¹ Esta problemática se presentó en el mes de julio del 2018. Falta reflexionar más acerca del mismo, ya que es una disputa entre diversos actores al interior de Tzintzuntzan.

⁹² Cabe mencionar que el día que le conocí, apenas había pasado quince días de la destrucción del taller.

⁹³ Sobre todo mantuvo un diálogo constante con el antropólogo Gunther Dietz, mientras hacía su estudio acerca de la alfarería en Michoacán.



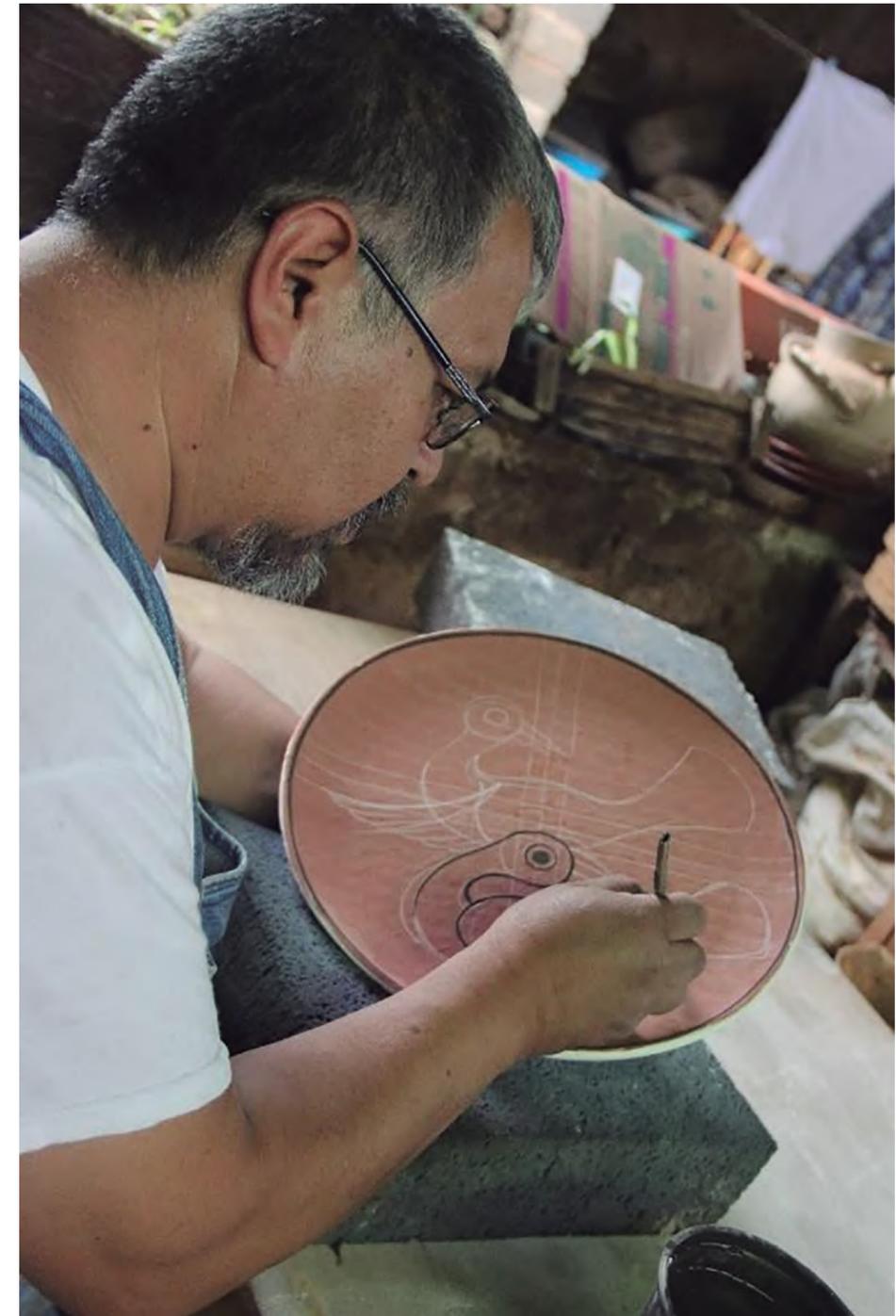
continuo acceso a la biblioteca de CREFAL, donde acostumbraba hasta años recientes, fotocopiar las tesis que hablaban de alfarería en la región y/o que tenían que ver con entrevistas que le habían realizado a su familia o a él, y que en sus propias palabras decía: “me gusta ver lo que escriben de nuestro trabajo o del pueblo, nada más para reírme de la forma en que lo hacen”.

Pasaron las horas y fue entonces que Manuel me comenzó a preguntar acerca de si conocía los trabajos que se habían hecho desde décadas atrás en la localidad, al comentarle que había revisado a detalle el trabajo de Gabriel Ospina y Foster, él se abrió más y me comentaba que recordaba muy bien a ambos personajes. Pues de alguna forma gracias a ellos su trabajo era muy reconocido en Estados Unidos y en Europa más que en México. Sus recuerdos acerca de Foster de algún modo le generaban cierto orgullo por lo que platicaba con aquel personaje mítico para la antropología social en Michoacán, ya que en múltiples ocasiones Jorge Foster (como le nombraba su abuelo) hacía énfasis en que Manuel había superado con creces el trabajo de su padre y su abuelo.

Cuando crecí seguí viendo a Jorge Foster y me iba a visitar a la casa, como si visitara a mi abuelo y en realidad me platicó muchas cosas; en realidad si él hubiera escrito todas esas cosas que me decía a mí pues yo sería muy orgulloso (...) porque me decía cosas muy relevantes para mi vida pues. La diferenciación entre la cerámica de mi papá, de mi abuelo, no sé si más atrás. Me decía: sabes tú Manuel eres muy bueno, creo que eres el mejor de los tres. Esas cosas seguramente nunca las escribió, pero me levantaba todo el ánimo.⁹⁴

Manuel sabía que la opinión de un personaje que había conocido de cerca el trabajo de su familia valía mucho, por ello le agradecía sus consejos y opiniones para cada vez mejorar su labor. Esto lo expresaba con cierta nostalgia Manuel, mientras pintaba de forma meticulosa uno de los 300 platos que le había encargado un cliente de San Miguel de Allende, Guanajuato.

El ser alfarero nos enseña que las cosas se resquebrajan en cualquier momento y que lo externo también nos juega en contra, si no hay un buen clima que ayude; uno se puede romper como cualquier alfarería, vamos al mismo lugar de donde tomamos la materia prima: la tierra.⁹⁵



16. Manuel Morales dibujando un diseño diferente inspirado en los *janamus* y algunos otros elementos precolombinos de Tzintzuntzan, con la finalidad de plasmar de manera particular cada uno de los 300 platos que tenía por entregar en septiembre.

Fotografía Abel Rodríguez Carrillo.

ABEL RODRÍGUEZ CARRILLO

⁹⁴ Entrevista a Manuel Morales 29 agosto 2018.

⁹⁵ Palabras expresadas por Manuel Morales en su página de Facebook después de lo cometido el pasado 20 de julio del 2018. Tras una vista general a su perfil podemos dar cuenta de mensajes de apoyo en francés e inglés principalmente condenando la falta de apoyo al trabajo artesanal de parte de las autoridades municipales, estatales y federales.

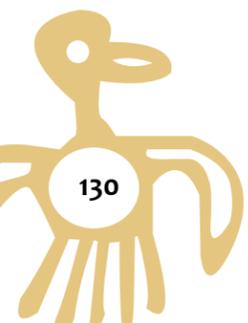
Los anteriores testimonios son solamente algunos casos representativos entre varios que se recopilaron, en los que el libro *Los hijos del Imperio...* ha detonado la memoria de ciertas personas que en mayor o menor medida, tuvieron una relación con Jorge Foster y con Gabriel Ospina; no obstante, el libro continúa presente en cada entrevista y/o charla con las personas que me han brindado la confianza para dialogar al interior de sus viviendas. Cabe mencionar que nunca llevé mi libro a las entrevistas, sino “aparecieron” entre los objetos que guardan los pobladores; en la mayoría de los casos como un objeto dentro de cual se puede resguardar fotografías y cartas de los hijos ausentes, así como el lugar predilecto para guardar los recados, recetas médicas antiguas o bien, alguna boleta escolar tanto de los niños y niñas en Tzintzuntzan.



17. Taller de alfarería de alta temperatura de Manuel Morales. Agosto, 2018

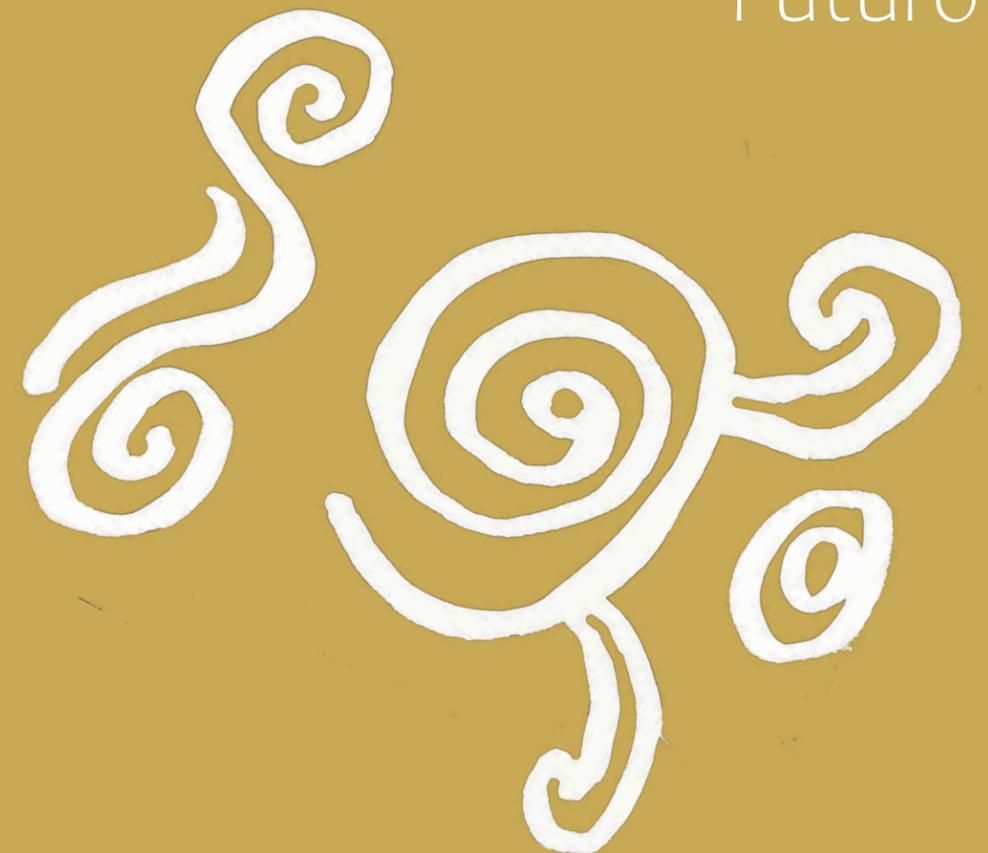
Fotografía Abel Rodríguez Carrillo

ABEL RODRÍGUEZ CARRILLO



CAPÍTULO III.

Vinculación y
Apropiación Social
del Conocimiento
Antropológico.
Tensiones Entre el
Pasado, Presente y
Futuro



3.1 La vinculación social

Los profesionales de la práctica antropológica y arqueológica no siempre han sido vistos con agrado, como lo fue con respecto a George Foster desde la década de los cuarenta del siglo pasado (y esto por hablar de un sector de edad adulta que les recuerda principalmente). El imaginario social en torno a los investigadores e investigadoras externas a la comunidad, versa en ser representadas como personas que extraen conocimiento y se ven enriquecidas con ello. Sin embargo, este imaginario es sólo eso, una representación social configurada históricamente por el saqueo y/o precario diálogo establecido entre la investigación y la comunidad investigada, (con sus respectivas excepciones) de acuerdo al profesional en turno como hemos pasado revista hasta este momento.

En este tenor, las memorias en torno a los encuentros entre las y los investigadores respecto a las comunidades investigadas (principalmente hablando de los profesionales de la arqueología) son reducidas si lo buscamos a través de la producción académica, puesto que sus diarios, epístolas e informes, históricamente han dado cuenta de argumentos y memorias producidas con fines académicos; y poco menos subjetivos donde desarrollen explicaciones y descripciones respecto a los problemas y/o encuentros con la gente de Tzintzuntzan⁹⁶.

Lo anterior da cuenta de una forma institucional e histórica en la que se han establecido los lineamientos de los informes técnicos, bajo los cuales el Consejo de Arqueología ha evaluado la práctica profesional en nuestro país. Sin embargo, hacer énfasis en la forma como se le representa o invisibiliza a la población no es una demanda antropológica en busca de reivindicación social de las y los investigados *per se*, sino es hacer énfasis en que este desapego para con las poblaciones donde se hace investigación, ha generado de forma paulatina una insensibilidad mayúscula que debería modificarse

⁹⁶ Cabe destacar que en muchos casos ni siquiera hay referencia en sus informes acerca de otros arqueólogos o antropólogos que trabajaron en el mismo sitio y en los mismos años. En este tenor, una de las frases más certeras que escuché respecto a este problema la mencionó la arquitecta perito Lizbeth Aguilera Garibay del Centro INAH Michoacán; que al preguntarle acerca de su forma de ver el trabajo de los arqueólogos y antropólogos en la región, sólo expresó “Todos llegan a Tzintzuntzan viéndose al ombligo”, frase en la que concluye la manera en que le ha tocado ver como el investigador no revisa ni el trabajo previo, ni el contemporáneo que se ha desarrollado en un espacio con larga trayectoria del quehacer antropológico.

con la finalidad de evitar conflictos serios como los que han acontecido a lo largo de la historia de la práctica arqueológica en nuestro país.⁹⁷

En correspondencia, involucrar y dialogar con las personas locales respecto a la valoración del pasado, es ir más allá de limitar la participación de los habitantes a trabajar entre picos, palas, carretillas, podadoras, picoletas, brochas, distanciometros, teodolitos y estadales; en general, en tomo a cualquier tarea de la arqueología; o por otro lado, ser vistos como simples traductores e informantes de los profesionales de la antropología. Con esto, es necesario reconsiderar que su trabajo, no sólo es un sustento para sus familias, más allá la migración y el trabajo artesanal de la región; sino es una oportunidad de construir una relación diferente entre las y los profesionales de una disciplina tan cercana geográficamente (pues en sus terrenos se localizan los vestigios arqueológicos) pero tan distante simbólica y materialmente, por la barrera que imponen quienes ostentan el poder de saber y conocer sobre el pasado de las comunidades.

En este sentido, cabe destacar que en nuestro país existe una producción emergente respecto a la relación entre la investigación arqueológica y las comunidades,⁹⁸ estos estudios se han centrado en una línea de trabajo que da cuenta de la interpretación y divulgación del patrimonio, encabezados por los trabajos de Manuel Gándara (1998; 2008) y Antonieta Jiménez (2005; 2007); donde se han propuesto como objetivo principal en términos generales, “educar” a los visitantes y oriundos de los sitios arqueológicos en tanto contenidos e interpretaciones informadas acerca del pasado. Cabe señalar que estos modelos han sido creados a partir de encuestas a visitantes, dejando de lado indagaciones respecto a las experiencias, significados y problemáticas a las que se confrontan las comunidades locales ante sus vestigios, es decir hace falta llevar a cabo antropología social de las localidades aledañas a los sitios arqueológicos.

Los avances no son significativos para la parte institucional, ni en lo general y tampoco en lo local, pero esto no es algo nuevo en realidad. Desde la década de los noventa el arqueólogo Enrique Nalda (en Florescano, 1993) había puesto el dedo en la llaga respecto a la situación del patrimonio arqueológico para el caso de México, destacando que a pesar de la modifica-

⁹⁷ Los ejemplos abundan por todo el país, sólo basta seleccionar un estado de la república para dar cuenta de las problemáticas en torno a la forma en que se ejerce y toman decisiones sobre las poblaciones circundantes a los sitios con patrimonios arqueológicos e históricos. Un filme que ilustra de manera excepcional a lo que nos referimos es el caso de San Miguel Cuatlinchan y el despojo de la piedra “Tlaloc” a esta localidad ubicada en Texcoco. La piedra ausente (2013), es un documental basado en la investigación doctoral de Sandra Rozental “Movilizando el monolito: el patrimonio y la producción de México por sus fragmentos”, en la cual realiza una investigación antropológica en torno al traslado de la piedra Tlaloc al recién inaugurado Museo Nacional de Antropología en la década de los sesentas del siglo pasado.

⁹⁸ A diferencia de otros países de Latinoamérica donde el tema tiene bases más críticas (Rivolta, Montenegro, Menezes y Natri, 2014).

ción de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas de 1972 donde se le había asignado al Instituto Nacional de Antropología e Historia la tarea (titánica) del resguardo, conservación, investigación y difusión de los bienes; ante la falta de presupuesto, no cabía en la práctica llevar cabalmente dicha encomienda. Por tanto no existía la posibilidad de desarrollar una vinculación social ideal para la creación de Museos Comunitarios (como la principal propuesta en aquellos momentos), y en los casos que se crearon, sus guiones no terminaron por impactar en la población local para fomentar la idea de patrimonio y con ello, cesar los saqueos a los sitios como se había venido presentando. Pues como afirmaba el arqueólogo:

Es necesario considerar y revalorar el papel que la sociedad en su conjunto puede asumir en la solución del problema de la conservación del patrimonio arqueológico; proponer programas que integren eficazmente el mayor número posible de agentes; revisar la oposición ficticia especialista – no especialista; refuncionalizar los museos, especialmente los locales y de sitio (p. 131).

En este contexto, esta investigación antropológica se propuso identificar y poner en un mismo nivel las distintas partes involucradas en el trabajo arqueológico; conocer sus implicaciones sociales, políticas y económicas; así como los discursos y memorias institucionales en relación con las expectativas, experiencias y representaciones de los pobladores vecinos respecto a los sitios con vestigios arqueológicos y los profesionales de la práctica antropológica, como ya lo hemos venido revisando.

No obstante, las problemáticas persisten más allá del espacio delimitado por el INAH en Tzintzuntzan,⁹⁹ y es que como la población prácticamente se encuentra sobre los vestigios de una gran ciudad pretérita, lo cual hace más complejo establecer diálogos con las partes involucradas. En estos casos no es tan sencillo como lo proponen algunos autores (Rivolta, et al., 2014) quienes sugieren involucrar a las comunidades en la práctica arqueológica. Sin duda esto resulta una propuesta a la cual sería pertinente hacer eco desde este ámbito de la arqueología en Michoacán, con la finalidad de dar cuenta –desde la especificidad que circunda el municipio de Tzintzuntzan– acerca de las condiciones para la gestión del patrimonio; así

⁹⁹ La zona arqueológica de Tzintzuntzan se ha delimitado en dos ocasiones, la primera la realizó el arqueólogo Rubén Cabrera en la década de los 80 y la segunda en 1993 la llevó a cabo el arqueólogo Efraín Cárdenas, este último señaló casi 200 has. Haciendo un trazo de dos polígonos, el mayor abarca casi un 60% de la cabecera municipal y el segundo, es la delimitación del sitio principal.

Efraín Cárdenas a la Dra. Arq. Lizbeth Aguilar Garibay, 19 diciembre 2006, Archivo del Centro INAH Michoacán. Expediente correspondiente a la construcción del CECyTEM 19.

como indagar en la necesidad de recuperar la memoria vinculada a trabajos y/o proyectos que arrojaron -o no- productos para la comunidad; además de conocer los usos ¿y abusos? de la práctica arqueológica en relación con los tzintzuntzeños¹⁰⁰. Pero la pregunta pertinente sería ¿de qué manera o bajo qué condiciones se podría involucrar a la comunidad en la práctica arqueológica más allá de ser custodios que trabajan en el sitio o de las temporadas de excavaciones, en las que participan algunas personas de la localidad y las cuales cada vez son más cortas, esporádicas y con menor presupuesto?

Dar respuesta a tal conjetura nos llevaría a reflexionar en las aspiraciones e intereses desde ambas partes. Porque cabe destacar que si se han hecho trabajos de parte de algunos actores, como el que realizan los asesores educativos del INAH en la zona arqueológica con niños y jóvenes de la localidad, ya sea a través de talleres como de exposiciones fotográficas. Un ejemplo fue la que elaboramos en conjunto entre investigador y custodios a inicios del mes de marzo, 2019, la cual se presentó a alumnos del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Michoacán (CECyTEM) 19 de Tzintzuntzan. Asimismo, tienen impacto en mayor medida las charlas que brinda el arqueólogo Iván Landeros en los espacios que le asignan las escuelas de la comunidad para revalorar el papel de la arqueología en la región¹⁰¹. Sin embargo, los recursos con que cuentan los asesores educativos y el arqueólogo en turno, son muy precarios y de forma proporcional, es el impacto que tienen entre la comunidad, debido a que les asignan presupuestos de forma eventual.

Si por un lado se pretende concientizar acerca de la labor que realizan las y los arqueólogos, no estaría demás también revisar el mismo caso pero desde la postura de los habitantes y en este sentido invitar a los arqueólogos,¹⁰² (y ante todo a los delegados estatales y/o autoridades que toman decisiones acerca del trabajo del arqueólogo del INAH en comunidad) a sensibilizarse de la situación que les rodea, comenzando por ponerse en los zapatos de la población, quienes –en muchos casos– viran sus intereses de acuerdo a las necesidades más apremiantes: construcción de escuelas, instalación de drenajes, tuberías para agua, instalaciones de electrificación

¹⁰⁰ Es necesario hacer énfasis en que estas variables son las que propone en los últimos años la arqueología pública (Rivolta, et. al., 2014, 12 - 13), no obstante, dada la pertinencia a nuestro caso de estudio, se retomaron en la medida que el trabajo de campo nos dio la pauta o inclinación hacia cada una de sus vertientes.

¹⁰¹ Esto lo pude advertir al revisar los resultados del cuestionario aplicado a jóvenes en la localidad donde el 100% de los entrevistados, tenían una noción del trabajo del arqueólogo en Tzintzuntzan gracias a las charlas que el arqueólogo daba en las escuelas de forma intermitente, o bien, a los talleres que habían tomado en la zona arqueológica con los asesores educativos.

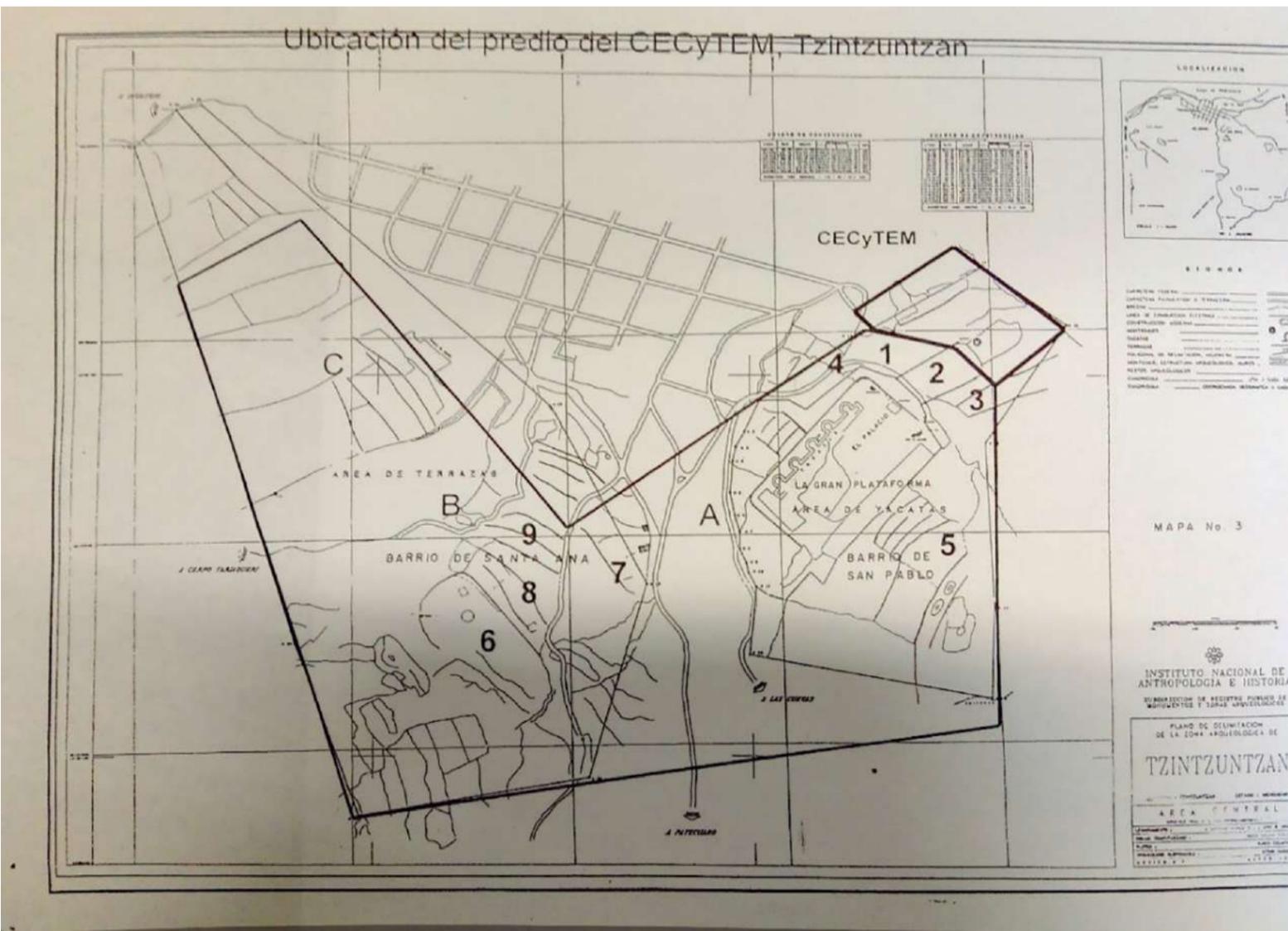
¹⁰² Sobre todo pensando en aquellos arqueólogos recién egresados que llegan a comunidad y muestran una postura cerrada respecto a los usos del patrimonio; así como aquellos arqueólogos que no viven en la localidad que estudian, o que a pesar de que viven en ella, ponen sobre cualquier cosa el valor del patrimonio arqueológico vs la postura de la población.

para nuevos barrios, construcción de carreteras, calles, casas, nuevas áreas deportivas, entre otras necesidades que conforme pasan los años son resultado del crecimiento demográfico en Tzintzuntzan.

Cabe subrayar que los intereses no son homogéneos –como lo llegaron a ser algunas memorias compartidas respecto a acontecimientos significativos en la localidad–, con ello me refiero a que el arribo de retornados, así como nuevos vecinos con mayor capital, además de la llegada de turistas, demandan otra cara que pareciera ajena a la protección del patrimonio arqueológico. Una muestra de esto son las solicitudes que en el mejor de los casos, se presentan ante el Centro INAH con la finalidad de que sea revisado su predio o proyecto, para construir cabañas, restaurantes y comercios entre otras edificaciones fuera de la norma en Tzintzuntzan. ¿De quién es la responsabilidad de decidir sobre el uso que se hace del patrimonio que yace bajo sus pies?, ¿qué instancias pueden regular los trabajos para evitar saqueos o daños en detrimento del pasado de una población?, ¿Es acaso el INAH?

En este punto entiendo la discordancia que existe entre la población al reconocerle que es una institución poco fiable, pues han sido sus profesionistas arquitectos y arqueólogos los que han dejado malas experiencias en torno a sitios patrimoniales en Tzintzuntzan, a tal grado de casi perder la custodia del Ex-convento de San Francisco por una negligencia, como he citado con anticipación.

Si bien por la vía legal prácticamente todo está bajo custodia del INAH, ya que en términos generales todo el territorio tiene vestigios y por ende, se tendría que dar aviso a los peritos en arqueología del Centro Regional ante cualquier obra. En la práctica esto no se lleva a cabo, a menos en casos excepcionales como cuando se presenta un diálogo entre instituciones. En el caso de Tzintzuntzan, un ejemplo de esto ha sido para la construcción y ampliación del proyecto del CECyTEM 19; quienes hoy día tienen una gran carpeta en el Archivo del INAH Michoacán, donde podemos dar cuenta del proceso de edificación del inmueble, así como del crecimiento de la población estudiantil a través de las solicitudes de construcción, ampliación, remoción, resultados de peritajes, autorizaciones, rechazos y condicionamientos de obras, todo esto por localizarse al margen de la delimitación de la poligonal de conservación, trazada a mediados de la década pasada.

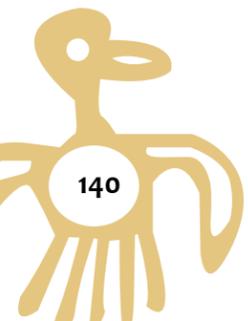


18. Ubicación del predio del CECyTEM en la parte derecha superior.

En este sentido, he considerado presentar las problemáticas entre las partes involucradas: al interior de la comunidad, instituciones y profesionistas que han mantenido una fricción por los intereses que devienen del trabajo y la denominación de eso que llamamos “patrimonio cultural” desde lo institucional y desde lo local. De tal forma, que esto está en relación con lo que plantean los autores Habu, Fawcett y Matsunaga (2008), quienes proponen a partir de la revisión crítica a la disciplina en las últimas décadas, la necesidad de implementar la “multivocalidad” como un concepto que alude a la participación de los diversos actores involucrados en el trabajo arqueológico. En correspondencia Rivolta (*et. al.* 2014) mencionan que partir de la multivocalidad:

Sería el cuestionamiento al logocentrismo occidental y a los efectos de autoridad de las instituciones arqueológicas, intentando reconfigurar las relaciones de poder entre arqueólogos y comunidades. De esta forma, se lograrían relaciones menos asimétricas, re-posicionando a las comunidades locales en la administración del patrimonio arqueológico e incorporando sus cosmologías en la interpretación del pasado (p. 17).

Por ende, la representación e interpretación de la memoria, en este caso de los vestigios arqueológicos y la relación que se establece entre investigador e investigado, pasaría revista para esta vez crear un diálogo no sólo entre las instituciones y los profesionales de la disciplina antropológica, sino con todas las partes involucradas acerca de la gestión de lo arqueológico, como parte de la configuración o reconstrucción de una memoria colectiva pensada más desde lo local. En conclusión, considero que una serie de actividades significativas con las comunidades, tales como exposiciones y/o conmemoraciones en un primer momento, formarían de manera paulatina parte de un conjunto de memorias compartidas entre instituciones e individuos, instaurando un *corpus ad hoc* con el cual activar y/o provocar “memorias sociales (como) condiciones epistemológicas para la significación de la cultura material y, consecuentemente, para la activación y apropiación social del patrimonio arqueológico” (p. 18); no sin antes partir de la escucha de las aspiraciones, imaginarios y representaciones sociales que se tiene sobre aquellos lugares, objetos y memorias del pasado que han sido dotados de mayor significado entre los pobladores de Tzintzuntzan en el tiempo.



3.2 El sentido diferenciado de la creación, circulación y consumo de memorias en torno a la arqueología y la población

Como ya he señalado, existen divergencias entre las valoraciones hacia el pasado en Tzintzuntzan, y otra manera de comprender estos desacuerdos es a través de una revisión crítica a las formas de producción, circulación y consumo de bienes: para nuestro caso de memorias. Si bien son conceptos asociados directamente a la Economía, en esta ocasión los retomo para dar cuenta de la pertinencia de hablar de un circuito social o economía de la memoria para mi caso de estudio; en el que entiendo cada uno de estos procesos como parte de un fenómeno social mayor donde se interconecta el pasado, presente y futuro. Asimismo en dichas temporalidades se ven involucrados actores sociales, instituciones y en algunos casos objetos y monumentos, aunados a conocimientos y experiencias en torno a la práctica antropológica; en conjunto, considero que estos elementos dan contexto a la multivocalidad citada líneas arriba, y en ella, a las distintas formas de valoración y usos del pasado que otorgan prestigio a ciertos actores (o instituciones) más implicados en el quehacer sobre la memoria de Tzintzuntzan.

En este contexto, en términos de Economía, el capital más allá de una inferencia directa al dinero, en un primer momento lo he asociado a la experiencia y memoria que resguardan determinados actores. Por ende, me refiero a un capital cultural que empodera a unos cuantos a partir de saberes y experiencias que posee una persona o un sector, en contraste con una colectividad (Bourdieu, 1997); hecho que de forma paulatina recrea una desigualdad en materia de posesión de conocimientos. Cabe señalar que en el caso de las “antiguas”, fotografías, libros y documentos donde quedan registradas dichas memorias, son parte del capital cultural objetivado que de acuerdo “al ojo con que se les mire” representan también un capital económico a favor del que les posee.

Este capital cultural legitima en mayor o menor medida las relaciones de poder que se establecen tanto al interior de las localidades como al exterior, con ello me refiero al poder que se confiere a determinados actores socia-

les, los cuales se convierten en las voces autorizadas en distintas materias de una localidad para el exterior. Es decir, un filtro necesario ante la mirada de ciertas personas, como lo fue en mi caso la solicitud que me hiciera la entonces coordinadora del Centro Cultural Tania Calderón acerca de entrevistarme con el director del Patronato del Centro Cultural de Tzintzuntzan para dar fe del trabajo a realizar. Por otra parte, dentro de este complejo sistema de jerarquía al exterior en materia cultural, se encuentra a nivel macro, el poder que ha conferido el Estado al INAH como ente superior desde donde se piensa y decide acerca del valor patrimonial de una zona arqueológica, o bien, acerca de los saberes y patrimonios con los que cuenta una población. Este a su vez delega al Consejo de Arqueología, como ente valuador de los proyectos arqueológicos en nuestro país, entre otras jerarquías.

Por lo tanto, el contextualizar desde donde se produce, circula y consume la memoria tanto material como oral, nos permite reconocer que un discurso de la memoria, sea cual sea su origen, no podemos tomarlo de forma acrítica cual voz en *off* en la narrativa documental de un proceso de investigación. De esta manera, hago énfasis en las veces que me vi en la necesidad de cotejar la información que devenía en cualquier relato, respecto a la información que obtuve de los archivos cuales espacios donde yacen las memorias del trabajo antropológico.

En consecuencia, las líneas a continuación darán muestra de una parte de esa diversidad de voces, así como una reflexión teórica que resulta necesaria para comprender la forma en que intervienen y significan los hechos cada actor involucrado en torno a la reconstrucción y circulación de relatos del pasado de Tzintzuntzan.

3.2.1 El trabajo arqueológico y el resguardo del patrimonio desde la perspectiva del profesional

De acuerdo a Bourdieu (2011) el capital cultural objetivado en apoyos materiales “tales como escritos, pinturas, monumentos, etc. es transmisible en su materialidad” de una generación a otra, y puede ser apropiado materialmente a partir de un capital económico, pero este último sólo otorgará valor a dicho capital objetivado a partir del capital cultural con el que cuentan los actores. Es decir, que para nuestro caso los bienes culturales como lo son libros, antiguas, fotografías, hasta monumentos y/o yácatas, constituyen ese capital cultural objetivado que se ha producido en Tzintzuntzan; no obstante, su valoración material y simbólica es heterogénea como lo es

la población y actores que le circundan. En este sentido, lo que para unos tiene un valor de uso y de cambio explícitamente económico, para otros lo tiene simbólico e identitario, o bien, histórico o científico.

Somos los antropólogos y arqueólogos los especialistas que hemos obtenido un capital cultural muy particular, con el cual valoramos el pasado a partir de una transmisión de saberes legitimados por una institución. Saberes con un sesgo nacionalista para el caso mexicano, donde se ha reivindicado ciertos elementos de la cultura material de los pueblos originarios en aras de la creación de un pasado común que unifique una historia nacional. Dicho conocimiento ha sido impartido de forma sistemática por una institución académica que solo en el discurso, toma en cuenta a la población para determinar líneas de acción hacia la conservación y divulgación del patrimonio. Esta forma de ver a las localidades sólo como entes pasivos ha predominado por mucho tiempo en la práctica arqueológica más que en la antropológica; el cambio de paradigma devino hacia la década de los setentas cuando el papel del actor social terminó por revalorarse, más allá de verles en el mejor de los casos como coleccionistas; o bien como saqueadores y desinteresados en el papel de la ciencia y disciplinas antropológicas.

En este tenor, tiene lugar dentro de la arqueología metodologías transdisciplinarias como la etnoarqueología, la cual comenzó a revalorar el papel del actor social en el presente para poder comprender el pasado de un sector en particular, el artesanal por ejemplo. Sin embargo, con este planteamiento de corte más etnográfico, si bien es tomado en cuenta el conocimiento de las poblaciones actuales para comprender formas de hacer, vivir y reproducir prácticas culturales en determinado espacio; el uso que hace el científico del actor social continúa siendo a través de un supuesto “diálogo” vertical donde uno pregunta y el otro responde, una parte “hace cosas” mientras la otra parte observa, registra y hasta en recientes ocasiones, imita.

Convendría en este punto hacer referencia al trabajo de Patricia Ayala (2007), quien presenta a través del caso de la arqueología atacameña en Chile, una caracterización de la práctica arqueológica que se ha desarrollado a partir de la forma como se han establecido históricamente los tipos de relaciones con los actores; entre ellas destacan seis principales: negar, conocer, colaborar, visibilizar, dialogar/negociar y delegar/intermediar. Estas últimas acepciones sientan sus bases en la década de los noventas a partir de las reformas de ley en dicho país, que fomentaron el reconocimiento y promoción de identidades étnicas, otorgando poder a los “indígenas como nuevos actores sociales, planteando una serie de demandas y luchas de significación y de poder en torno a sus derechos culturales y a los recursos existentes en sus territorios” (p. 133).

Nada lejano al anterior escenario al sur del continente ha pasado en nuestro país a lo largo de la historia de la disciplina, por haber sentado sus bases en una práctica profesional nacionalista, la cual ha negado las diferencias en un primer momento en aras de construir un ente nacional con un pasado glorioso (Bonfil, 1990). Por otra parte, el reconocimiento de la diversidad étnica y cultural en el año de 1992, sentó las bases de un Estado multicultural e intercultural, que al menos en el discurso, estos nuevos conceptos pretendían otras formas de establecer relaciones con los pueblos originarios más allá de la asimilación que promovía el Estado hasta fines del siglo XX. Este hecho ha permeado la práctica profesional de algunos antropólogos jurídicos y políticos, más no ha tenido el mismo efecto para la parte arqueológica, ni mucho menos para las poblaciones en la práctica; puesto que el acercamiento con los pueblos originarios para la resolución de conflictos en torno a sus patrimonios, continua siendo una materia pendiente debido a que de acuerdo a los criterios institucionales de parte del INAH, la gestión del patrimonio se piensa más como una cuestión jurídica (que hasta hay áreas específicas dentro de la Institución para tratar problemáticas en torno a dichos asuntos), más que tratarse como un problema de índole cultural.

El virar la atención del INAH y en ella, de los arqueólogos hacia la parte cultural representaría la necesidad de implementar una perspectiva antropológica social que no existe hoy día en torno a los proyectos arqueológicos, más allá de la forma de utilizar algunas de sus metodologías como la etnografía para la práctica etnoarqueológica. Esto implicaría crear un área de antropología de sitios patrimonio¹⁰³ con la finalidad de pasar al segundo tipo de relación que mencionaba Ayala (2007) para el caso de Atacama:

◇ Conocer

Inicié este apartado haciendo referencia a Bourdieu (2001), con la finalidad de comprender teóricamente la diferenciación que existe entre las formas de valorar el pasado desde una perspectiva institucional, en contraste con la mirada de la población local. Sin embargo, me gustaría puntualizar que no podemos generalizar que “todas las y los arqueólogos” sólo tengan en cuenta el valor patrimonial de los monumentos u objetos que estudian, porque así fueron formados o así les regula una institución.

¹⁰³ Ante esta propuesta, reconozco la importancia que han tenido los diálogos con el Dr. Luis Vázquez y el Dr. José Luis Punzo.

A decir verdad la preocupación por desarrollar ciencia, tal cual lo hacen sus homónimos que se encuentran fuera del INAH o en otros países, es el ideal y el sentido de su profesión, y en muchas ocasiones pese a sus múltiples tareas asignadas como parte del INAH, algunos profesionales de la arqueología lo hacen.

En este sentido, reconozco que gracias a los diálogos con los arqueólogos me he dado cuenta que en lo general no es que ellos no vean esa parte de vinculación social como una necesidad apremiante, de hecho más que los antropólogos sociales, son ellos los principales interesados en que las poblaciones valoren su pasado para que sea la población local la que resguarden su patrimonio; ya que esto es una tarea titánica en una región que al menos para la zona lacustre de Michoacán, se tiene un registro de más de 200 sitios con evidencia arqueológica y sólo hay dos abiertos al público (Ihuatzio y Tzintzuntzan).

De tal magnitud es la abrumadora labor que se les confiere a los arqueólogos que pertenecen al INAH a nivel regional, los cuales ya en últimas instancias acaban por verse en el papel de vigilantes de los terrenos, al tener que mantenerse al tanto de la destrucción y descuido que acosa tanto a los sitios abiertos al público en Michoacán, como a los que sólo están registrados y son menos evidentes para las autoridades municipales y estatales.

Más allá de realizar un trabajo arqueológico de carácter científico, para el caso de la arqueología en México, no es lo mismo ser arqueólogo del INAH, que ser del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, o de El Colegio de Michoacán. Con esto alude a que no es fortuito que desde estas instituciones educativas y científicas se esté produciendo más conocimiento en comparación que el INAH, puesto que esto se debe a que –al igual que las instituciones extranjeras que desarrollan proyectos en México, y en particular en Michoacán– no tienen que lidiar con los problemas que trae consigo el problema de la propiedad de la tierra. Situación que para el caso del INAH si condiciona el trabajo y desarrollo de su práctica profesional.

En consecuencia, no es fortuito los desencuentros que ha tenido la población de Tzintzuntzan con respecto a los arqueólogos que van de parte del INAH. Otro ejemplo de ello fue la construcción de la escuela ya mencionada arriba, pero que a continuación detallo.

CECyTEM no. 19. Memorias de un conflicto entre la conservación del pasado y el futuro de la población

El 11 de abril de 2006, el Centro INAH Michoacán recibió una notificación vía telefónica por Rafael Quiroz, entonces encargado de la zona arqueológica, quién reportaba que se estaban llevando a cabo obras de construc-

ción en las instalaciones del CECyTEM No. 19, ubicado a unos metros de la zona arqueológica. Para entonces no había ninguna solicitud formal que respaldara dicha obra pública, por lo tanto en aquel momento fueron comisionados los arqueólogos Roberto González y Domingo Lemus para entrevistarse con el Ing. Jaime Chacón, quién presidía la institución educativa y que desconocía, según declaraba, que dicha obra se tenía que avalar por el INAH de acuerdo a un procedimiento legal.

En aquella visita que hicieron los peritos, constataron que se habían hecho excavaciones para llevar a cabo la cimentación de gran escala, las cuales iban a sostener el Laboratorio principal del centro educativo; no obstante, reportaban que no había daños a la estructura pero no se podía continuar con dicha obra hasta que las autoridades locales no llevaran a cabo la solicitud formal para la construcción de la escuela en un espacio que estaba al margen de la poligonal de conservación¹⁰⁴.

En aquel momento, fue el arqueólogo Efraín Cárdenas quién coordinó los peritajes hasta fines del año 2006. Fase en que al fin el entonces presidente municipal de Tzintzuntzan, el profesor Jordán Urbina presentó una solicitud ante el Centro INAH Michoacán, en la que demandaba que fuera liberado un predio llamado “El Llanito”, el cual era colindante a la delimitación del polígono de conservación del predio “Las Yácatas”, con la finalidad de iniciar la construcción de una escuela para la comunidad:

Tzintzuntzan, por carecer de una Institución de este nivel vemos la imperiosa necesidad de que se nos apoye para la construcción del edificio CECyTEM, el cual inició sus actividades docentes el 7 de octubre del año próximo pasado con dos grupos de 45 alumnos cada uno.

Hoy tenemos un incremento de 98 alumnos en este ciclo escolar y que tememos de que al no ver inició de la construcción haya deserción lo que provocaría casi la desaparición de este nivel medio superior que Tzintzuntzan requiere.

Por lo anterior expuesto ruego a usted tenga a bien LIBERAR EL AREA DONDE SE CONSTRUIRÁN LAS INSTALACIONES que corresponden a la primera etapa.

¹⁰⁴ Roberto González a José Luis Punzo. 16 de mayo 2016. Antecedentes. Archivo del Centro INAH Michoacán. Expediente correspondiente a la construcción del CECyTEM 19.

A sabiendas de que seremos favorecidos acepte un saludo de los tzintzuntzeños por tener la seguridad de contribuirá para el desarrollo del municipio y la región¹⁰⁵

Esta solicitud fue la primera de una serie que se presentaron a destiempo –puesto que ya habían construido aulas– ante el Centro INAH Michoacán, y a través de las cuales se fue negociando formalmente la construcción de una preparatoria; proyecto que se llevaría a cabo en cuatro etapas, como signo de desarrollo y crecimiento de la poblacional estudiantil en Tzintzuntzan. Ante dichas solicitudes se emitieron dictámenes que en la mayoría de los casos, favorecieron siempre a la comunidad estudiantil. Si acaso en algunas fases se reubicaron andadores, canchas y laboratorios para evitar la destrucción de vestigios que habían quedado dentro del área del CECyTEM 19.

Sin embargo, pese a la permisividad provista en las resoluciones que daba el Centro INAH Michoacán, respaldado por los dictámenes de los peritajes que emitían los arqueólogos que estaban en la zona; las preocupaciones para el INAH por las afectaciones al patrimonio que había en Tzintzuntzan crecían, ya que no sólo era lo que pasaba en el CECyTEM, sino era una serie de obras que no se reportaban (como pasa hasta la actualidad).

Esto orilló al arqueólogo Efraín Cárdenas a presentar ante la Dra. Lizbeth Aguilera, entonces directora del Centro INAH Michoacán, una propuesta de protección del patrimonio en Tzintzuntzan, que derivara en un “Reserva Patrimonial” y así como un plan de manejo correspondiente,¹⁰⁶ a partir de la situación que se presentaba en la región lacustre y apoyada por las observaciones que hacían los peritos que revisaban los casos en campo. En dicho documento el arqueólogo describía los antecedentes de la delimitación, y ante las problemáticas que se venían suscitando a causa del crecimiento desordenado de la mancha urbana, solicitaba la imperiosa necesidad de una atención más oportuna:

Hoy día el avance de la mancha urbana y el crecimiento desordenado y permitido por las autoridades municipales, nos enfrenta a una situación social y política que debe atenderse, no podemos seguir esperando que Tzintzuntzan sea decretado Patrimonio de la Nación para que sea protegido, para cuando esto suceda seguramente los daños a un sitio de gran importancia

105 Jordán Urbina Pérez a Dra. Arq. María Lizbeth Aguilera Garibay, 27 septiembre 2006. Archivo del Centro INAH Michoacán. Expediente correspondiente a la construcción del CECyTEM 19.

106 Efraín Cárdenas a la Dra. Arq. María Lizbeth Aguilera Garibay. 19 diciembre 2006. Archivo del Centro INAH Michoacán. Expediente correspondiente a la construcción del CECyTEM 19.

cultural, histórica e identitaria abran devastado la mayor parte del sitio.

La solución que proponía era “replantearse la delimitación del sitio, trabajarse el expediente técnico y buscar la protección jurídica del sitio con otros recursos legales”. Para llevar a cabo esto, planteaba la figura de “Reserva Patrimonial”, la cual se apoyaría en el Reglamento de la Ley Estatal de Equilibrio Ecológico del Estado de Michoacán. Resulta importante destacar que esta propuesta con el paso de los años maduró a partir de las múltiples experiencias que desarrolló el arqueólogo tanto en Michoacán, Guanajuato y Jalisco (Cárdenas, 2014), gracias al respaldo de El Colegio de Michoacán, lugar donde se desarrolla actualmente la línea de investigación “Estudios para la proyección del patrimonio arqueológico e histórico”¹⁰⁷, a través de la cual en voz de Efraín Cárdenas: “promovemos la participación social en el manejo del patrimonio cultural y ponderamos las identidades y valores locales frente a los intereses hegemónicos sean políticos o académicos” (Cárdenas, 2016).

En síntesis, la propuesta general de Efraín Cárdenas buscaba la responsabilidad de los actores e instituciones involucradas a partir de un consenso y acuerdo social, donde tanto la figura del Estado, Municipio, Comunidad, Ejido y diversos actores sociales locales respaldaran la propuesta de una reserva patrimonial de Tzintzuntzan, a través de un acuerdo de protección del sitio arqueológico y su entorno¹⁰⁸.

Con este ejemplo, podemos advertir el quehacer de los arqueólogos desde dos áreas principales, por un lado testificando los daños materiales al patrimonio a través de sus peritajes, y por otra parte, proponiendo ante sus directivos nuevos esquemas de relación y coparticipación de la población, para con ello evitar el deterioro de los vestigios.

Sin embargo, ¿qué hay del quehacer científico de la arqueología en esta etapa de trabajo?, ¿Acaso el tiempo y presupuesto se les iba en la gestión del patrimonio y no en un desarrollo e implementación de técnicas arqueológicas y/o nuevos hallazgos e interpretaciones? En efecto, una vez que son revisados los archivos en torno a la arqueología en esta etapa, se encuentra uno con vacíos en tanto sus reportes o informes, pues da la impresión que los arqueólogos se pasaban más el tiempo testificando los

107 Líneas de investigación del Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán, disponible en <https://www.colmich.edu.mx/index.php/estudios-para-la-proteccion-del-patrimonio-arqueologico-e-historico>

108 En las especificaciones del proyecto, el arqueólogo señalaba que el costo económico de un proyecto de tales características ascendería a \$450,000.00 (Cuatrocientos cincuenta mil pesos), pero ya no hubo una respuesta ante dicha proposición y por ende, no trascendió en esta región. Aunque para el caso de “la reserva patrimonial de Curutarán” cerca de la ciudad de Zamora, Michoacán esto tuvo mayor éxito. De acuerdo a la apreciación que hace Luis Vázquez en el prólogo de su tercera edición de “El Leviatán arqueológico” (Comunicación personal, marzo, 2019).

daños y dando V. B. a las obras públicas, en términos generales en trámites burocráticos apuntalando jurídicamente la salvaguarda del patrimonio que aplicando y desarrollando teorías en su praxis por una cuestión de sobre demanda de las labores de gestores del patrimonio.

En este sentido, es importante destacar que después de escuchar los testimonios de las y los arqueólogos, así como leer sus preocupaciones a través de sus epístolas, no podemos señalar que resguardar sitios y con ello, denunciar los saqueos y/o daños al patrimonio sea considerada una actividad primordial que les gustara hacer, aunque esta sea parte del compendio de obligaciones y responsabilidades a desarrollar, además de producir teoría y ciencia arqueológica / antropológica.

3.2.2 El trabajo arqueológico desde la perspectiva de la población

Hoy día la antropología y la arqueología como prácticas profesionales en nuestro país, dejan mucho que desear entre las comunidades que resguardan sitios arqueológicos y/o han sido investigados. Si bien ambas disciplinas son profesiones que en el imaginario mexicano sólo evocan la búsqueda de restos óseos y/o encuentros y reconstrucción de pirámides principalmente¹⁰⁹, dicha representación es parte de una construcción social que ancla sus fundamentos en el tiempo, espacio y personajes que en particular han dialogado –en mayor o menor medida– con las comunidades anfitrionas de dichas investigaciones. Este imaginario es promovido de forma implícita por los mismos profesionales a través de una pobre vinculación entre su praxis antropológica y la sociedad, problemática que ha sido reconocida hasta años recientes por la parte arqueológica, y por la cual hoy día se desarrollan numerosos coloquios en busca de reducir esa brecha entre la investigación y la población en general.

Sin embargo, construir mejores vínculos entre el quehacer científico y la sociedad no es una tarea sencilla, porque esto obedece a distintos factores entre los que destacan algunos teóricos de la interpretación del patrimonio, la escasa divulgación y/o transmisión de los hallazgos para las poblaciones anfitrionas (Gándara y Jiménez, 2018), así como la falta de una autocrítica a la práctica arqueológica (López, 2010). Estos enfoques retoman en menor medida el carácter historiográfico y antropológico que tiene la práctica ar-

109 En el mejor de los casos, puesto que en distintas ocasiones se nos relaciona con la búsqueda de dinosaurios y/o tesoros, es decir, una ambigüedad fomentada por el cine y la televisión donde dialogan paleontólogos, paleoantropólogos, coleccionistas, viajeros y exploradores.

queológica en los sitios y pueblos aledaños, cuando se les estudia de forma prolongada. ¿A qué me refiero con ello? para el caso de Tzintzuntzan, los precarios resultados e informes con que cuenta la comunidad acerca de las diversas temporadas de campo desarrolladas en el sitio desde la década de los treinta, sólo viene a ser muestra de una práctica profesional extractiva y endógena,¹¹⁰ donde en el mejor de los casos se han generado empleos temporales que han beneficiado de manera intermitente a familias locales.

No obstante, lo que respecta a la divulgación e importancia del quehacer científico entre los tzintzuntzeños, no adquiere mayor relevancia ni para el cuidado y resguardo del patrimonio arqueológico, ni la importancia y desarrollo profesional de las y los jóvenes, y tampoco adquiere un valor representacional y científico para la reivindicación étnica bien informada desde el interior de la comunidad¹¹¹.

La relación estrecha entre la arqueología y el INAH en el imaginario local

De acuerdo a los testimonios respecto a la praxis arqueológica, la población se refiere principalmente ya no al arqueólogo o arqueóloga, sino a la institución que le regula, a la cual se le mira con cierto desdén y desde mi apreciación pareciera que se le ve muy al margen de la silla de un posible diálogo con los actores sociales, sean representantes legítimos o no de la localidad donde se llevan a cabo los trabajos arqueológicos.

Si el INAH pretendiera pasar a “otro estadio” como el caso atacameño¹¹², y comenzar a romper con una manera de trabajar donde no eran valorados los derechos culturales de las poblaciones originarias, se tendrían que replantear las formas de colaboración más allá de museos comunitarios, las cuales por mucho tiempo fueron vistos como estrategias de impacto en las comunidades. Pues como dice Ayala (2007, p.133):

“En este contexto, ahora se cuenta con otro actor interesado en el patrimonio arqueológico y los discursos del pasado, el cual reivindica sus derechos y reclama su participación en el otorgamiento de sentido, producción y control de los mismos”.

110 Con esto me refiero a que la producción científica no baja de estos círculos, sólo se piensa el pasado desde los ámbitos profesionales, y hasta se piensa sobre lo que opina la gente desde los mismos espacios. En este sentido, la población circundante resulta un elemento exógeno de la propia profesión o comunidad científica

111 Cada vez es más común que las distintas comunidades localizadas en la región purépecha busquen referentes identitarios históricos –y algunas veces míticos– para incluirlos entre sus prácticas ceremoniales, aunque las más de las veces obedecen a una búsqueda política, económica y simbólica por enaltecer su etnicidad. Un par de obras que nos ayudan a comprender más a fondo son del antropólogo Luis Vázquez León: *Ser indio otra vez: la purepechización de los tarascos serranos* y *El leviatán arqueológico: antropología de una tradición científica en México*, obras publicada en el año de 1992 y 2003 respectivamente.

112 De acuerdo al paradigma atacameño, proseguiría dar cuenta de otras forma de colaboración, visibilización, dialogo e intermediación. No significa que en nuestro país no haya precedentes de estas maneras de trabajar entre arqueólogos y actores sociales, solamente que hay que puntualizar puntos de divergencia y convergencia con los casos latinoamericanos.

No obstante, tomando en cuenta que dentro de la población existen saberes y experiencias, y con ellas capitales culturales específicos como hemos hablado en un inicio de este apartado, la pregunta pertinente sería ¿Cómo colaborar o dialogar entre diversos actores con capitales culturales que se ven confrontados ante la valoración diferenciada del pasado provisto en cada elemento de memoria citado hasta este momento, si ni siquiera existe un diálogo entre los mismos profesionales que sólo se miran al ombligo cuando llegan a Tzintzuntzan?

En términos generales entre los tzintzuntzeños se asigna un valor al trabajo arqueológico, pensándolo principalmente dentro del sitio abierto al público, es decir, sólo dentro de aquella delimitación que no representa ni la mitad de lo que está dentro de la poligonal de protección, de la cual pocos tzintzuntzeños saben que existe¹¹³, donde destaca la información que circula entre la población acerca de las reminiscencias del Imperio Tarasco; así como la relevancia que tiene la arqueología para fomentar la presencia de turistas que día a día arriban a este municipio en beneficio de algunos locatarios más empoderados que otros.

En contraste, también existen aquellas visiones donde hay una afectación a los intereses personales de los que tienen terrenos vecinos al sitio, pues hablan de la imposibilidad de construir algo cerca de tal delimitación. Este temor no es algo infundado, a decir verdad está directamente relacionado con la cancelación de ciertas obras por orden directa de peritos del Centro INAH; aunque la permisividad o vacíos legales, como la regulación en torno a la altura y volumen de las construcciones, son puntos frágiles de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, que confrontan a la Institución en la actualidad. Un caso fue el restaurante que se construyó prácticamente a unos metros del acceso al sitio, donde si bien se realizaron todos los trámites ante el INAH, además se hicieron labores de salvamento; y, con ello, esta obra no violó ninguna norma. El volumen de la construcción puso en evidencia la escasa regulación en esta materia, pasando de un piso a dos y de grandes dimensiones, de tal suerte que impide la vista hacia el sitio. Irónicamente –o armónicamente con la zona– el restaurante lleva por nombre “Las Yácatas”.

Dichos miedos y temores hacia la presencia de antropólogos y arqueólogos en la zona, a los cuales inmediatamente nos relacionan con el INAH, es que creen que existe la posibilidad de ser despojados de sus terrenos

113 De esto me percaté en una ocasión que acompañé a Tzintzuntzan a los arqueólogos Roberto González y Domingo Lemus, para llevar a cabo un peritaje; al presentarnos ante la oficina de obras públicas, ellos desconocían aparentemente la existencia de un polígono de conservación. No puedo precisar si esto era sólo una simulación o en realidad no sabían que existía dicho polígono; pero en cualquier caso, durante sus primeros meses de administración ya habían otorgado permisos para construcción dentro de la delimitación sin consultar al INAH.

si hallasen algún vestigio dentro de sus perímetros; nada más errado que esta aseveración, y documentado está que en los casos que se llegaron a adquirir dichos terrenos por parte del INAH en Tzintzuntzan, los afectados principales –o beneficiados de acuerdo al punto de vista–, recibieron una remuneración mucho mayor al precio promedio que valían sus predios¹¹⁴.

Hoy día la compra de terrenos por parte del INAH resulta muy complicada, tanto a nivel nacional como a nivel regional a causa de los recortes presupuestales en todos los sectores, entre ellos cultura. Por ende, existe una necesidad imperativa para el INAH por llevar a cabo un trabajo más colaborativo entre la institución y los actores sociales. En esta línea, uno de los sectores aliados serían los funcionarios públicos municipales, quienes como oriundos de Tzintzuntzan saben de primera mano las problemáticas y temores de sus coterráneos; como lo es el caso de los ingenieros civiles que están al frente de obras públicas municipales, quienes han expresado preocupaciones personales cuando se presentan autoridades del Centro INAH Michoacán.

Un ejemplo lo expresó uno de los ingenieros al referir que él tenía un terreno en la parte norte de la zona arqueológica, el cual había heredado de sus abuelos y quería construir unas cabañas para los turistas que visitaban Tzintzuntzan. Sin embargo, al ver la serie de dificultades que habían confrontado otros vecinos ante la misma petición, optó por declinar dicha iniciativa debido a que tenía miedo a que le quitaran su terreno porque ya había constatado que existen vestigios de tales dimensiones como una yácata.

Al escuchar este testimonio tanto el arqueólogo perito Domingo Lemus, como el arqueólogo del sitio Iván Landeros, le compartieron que en realidad no podría ser despojado de dicho terreno, pero que necesitaba presentar la solicitud formal con un proyecto, anexando un plano de la obra para ser visitado por los peritos y así determinar si era viable la forma y espacio a utilizar; ya que si bien el INAH no estaba en posición de quitarle su terreno, si podía emitir un dictamen a partir de haber realizado sondeos en el área y así modificar los planos de la obra, de tal manera que hubiera la menor afectación a las ruinas ubicadas en su terreno, esto de acuerdo a las dimensiones de los vestigios.

114 Un documento enviado el día 15 de mayo de 2012 a la Lic. María del Perpetuo Socorro Villarreal Escárrega, entonces Coordinadora Nacional de Asuntos Jurídicos del INAH por parte de la Dra. Arquitecta Lizbeth Aguilera Garibay, delegada estatal del Centro INAH Michoacán, enlistaba 12 predios que habían sido adquiridos por el la institución en los años 1993 y 1994, aunque todavía para el año 2012 aún faltaban por liquidar los correspondientes al señor Sixto Domínguez y el señor Ignacio Arriaga. Esta deuda le costó la credibilidad al Instituto, pese a que los otros diez propietarios fueron liquidados en tiempo y forma.

“Ese es el gran mito que existe, el INAH jamás quita terrenos. En un momento dado lo que puede hacer si es grande el monumento arqueológico, se compra el área. Dice ¿sabes qué? Te vamos a pagar el área”¹¹⁵

Pero esto no lo hace el INAH de manera directa puesto que...

(...) hay una institución que es el INDAABIN ¹¹⁶ (...) que es el que se encarga de valorar y comprar los terrenos para el gobierno. El INAH no los compra, los compra el Gobierno Federal a través de esta institución y se lo entrega al INAH; pero tendría que ser una cosa muy monumental.¹¹⁷

Esta respuesta le pareció más sensata al ingeniero que los rumores que había escuchado desde su infancia, ya que comentaba que “siempre habían tenido problemas hasta para sembrar desde Ihuatzio hasta Tzintzuntzan”, frase que tuvo eco en distintas charlas a lo largo de la investigación.

A pesar de que el anterior testimonio hace referencia directa a la presencia de una yácata (una estructura excepcional cabe destacar) los miedos y tensiones entre la población respecto a la presencia material del pasado entre su cotidianidad son el pan de cada día como veremos más adelante.

3.3 Tensión y conflicto entre instituciones y población por la conservación y el resguardo de la memoria

Como parte de la tercera categoría enunciada por Ayala (2007) para pasar de conocer a colaborar, en un plano ideal se esperaría que en un primero momento se reconozcan tanto la parte Institucional como los actores sociales, y con el paso del tiempo hayan establecido relaciones en las cuales el compartir ciertos espacios sociales genera un conocimiento recíproco. De acuerdo al grado de interacción, esta forma de relacionarse permite un mayor nivel de reconocimiento de los significados culturales, valoraciones e intereses del otro (p. 134).

Para el caso de Tzintzuntzan hemos hablado que la relación entre los arqueólogos y la población prácticamente se presentó desde los albores de la disciplina a fines de la década de los treinta del siglo pasado; sin embargo el tiempo no ha “forjado de manera evolutiva al próximo estadio” que hemos referido, ya que la forma en que se ha establecido las relaciones, prácticamente de investigador y peón, ha limitado el reconocimiento entre ambas partes, puesto que el actor social y con él su capital cultural y simbólico, ha quedado marginado para la investigación arqueológica, aunque no así para la antropológica, la cual si ha sido aprovechada por Foster como su mayor exponente en Tzintzuntzan.

Esta relación asimétrica entre arqueólogos y actores sociales ha causado el exiguo conocimiento y fin de esta práctica antropológica para los tzintzuntzeños, más allá del valor mítico de los hallazgos, o el valor económico que promueve el municipio en su discurso histórico y cultural para la atracción de turismo. Por su parte, el INAH como ente oficial que regula el ejercicio de la práctica arqueológica en nuestro país, y su falta de interés en la población actual con sus problemáticas –más que con sus artesanías y prácticas culturales en lo general que fomentan hoy día las etnografías de las regiones indígenas¹¹⁸, ha imposibilitado una relación más recíproca y equilibrada donde se vean beneficiadas ambas partes en aras del resguardar-

¹¹⁵ Respuesta de Domingo Lemus funcionario del INAH, ante las dudas presentadas por ingenieros civiles tzintzuntzeños 19 de febrero 2019.

¹¹⁶ Instituto de Administración y Avalúos de Bienes Nacionales.

¹¹⁷ Respuesta de Domingo Lemus funcionario del INAH, ante las dudas presentadas por ingenieros civiles tzintzuntzeños 19 de febrero 2019.

¹¹⁸ Basta con revisar de forma general las líneas de investigación que presentan en su portal digital, para dar cuenta del interés y perspectiva folklórica con que se continúa haciendo etnografía de parte del INAH. Ejemplo: Chamanismo y nahualismo, cosmovisión y mitología, equipos regionales, estructura social, migración indígena, procesos rituales, sistemas normativos y territorialidad. El lector puede consultar en el siguiente portal: <https://www.etnografia.inah.gob.mx/>

do, investigación y divulgación del patrimonio cultural y la memoria material y oral.

3.3.1 La construcción del nuevo museo de sitio y los desacuerdos entre instituciones

Durante el desarrollo de la undécima temporada de exploración del sitio arqueológico en el año 1991, el arqueólogo Efraín Cárdenas propuso la construcción de nuevas instalaciones con la finalidad de llevar a cabo labores de difusión y servicios, con el cual poder ofrecer a los visitantes mayor información acerca del sitio arqueológico que entonces estaba a su cargo. Aunado a una demanda local por saber acerca del paradero y finalidad de los objetos encontrados en la zona. Fue así que a través de algunas gestiones en el año de 1992 se construyó el primer museo de sitio “el cual, según los reportes técnicos y las recientes evidencias encontradas, se erigió sobre algunos vestigios arqueológicos que fueron removidos para colocar la cimentación de la casa, construida con materiales locales, que albergó al museo”.¹¹⁹

En este mismo tenor, ante el incremento de la afluencia al sitio arqueológico, para el año 2008 el Dr. Arturo Oliveros propuso ampliar las instalaciones para satisfacción de los visitantes, quien recibió la autorización por parte del Consejo de Arqueología en dicha temporada para: ampliación del museo, rehabilitación del campamento, sanitarios e iluminación¹²⁰. El lugar propuesto fue “la Tira” un espacio cercano al museo de sitio previo, donde se localizaban algunos vestigios de etapas coloniales y más tarde, tras una exploración saldrían a la luz muros prehispánicos; no obstante, estos quedarían bajo tierra nuevamente ante la decisión de continuar con el proyecto ya autorizado, pese a las consecuencias que tendría enterrar vestigios de una unidad sin mayor exploración que las calas de sondeo.

La obra dio inicio y continuo con apoyo del Gobierno Federal a través del financiamiento extraordinario para la arqueología en la región, a través del Proyecto Especial Michoacán, el cual quedaría en manos de las arqueólogas Olga Landa y Nelly Robles en el año 2012; etapa en que tuvo lugar una pugna entre el sindicato de trabajadores del Centro INAH Michoacán en contra de la obra, debido a que se les acusaba de destruir el patrimonio

¹¹⁹ “Un museo para Tzintzuntzan” por Nelly M. Robles García, Olga Lidia Landa Alarcón, en *Arqueología Mexicana* núm. 119, pp. 74.

¹²⁰ “Informe Tzintzuntzan” por Dr. Daniel Schávelzon al sr. Director del INAH, embajador Alfonso de María y Campos. 7 de octubre 2012. Consultado 8 febrero 2020 en http://www.danielschavelzon.com.ar/ebooks/Tzintzuntzan_informe.pdf

arqueológico a causa de la continuación y puesta en marcha del nuevo Museo de Sitio.

El desacuerdo salió a la luz a través de una misiva enviada ante la Procuraduría General de Justicia de la República, signada por el Lic. Felipe Echenique March en agosto 2012, en la que daba cuenta de malas prácticas de las arqueólogas en turno, por atentar contra el patrimonio arqueológico en Tzintzuntzan a causa de varias obras llevadas a cabo en el sitio; al parecer de una sección del sindicato de trabajadores del INAH, ciertas acciones que se estaban llevando a cabo dañaban severamente el “paisaje cultural y natural de la zona y con ello, atentaban contra las encomiendas principales del Instituto respecto a la investigación, conservación y fomento del patrimonio” según el contenido de dicha carta. Entre las inconsistencias señaladas por la denuncia presentada por Felipe Echenique March, destacó la referencia a “la Tira” un pozo excavado en el año 2012, sobre el cual quedó el nuevo museo y que en él se habían localizado bolsas con material arqueológico proveniente de una excavación previa, que como bien señala el arquitecto y arqueólogo argentino Daniel Schávelzon¹²¹ no se había encontrado informe alguno que diera cuenta de las razones y/o condiciones bajo las cuales se llevó a cabo dicha excavación ni la razón de su inhumación, si acaso una breve referencia del arqueólogo Rubén Cabrera quien en 1985 ya había excavado dicha área haciendo referencia a la localización de “una plataforma sin construcción alguna” que ameritara mayor interés en aquellos años.

Estos conflictos institucionales e interinstitucionales, (porque cabe destacar que en la obra cuestionada había profesionistas de El Colegio de Michoacán), mostraron una división y conflicto de intereses al interior del INAH, que ante los ojos de la población de Tzintzuntzan, desató molestias a tal grado de considerar una expropiación del sitio arqueológico y con ello “expulsar al INAH de las yácatas” si no resolvían a favor de continuar las obras hasta culminar en la apertura del museo en cuestión.¹²² De tal forma que la comunidad, en particular representada por el Presidente Municipal, el Secretario de la CCCT, el Representante de los Bienes Comunales y el sacerdote de la parroquia, solicitaron asertivamente al Director del INAH (enton-

¹²¹ Fue el arqueólogo encargado de hacer un peritaje acerca de las anomalías que denunciaba Felipe Echenique March, pero cabe destacar que es una figura externa proveniente del ICOMOS (Consejo Internacional de Monumentos y Sitios), quien es invitado por el Consejo de Arqueología, entonces presidido por la arqueóloga Nelly Robles, quien de algún modo con los resultados de dicho informe legitimaría continuar con la obra, desacreditando el trabajo realizado hasta meses previos a su arribo a Tzintzuntzan. “Informe Tzintzuntzan” por Dr. Daniel Schávelzon al sr. Director del INAH, embajador Alfonso de María y Campos. 7 de octubre 2012. Consultado 8 febrero 2020 en http://www.danielschavelzon.com.ar/ebooks/Tzintzuntzan_informe.pdf

¹²² “Si habrá museo. Analizan expulsar al INAH de las yácatas” rezaba el encabezado principal, escrito por Angélica Ayala para *La Voz de Michoacán* el jueves 26 de julio 2020.

ces encabezado por el polémico Dr. Alfonso de María y Campos Castelló),¹²³ la continuidad de las obras del museo¹²⁴.

La inauguración del nuevo museo tuvo lugar el 21 de noviembre 2012, gracias al apoyo –y presión cabe destacar– que dio el presidente Felipe Calderón, quién mostraba gran interés en reivindicar y reconstruir el sitio de Tzintzuntzan durante su sexenio.¹²⁵ Sin embargo, ante una museografía precaria, aunado a los conflictos entre el Centro INAH Michoacán vs INAH, el museo cerró hasta el día 17 de julio 2014, fecha en la que tuvo lugar su reapertura con una nueva museografía¹²⁶.

3.3.2 La irrupción del Consejo del Centro Cultural de Tzintzuntzan y el empoderamiento de actores locales

En los años setentas el doctor Román Piña Chan, entonces director de arqueología del INAH, había propuesto la creación de un museo arqueológico para Tzintzuntzan, pero esta vez más cerca de la población, para ello elegiría a las instalaciones del Antiguo Convento Franciscano de Santa Ana; razón por la cual se habían recolectado piezas arqueológicas para su exposición provenientes de las excavaciones previas, así como algunas donaciones de la población y otras más que se localizaban en el Museo Michoacano, sin embargo la propuesta no prosperó.¹²⁷

Los años pasaron y aunado a los sucesos de los años ochenta relatados previamente en el apartado acerca del Ex-convento, de forma paulatina se organizó un grupo político entre algunas personas de Tzintzuntzan, quienes serían los encargados y representantes de la población ante las autoridades externas con la finalidad de llevar a cabo la gestión y resguardo

¹²³ Para más detalles acerca de algunas acciones señaladas acerca de la persona en cuestión véase “INAH: dos renuncias necesarias” por Gilberto López y Rivas en La Jornada, 15 de agosto 2012. Consultado 20 julio 2020 en <https://www.jornada.com.mx/2012/08/15/opinion/025a1pol>

¹²⁴ Carta fechada el día 6 de julio 2012. Archivo Centro INAH Michoacán.

¹²⁵ “Entrega Calderón museo y ex convento en Tzintzuntzan” Boletín INAH, 21 de noviembre 2012. Consultado en <https://inah.gob.mx/boletines/4016-entrega-calderon-museo-y-ex-convento-en-tzintzuntzan#:~:text=El%20presidente%20de%20M%C3%A9xico%20Felipe,poblado%20de%20Tzintzuntzan%20en%20Michoac%C3%A1n>.

¹²⁶ “Museo de sitio de las yácatas Zona Arqueológica de Tzintzuntzan” en http://sic.gob.mx/ficha.php?table=museo&table_id=1038#:~:text=Tras%20una%20serie%20de%20trabajos,17%20de%20julio%20de%202014.&text=La%20colecci%C3%B3n%20que%20se%20exhibe,conocido%20como%20la%20Gran%20Plataforma.

¹²⁷ “Museo de Sitio de las Yácatas o Museo de Sitio de la Zona Arqueológica Tzintzuntzan” 27 febrero 2020 en <https://www.inah.gob.mx/red-de-museos/298-museo-de-sitio-de-las-yacatas-o-museo-de-sitio-de-la-zona-arqueologica-tzintzuntzan>

del Antiguo Convento Franciscano de Santa Ana, así como sus distintos espacios que le componen tales como el Atrio de los olivos, los Templos de San Francisco y de la Soledad, la fachada de la capilla de la tercera orden, la capilla abierta, entre otras, aunado a las piezas de valor arqueológico, histórico, cultural y patrimonial que se localizaban al interior de dicho recinto. Este hecho no fue algo fortuito, cabe destacar que influyeron factores externos que de forma paulatina moldearon el nuevo escenario para el ejercicio del poder sobre el patrimonio histórico y arqueológico desde Tzintzuntzan.

Restauración del Antiguo Convento Franciscano de Santa Anna de Tzintzuntzan

En 1997 los voluntarios del Consejo Estatal “Adopta una obra de arte en Michoacán”¹²⁸ en su paso por Tzintzuntzan, encontraron al Ex-Convento Franciscano en riesgo de colapso; fue entonces que comenzaron un diálogo con los representantes de la comunidad con la finalidad de llevar a cabo una intervención que favoreciera y mejorara las condiciones arquitectónicas que tenía el espacio; diálogo que daría frutos hasta el año 2004 cuando dio inicio la escuela de restauración, gracias al apoyo otorgado por el padre Serafín Guzmán, entonces párroco del pueblo, quien junto con las autoridades comunales dieron el visto bueno para iniciar el proyecto en la comunidad.¹²⁹ Dos años después se creó el Consejo Directivo del Centro Comunitario Tzintzuntzan (CCCT),¹³⁰ el cual cabe señalar que en la actualidad es integrado por:

- José Nicolás Ponciano Guzmán. (presidente)
- Ing. Ricardo Estrada Huipe (tesorero)
- Prof. Filiberto Villagómez Estrada (secretario)

¹²⁸ El Consejo Nacional Adopte una Obra de Arte, A. C. es un esfuerzo de la sociedad civil emblemático por los logros que han tenido hasta la actualidad; fue fundado en 1989 por un grupo de voluntarios que eran parte de la Sociedad de Amigos del Museo del Virreinato en Tepoztlán encabezado por la “Sra. Beatriz Sánchez Navarro de Pintado y Sra. Cristina Artigas de Latapí, quienes deciden apoyar la restauración de la obra pictórica sufragando entre amigos el costo del proyecto”, de tal forma que inicia con el proyecto “Adopta un cuadro” y gracias a la experiencia que obtuvieron se transformó a “Adopta una Obra de Arte”. Véase “Grupo de voluntarios impulsa el programa Adopte una Obra de Arte” en Crónica, 12 noviembre 2015. Consultado 22 octubre 2020 en <https://www.cronica.com.mx/notas/2015/930179.html>.

Hasta el año 2018 ya sumaban 21 Consejos estatales en la República, entre ellos, Michoacán encabezado por Josefina Laríos y Fausto Zerón-Medina

¹²⁹ Según la narrativa presentada por Josefina Laris en su video.

¹³⁰ La integración de dicho consejo no ha tenido mayor movimiento entre las partes que le conforman, ya que de manera paulatina las personas a cargo perpetuaron su participación desde su fundación hasta la actualidad. Hecho que ha traído una serie de controversias al interior de la población por no verse representadas por quienes dicen hablar a nombre de la comunidad de Tzintzuntzan. Es importante mencionar que Verónica Hernández Díaz (2011) señala que el gran historiador y politólogo Fausto Zerón-Medina y Josefina Laris Iturbide, entonces presidentes de la asociación civil “Adopte una obra de arte” fueron quienes promovieron la constitución del Consejo Directivo del Centro Cultural Comunitario “Tzintzuntzan” que data de 2006.

Asimismo, en el consejo se encuentran vocales:

- Prof. Salvador Zaldívar Pérez
- Prof. José Manuel Campos Estrada
- Prof. Eduardo Cira Nicolás
- C. Froylan Ventura Zaldívar

Miembros honorarios (cargos en turno)

- Presidente Municipal: C. P. Emanuel Irepani Hernández Gama
- Párroco: Raúl Morales Tapia
- Comisariado de Bienes Comunales: Prof. Delfino Álvarez Molinero
- Secretaría de Cultura del Estado: Lic. Marco Antonio Villegas
- Adopta una obra de arte Michoacán: Sra. Josefina Laris Rodríguez

Las acciones que devinieron con la conformación del Consejo local y la intervención de “Adopta una Obra de Arte” se enlistan a continuación:

- ✓ 2003. “Adopta una Obra de Arte Tzintzuntzan” inicia la capacitación a través de una Escuela Taller a 90 jóvenes de escasos recursos con edades entre 18 y 25 años de edad, con la finalidad de llevar a cabo la restauración integral del edificio, como el resto de la obra arquitectónica.
- ✓ 2004-2005. Comenzó la restauración con la participación de los alumnos ya especializados en 6 talleres principales (albañilería, electricidad, carpintería,) quienes utilizaron al Ex-convento como un espacio de aprendizaje y práctica en torno al resguardo y conservación de su patrimonio: logrando con esta primera intervención un avance del 30% del total de la obra.¹³¹
- ✓ 2006. Se lleva a cabo la restauración del 40% de las áreas. Donde se suman las colaboraciones de empresas privadas. Es en esta etapa donde muchos de los jóvenes que habían estudiado en los talleres se incorporaron a las obras ya con contratos. Las principales áreas para restauración fueron el muro sur de colindancia y el área de la huerta, canalización de aguas pluviales, baños de las dos plantas, restauraron las cubiertas, plantas y fa-

¹³¹ En esta etapa reciben donaciones importantes, entre ellas, por Fundación American Express como parte de su programa de rescate de patrimonio denominado “Vigías de monumentos del mundo”, a través del cual entregaron 86 mil dólares a la A. C. Adopta una Obra de Arte en Tzintzuntzan; esta acción se sumaba a las donaciones de diferentes asociaciones y personas interesadas en el proyecto en Tzintzuntzan, entre ellas del licenciado Juan Francisco Ealy Ortíz, director general del diario El Universal, quien apoya el proyecto desde la intervención de la AC. “Acción comunitaria al rescate del patrimonio” por Eduardo Cruz Vázquez en El Universal, 14 noviembre 2005. Consultado 22 octubre 2020 en <https://archivo.eluniversal.com.mx/cultura/45950.html>

chadas y se restituyeron los entrepisos y aplanados, así como trabajos de carpintería y electrificación.

- ✓ 2007 – 2009. Segunda etapa de intervención se restauraron más de 1100 metros cuadrados de pintura mural, y, asimismo, se realizaron trabajos de consolidación estructural muros del ala oeste y de refuerzo de cimentación en el patio central a través de la introducción de pilotes.
- ✓ 2009. Se llevó a cabo el inventario y registro del acervo integrado por 625 bienes culturales, entre los que llama la atención la localización de piezas arqueológicas que se encontraban en bodega.
- ✓ 2010. Se cambió el entrepiso y fachadas del claustro.¹³²



19. Piezas arqueológicas en bodega del Ex-convento Franciscano

¹³² María Concepción Amerlinch de Corst (2011) Adopte una obra de arte: patrimonio recuperado, 2000-2010. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Es importante mencionar, que ante estas acciones el INAH no fue omiso a lo que acontecía en Tzintzuntzan, de hecho de acuerdo a la arquitecta perito Lizbeth Aguilera Garibay (entonces directora del Centro INAH), había un seguimiento a las obras que se realizaban, aunque con una distancia importante entre la parte que ejecutaba las restauraciones y la parte que supervisaba. No obstante, como ente regulador de las obras, el INAH brindó su apoyo como parte de la política de Turismo cultural y desarrollo sustentable del Gobierno del Estado de Michoacán, propuesta durante el sexenio del presidente michoacano Felipe Calderón, la cual se había implementado bajo el nombre de la “Ruta de Don Vasco” en 21 cabeceras municipales y 39 localidades durante el año 2010.

Por otra parte, de acuerdo a la narrativa de Josefina Laris¹³³, fue gracias a las gestiones de la Secretaría de Cultura en Michoacán, que se había concedido la cantidad de 10 millones de pesos, los cuales se invirtieron en las cubiertas de los corredores que conforman en claustro alto y la restauración de sus fachadas, patio central del claustro, fachada principal y patio oeste del convento. Además de que con este capital se había llevado a cabo la impermeabilización total del mismo, la ampliación de la plazoleta de la cruz atrial y el mantenimiento de los caminos procesionales, así como la restauración de la capilla abierta; entre otras obras¹³⁴.

La participación en torno a estas últimas obras fue amplia, pues destacaron entre ellas el extinto Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), el INAH, la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Universidad de Chapingo y la UNAM. Así como los tres niveles de Gobierno aunados a la importante aportación de las Embajadas de España, Dinamarca¹³⁵ y Estados Unidos.

133 “Restauración del Antiguo Convento Franciscano de Santa Ana y su atrio. Tzintzuntzan, Michoacán” presentado por el maestro Nicolás Ponciano durante una sesión webinar en la plataforma de la Universidad de Morelia el 2 octubre 2020. <https://www.youtube.com/watch?v=jK1-Vw5vGjQ&t=663s>

134 De acuerdo a quién se le pregunte acerca de estos 10 millones pude encontrar a diferentes gestores. Entre la comunidad el maestro Filiberto (actual tesorero) se adjudicaba haber llevado a cabo las gestiones ante la ineficacia del INAH para poder bajar ese recurso hasta la comunidad. Por otra parte, la arquitecta Lizbeth Garibay, entonces directora del INAH, en una charla que tuvimos en el año 2018 contradijo esta postura argumentando que, por lo general siempre hay protagonismos entre las comunidades cuando se trata de su patrimonio y más cuando hay recursos que ya fueron negociados previamente por su parte, en este caso por ejemplo, ella misma había platicado con el entonces presidente Felipe Calderón, quién a solicitud personal le había expresado el interés por destinar recursos económicos a Tzintzuntzan, para reivindicar el pasado de su estado natal; argumentando que todo el proceso se encuentra documentado en el Centro INAH, Michoacán para cotejar dicha información.

135 La participación de dicha embajada tiene su fundamento en que en el Antiguo Convento Franciscano habitó Jacobo Daciano, fraile Franciscano danés quien pertenecía a la Casa Real de Dinamarca, llegó a Michoacán en 1542, fue considerado guardián de Tzintzuntzan durante el siglo XVI, y ante la perspectiva de algunos investigadores, podría ser considerado además de Vasco de Quiroga, como “el primer antropólogo aplicado y radical” en KORSBAEK, Leif, (2012) “Un danés en la Nueva España: Jacobo Daciano, tal vez el primer antropólogo aplicado”, Pacarina del Sur [En línea], año 3, núm. 12, julio-septiembre, 2012. ISSN: 2007-2309. Fuente: Pacarina del Sur - <http://pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/484-un-danes-en-la-nueva-espana-jacobo-daciano-tal-vez-el-primero-antropologo-aplicado>

Pero las obras no sólo se dieron al interior del espacio constitutivo del Antiguo Convento Franciscano, por ejemplo, destaca las modificaciones que han tenido los accesos a dicho recinto, entre ellas la que tuvo lugar cuando llegó la reina de Dinamarca en febrero 2018 acompañada del entonces presidente Felipe Calderón;¹³⁶ para dicho acontecimiento fue modificado el acceso ubicado entre el Templo de la Soledad y la iglesia de San Francisco, reconfigurando con esta obra no sólo el espacio físico aledaño al domicilio de “don Cayo y Matilde”, sino también el imaginario social en torno a las inversiones que recibía el CCCT y Tzintzuntzan gracias al valor patrimonial de dicho recinto¹³⁷.

Gracias a la experiencia obtenida hasta la actualidad, el CCCT ha delineado entre sus objetivos cinco ejes principales:

1. Promoción del Antiguo Convento Franciscano de Santa Ana.
 1. 1 Investigación e Historia
2. Capacitación y formación comunitaria en el servicio
 1. 1 Capacitación y formación abierta
3. Promoción y difusión de las actividades artístico – culturales de Tzintzuntzan
4. Promoción, difusión y ordenamiento de las actividades y festividades culturales – religiosas
5. Administración interna¹³⁸

En síntesis, el Ex-Convento Franciscano y las acciones realizadas en las últimas décadas por parte del CCCT (gracias al empuje recibido por el Consejo Adopta una Obra de Arte en Michoacán), hacen referencia a una experiencia muy particular acerca de la gestión local del patrimonio, donde -a través de ciertos actores sociales- se reivindica que “el edificio es de y para la comunidad, como lo ha sido casi por 5 siglos” palabras que enfatizan el orgullo del manejo y administración del pasado en Tzintzuntzan, a través de un espacio que representa una arena donde se juegan intereses no sólo de carácter religioso, pues cabe recordar que hablamos de un espacios litúrgicos en su mayoría; sino además de intereses históricos, políticos, eco-

136 “Visitó Calderón Michoacán en compañía de la reina de Dinamarca” por Notimex, 22 febrero 2008. Consultado 24 octubre 2020 en <https://www.cronica.com.mx/notas/2008/348892.html>

137 La señora Matilde compartía que esta obra benefició a sus vecinos y a ella debido a que cambiaron de forma considerable el estado de sus calles y banquetas, que antes se encontraban muy deterioradas.

138 El desarrollo de cada una de las líneas se encuentra detallado por el maestro Nicolás Ponciano en el webinar; “Restauración del Antiguo Convento Franciscano de Santa Ana de Tzintzuntzan”, 2 octubre 2020 en <https://www.youtube.com/watch?v=jK1-Vw5vGjQ&t=663s>

nómicos y simbólicos donde –al menos un sector– de personas locales se ven involucradas en el resguardo de la memoria material y social de Tzintzuntzan.¹³⁹

3.4 La población de Tzintzuntzan en el presente. Crecimiento y desarrollo urbano vs la destrucción de la memoria material

3.4.1 Construcción de caminos y la destrucción del patrimonio. Crónica de un peritaje arqueológico

El crecimiento desordenado que ha tenido Tzintzuntzan,¹⁴⁰ aunado a la falta de interés que han mostrado las autoridades municipales respecto al resguardo del patrimonio más allá del espacio delimitado por el INAH en la comunidad, ha traído consigo una serie de fricciones donde hoy día como hace ya algunas décadas que comenzaron los peritajes arqueológicos en la región, continúan los arqueólogos sólo dando fe de la destrucción del patrimonio.

Ejemplo de esto fue en la segunda semana de febrero del 2019, periodo en que nuevamente el Centro INAH Michoacán recibió un reporte desde Tzintzuntzan acerca de la construcción de un camino y con él, la destrucción de un área de petrograbados ubicados al pie del cerro del Yahuarato, al oriente del municipio. Al parecer esta acción había sido emprendida por parte del área de obras públicas, con la finalidad de dotar del servicio público de energía eléctrica al nuevo fraccionamiento que se había establecido en dicha área, y en la cual, no había sido consultado el Centro INAH – Michoacán para efecto de supervisión de la obra.

La anterior acción hizo eco en uno de los problemas que aquejan tanto a las instituciones que se encargan de resguardar, conservar, investigar y difundir el patrimonio de nuestro país, así como a las poblaciones que viven en torno a los sitios arqueológicos: ¿cómo llevar a cabo la utopía de una convivencia armónica entre el pasado, presente y futuro de una población con vestigios y sitios patrimonio? En consecuencia, ahora me tocaba a mí testificar una de las problemáticas que dan cuenta de esa otra parte de la vida cotidiana en Tzintzuntzan, más allá de los relatos y memorias de lo que

¹³⁹ Es importante reconocer que este espacio ha dado una oportunidad laboral a decenas de personas que aunque ha sido de manera esporádica y sólo unas cuantas de forma continua, de otro modo solo las temporadas en las yácatas emplearían por similares espacios, con una prevalencia al género masculino en lo arqueológico. No obstante, entre más personas son empleadas en la conservación y resguardo del patrimonio, la idea de valor sobre su pasado toma un sentido de apropiación entre más tzintzuntzeños que reivindican su identidad a partir de sus referentes históricos y culturales.

¹⁴⁰ Como ya hacía referencia el arqueólogo Efraín Cárdenas en su misiva en el año 2006.

recuerdan sus pobladores respecto al trabajo antropológico en su infancia; en esta ocasión sería presenciar los problemas generados en torno al crecimiento y desarrollo poblacional, lo cual día con día crea tensiones entre la población de Tzintzuntzan y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, las cuales también son parte de la memoria de una relación conflictiva a causa de los usos del pasado.

Una vez enterado de la problemática y por sugerencia del Dr. Punzo me puse en contacto con el arqueólogo perito para acompañarle a Tzintzuntzan durante el peritaje. Roberto González aceptó mi solicitud para que presenciara en campo parte del trabajo que yo había estado revisando durante anteriores ocasiones en el archivo del Centro INAH: las denuncias, recomendaciones e informes que elaboraba él y su compañero Domingo Lemus¹⁴¹ desde hace más de dos décadas de labores en Michoacán.¹⁴²

La mañana del 19 de febrero 2019 llegamos a la zona arqueológica acompañados de Domingo Lemus. Me percaté de la cercanía que tenía Domingo con los compañeros custodios, ya les abrazaba, bromeaba y de forma paulatina les pedía discretamente información acerca de quién había autorizado dicho camino hacía el fraccionamiento hecho al pie del Yahuarato y pedía justificación acerca del por qué no se les había informado a tiempo. Todo esto con gran cautela y empatía. Los custodios sólo suponían que era una obra que ya habían autorizado desde la presidencia municipal, no sabían acerca del por qué no se había hablado al INAH para ejecutar dicha obra, y asimismo, desconocían si aquellos fraccionamientos quedaban dentro de la poligonal de conservación.

Por su parte, Roberto González sólo preguntó de forma directa, ¿Iván (el arqueólogo del sitio) sabe acerca de esa obra? ¿Por qué no nos avisó? ésta intervención cambió el semblante de los compañeros custodios, y simplemente nos comentaron que se encontraba en su oficina y que sólo habían visto bajar a la presidencia a Iván en anteriores ocasiones, pero desconocían su actuación sobre el caso.

Mientras caminábamos hacía la oficina de Iván Landeros ubicada cerca de la plataforma principal al centro de la zona arqueológica, Domingo y

¹⁴¹ Domingo Lemus ha sido durante más de dos décadas el mediador entre las poblaciones y el INAH en Michoacán, ha registrado cientos de sitios arqueológicos en el Estado y su papel ante las comunidades ha sido bien visto por la población. Si bien este reconocimiento viene de varios de sus compañeros del INAH, asimismo me he percatado que muchos tzintzuntzeños le reconocen dicho mérito.

¹⁴² Desde que conocí a la Arquitecta perito Lizbeth Aguilera Garibay a inicios de ésta investigación, me había recomendado revisar a detalle el archivo del Centro INAH Michoacán, en particular lo correspondiente a los trabajos realizados en Tzintzuntzan. No fue hasta éste año que pude organizar un apartado exclusivo al municipio en cuestión y de manera paulatina, organizar y clasificar de forma general los temas que se planteaban en cada informe y/o documento. En términos generales he encontrado distintos documentos donde se habla de la construcción y destrucción de inmuebles, así como aparición y desaparición de vestigios en los últimos años en Tzintzuntzan.

Roberto miraban hacia aquel camino que irrumpía en el cerro, el cual se divisaba desde la plataforma hacia el Yahuarato. En el horizonte se apreciaba una línea que zigzagueaba desde las instalaciones del CECyTEM 19, hasta perderse entre el espesor de los pinos unos cuantos kilómetros arriba. El camino estaba hecho y no sólo eso, también ya se habían instalado los postes y cables de luz hasta llegar a algunas cuantas casas que se distinguían en la parte media del cerro; sin embargo, los arqueólogos peritos aún tenían dudas si la construcción de dicho camino quedaba dentro de la poligonal de conservación. No contaban con ningún plano a la mano y por lo que les habían dicho los custodios, tampoco se sabía si existía uno en el sitio. Para este momento recordé que yo había fotografiado unos planos del archivo y los llevaba en el móvil, se los mostré, pero desconocíamos si éstos eran los últimos que se había realizado, ya que habían trazado dos o tres en la década de los noventa y a mediados de la década pasada, y por la resolución de la imagen no se alcanzaba a apreciar la fecha de elaboración.

Camino a la oficina ubicada a un costado de las yácatas, nos detuvimos y se tomaron algunas fotografías desde la plataforma, ellos platicaban acerca de la relevancia que tenía que Iván supiera algo más, de otra forma su omisión sólo podría justificarse si realmente el camino quedaba fuera de la poligonal trazada para la conservación del sitio, hecho que no sabrían por no haber llevado consigo un plano desde el Centro INAH.

En este tenor, llegamos con Iván Landeros quién me cuestionó ¿vienes con ellos desde Morelia o te los encontraste aquí arriba? Le comenté que había llegado con ellos por recomendación de Punzo, no preguntó más y charlamos un poco acerca de una pequeña exposición que se había montado con gran éxito para los jóvenes tzintzuntzeños en el sitio en días anteriores con fotografías que yo les había llevado impresas.

Una vez cerrada la breve charla, Domingo y Roberto pusieron el problema sobre la mesa, para esto Iván comentó que la obra no estaba en la poligonal y por eso no había avisado. Abrió un cajón y sacó un plano similar a los que yo había fotografiado para mostrar por dónde pasaba el camino que habían exigido los nuevos colonos al departamento de obras municipales. Cotejamos los planos con los que traía en digital y nos percatamos que eran similares y que en efecto, el camino quedaba fuera de la poligonal, pero en esa área como en todo Tzintzuntzan el hecho que quedaran fuera de dicho trazo no significaba que no hubiese sitios arqueológicos, de hecho todo el municipio entero se encuentra sobre vestigios.¹⁴³

¹⁴³ Cabe señalar que la delimitación de la poligonal no corresponde con el área del sitio arqueológico, de hecho el sitio arqueológico sólo abarca un 20% del total del área sugerida para su protección. Sin embargo, como ya hemos mencionado, la población en general es consiente que basta con escharbar un poco en cualquier parte para encontrar vestigios.

En este contexto, las preguntas eran ¿entonces qué hacemos?, ¿qué les decimos a los ingenieros de obras públicas?, ¿dejamos que se continúe la destrucción de esa zona a sabiendas que había un área de petrograbados? Con estas interrogantes Domingo y Roberto salieron un poco desconcertados de la oficina de Iván. Sus preguntas me hicieron ver la parte no sólo institucional sino humana del problema.

Caminamos hacia la salida acompañados por Iván, mientras que Roberto González hacía énfasis en que se tendrían que hacer una modificación y/o acuerdo respecto a la ley de protección de zonas arqueológicas, tal y como se había hecho para el caso de Teotihuacán. Y es que en aquel sitio monumental desde hace algunas décadas se había llegado a un acuerdo con los municipios de San Juan y San Martín Teotihuacán, de que todos los pobladores vecinos de esta región que quisieran construir una casa y/o edificación cualquiera que fuese su uso, tenían que pagar a un arqueólogo del INAH para realizar un pozo de sondeo de dos metros cuadrados, con lo cual se procuraba obtener información arqueológica a manera de muestreo, organizando con el paso del tiempo, un gran plano de la zona con datos que de otra manera se habían perdido en todos los sitios en el resto del país.

¿Se podría implementar esta propuesta en Tzintzuntzan sólo por sugerirla ante el departamento de obras públicas sin un sustento legal? La respuesta sólo es “quizás”, todo depende de la voluntad política y la empatía del personal en turno; sin embargo, si ya hay un antecedente en un sitio de tales dimensiones como Teotihuacán, en lo personal no veo por qué no se logre en un plano utópico dicha propuesta aprovechando la nueva administración local. No obstante, en los hechos urge una propuesta de ley que ponga como ejemplo de relaciones sociales en torno al patrimonio, nada menos que al sitio sobre el cual se llevó a cabo la primer investigación antropológica de gran escala en nuestro país a inicios del siglo XX: *La población del Valle de Teotihuacán*.

¿Pero qué hay de la parte personal del problema? Si bien hasta este momento he puesto sobre la mesa detalles acerca de un peritaje, el cual comienza por la parte Institucional, ahora tocaba bajar hacia la población –no sólo metafóricamente, puesto que el sitio queda en lo alto de Tzintzuntzan– para presentarse con la actual administración, en lo particular, con el personal que opera el área de obras públicas municipales en Tzintzuntzan.

Llegamos a las oficinas y en ellas se encontraban tres ingenieros jóvenes que nos recibieron con desconcierto. En esta ocasión pidió el arqueólogo Iván Landeros acompañarnos pues manifestaba desconocer al personal a cargo.

En este momento pude presenciar cómo la parte representada por el INAH, así como aquellos ingenieros que constituían la administración actual de Tzintzuntzan comenzaban un diálogo ya no sólo donde los aspectos institucionales podían influir para un escaso entendimiento del problema, sino en esta ocasión, dar cuenta del cómo la empatía e interés personal de los actores involucrados influían para llegar a un acuerdo “casi de palabra”. Por un lado, la primera impresión de los ingenieros fue un supuesto desconocimiento respecto al área donde se habían llevado a cabo las obras correspondientes al camino hacia Yahuarato. Asimismo, mostraron las fotos del área y comentaron que ellos no habían visto ningún vestigio y que en el caso de que saliera, hubieran reportado a la presidencia, pero no sabían si ellos tenían que dar cuenta también a las autoridades del INAH por dicho acto. Alegaron además que esa zona donde se hizo el fraccionamiento era propiedad comunal y en este sentido, se habían hecho sólo “donaciones de terrenos”, aunque ya había un grupo grande que exigía el servicio de electrificación en dicha zona desde años atrás.

En términos generales, el camino estaba justificado para obras públicas. Por su parte Domingo y Roberto reconocían que ellos no habían tenido la cortesía de presentarse a la actual administración y de esta forma llevarles los lineamientos de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, artísticos e históricos.¹⁴⁴ No obstante, recalaban que las anteriores administraciones sabían acerca de la poligonal de conservación y que en general, todo Tzintzuntzan había vestigios arqueológicos; por ende, una buena relación entre ambas partes podría abonar a la conservación y proyección de un modelo de manejo de sus zonas arqueológicas, así como la convivencia ideal de los tzintzuntzeños con su pasado.

Al final de dicho encuentro, Roberto, Domingo e Iván quedaron en llevarles el plano de la poligonal con la finalidad de que se les avisara cuando algún habitante quisiera construir dentro o en los límites de dicha área. Ante esta propuesta los ingenieros aceptaron sin ninguna objeción ni requerimiento mayor y nos despedimos.

Subimos hacía el camino del Yahuarato y cotejamos en campo que en efecto el camino estaba fuera de la poligonal, pero en los límites del mismo. Además llegamos hasta el sitio donde había petrograbados, dando cuenta del desplazamiento de las piedras hacia un barranco, quedando sólo una

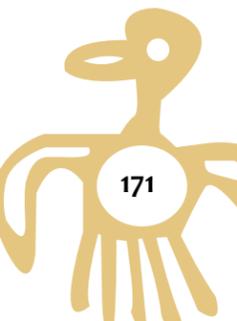
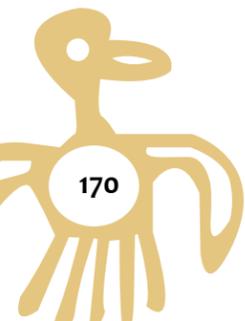
¹⁴⁴ Es importante señalar que aquí se confrontan dos versiones, la de los ingenieros que aparentan ingenuidad al respecto, puesto que aseguran desconocer información acerca de la poligonal de conservación. Y, por otra parte, el Dr. José Luis Punzo confirma haber entregado dichos planos desde el inicio de cada administración una vez que fue asignado a Tzintzuntzan en el año 2012. Esto nos llevaría a pensar en el manejo estratégico de la información. Quizás para unas cosas, como lo era gestionar recursos como “pueblo mágico” servía hablar de la presencia arqueológica en la zona, mientras que por otra parte, hay una omisión en el uso de la información al respecto, cuando se trata de propiedades y desarrollo urbano en Tzintzuntzan.

piedra a medio camino. Eso era por dar un dato acerca de las piedras y/o los vestigios ¿pero qué había de la población que solicitó el servicio de luz? El área donde se construyó el camino sólo observé sin exagerar, algunos pies de casa y tres chozas de madera. En uno de los terrenos se encontraba una familia la cual me platicaba lo agradecidos que estaban con la actual administración y “con Dios”, porque al fin iban a tener un servicio que había impedido que se mudaran desde hace años a su terreno, pero que hoy día hasta mufa tenían lista para “bajar su luz”.

La reflexión de Roberto y Domingo era que si bien eran parte del INAH, y que su trabajo había sido poner el patrimonio por delante durante muchos años, sabían perfectamente por la experiencia que no se podía resguardar y proteger todo el pasado a costa del presente y futuro de las familias y/o poblaciones. Que había una lógica de crecimiento poblacional y/o desarrollo urbano en todos los municipios del Estado y que casualmente, en Tzintzuntzan con todo y sus más de 200 sitios que habían mapeado en años anteriores, no lograrían conservar puesto que no había forma de hacerlo; ni dinero, ni leyes, ni voluntad institucional o política que lograra hacer algo ante ese “monstruo” que constituía la capital del imperio tarasco siglos atrás y que hoy estaba casi sepultado bajo la población actual; sólo se limitarían a proponer un diálogo tal y como se había hecho en Teotihuacán, y que si la actual administración de Tzintzuntzan aceptaba, se podía lograr rescatar algo, lo cual era preferible, a perderlo todo por nulo diálogo entre las partes involucradas.



20. En primer plano piedra con petrograbados. En segundo plano de la izquierda a la derecha: Roberto González, Domingo Lemus e Iván Landeros. En la parte derecha se puede apreciar dos mufas para bajada de los postes de luz.



Palabras más, palabras menos de los involucrados en el peritaje citado, constituyen de forma particular un diálogo en torno al pasado, presente y futuro de una población que convive con vestigios y sólo basta “rascar a medio campo de fútbol” –como mencionaba “don Francisco”– para encontrar una figurilla, un tepalcate o una “antigua”. El anterior camino, así como el servicio conferido de energía eléctrica, es sólo una escena cotidiana entre tantos hechos documentados por Domingo Lemus y Roberto González para el Centro INAH Michoacán; sin embargo, quizás sólo representen los más visibles, porque otras acciones sólo se resguardan entre los recuerdos y memorias de los pobladores que prefieren no decir nada, antes que arriesgarse a perder sus propiedades u objetos. Una apreciación en gran medida alimentada –y exagerada cabe señalar– por la población, ante las acciones emprendidas por el INAH en aras del resguardo del patrimonio arqueológico en Tzintzuntzan.¹⁴⁵

CONCLUSIONES

A dos años de distancia de aquel primer encuentro con el taller artesanal de don Cayo y Matilde, de haber observado con detenimiento su alfarería, así como el instrumental utilizado para crear con gran habilidad cada pieza lista para hornear; vuelve a mí memoria aquella imagen de ese objeto peculiar, de esa piedra traída del sitio arqueológico, hasta la intimidad de su hogar, en particular hasta su taller, ese espacio donde este objeto moldea día con día el sustento para una familia, y de forma general posibilita la reproducción cultural de decenas de artesanos y artesanas en Tzintzuntzan y localidades aledañas a la región lacustre de Michoacán.

Hoy, miro hacia atrás y veo como las inquietudes que devinieron de aquella clase de antropología de la técnica más allá de las aulas, me provocaron ahondar en el sentido de apropiación en torno al pasado y sus expresiones, lugares, objetos y recuerdos; con los cuales de algún modo configuraron al paso del tiempo, una memoria colectiva de esta población respecto a las investigaciones arqueológicas y antropológicas que se desarrollaron a lo largo de casi un siglo en Tzintzuntzan.

Una memoria compartida por la búsqueda de una reivindicación del pasado glorioso que representó Tzintzuntzan durante el siglo XVI, pero también llena de subjetividades por sus matices personales y/o grupales de cada persona o sector que se confronta día con día ante la pregunta del para qué sirve su patrimonio y quién puede decidir sobre el mismo; de quizás sin una respuesta categórica que decline la balanza hacia un lado u otro, cual necesidad –o necedad- dicotómica; lo cierto es que en Tzintzuntzan, no hay hasta el momento una sola manera de ver, hablar, usar y valorar el pasado, sino son múltiples las formas en que su pasado provisto en lugares emblemáticos, oficios artesanales y objetos, se valoran y reconfiguran su apreciación y apropiación cabe señalarlo, en la medida que sus necesidades sociales más apremiantes (como el desarrollo de la urbe) lo va marcando.

Ante estas múltiples perspectivas, encontré personas que valoran las piedras y *janamus* de forma extraordinaria, para las que sería mejor que estuvieran en un solo espacio para su exhibición; hasta aquellas personas para las que algunas piedras o manos de metate representan un valor muy particular, como el hecho de ser una herramienta imprescindible para su trabajo o su taller. Por ende, no hay razón para discriminar una valoración sobre la otra, pues estas formas de ver el patrimonio son precisamente las

¹⁴⁵ Entre los archivos correspondientes a la compra y/o adjudicación de terrenos de parte del Centro INAH Michoacán, sólo he localizado un documento de la década de los noventa donde el Instituto hace referencia a la compra de 10 terrenos para llevar a cabo el primer cercado del sitio arqueológico. De acuerdo a los comentarios de los arqueólogos y custodios saben que se ha pagado a un precio excepcional dichas propiedades, de tal manera que los beneficiarios no han mostrado objeción; cabe señalar, que también han sabido de gente que ha regalado terrenos aledaños al sitio arqueológico, pero desconocen dónde han quedado las escrituras.

Entre los nombres que llamaron mi atención entre la relación de beneficiarios se encuentra el de Micaela, quien fuera la informante principal de George Foster. Este dato lo corroboró Domingo Lemus, quien me sugirió que les preguntara más detalles a las hijas de Micaela, pues ellas fueron las principales beneficiarias de dicha adquisición del INAH.

múltiples posibilidades que tiene el pasado -y sus expresiones- de ser valorado por los moradores que lo habitan; son las múltiples formas de mantenerse y reinventarse en tanto universos de significados que dan cuenta de que lo único constante para la cultura es el cambio, y en él, las formas de apropiarse.

Por si esto no fuera poco, además de piedras me encontré con un objeto icono y meta del quehacer antropológico en la actualidad: un libro. El cual, al ser observado cual biblia en los hogares católicos de las y los tzintzuntzeños, también lleno de fotos de los hijos ausentes, también como baúl de fotografías del bautizo o alguna celebración importante; también tan lleno de significados cuasi míticos de la presencia de una persona que les cambió la vida, pues anduvo entre ellos y en ese libro plasmó lo que ellas y ellos le dijeron acerca de su oficio, acerca de sus días de hambre, acerca de sus aspiraciones, acerca de sus hijos ausentes; acerca de tantas cosas que le dijeron cada vez que les visitaba; todo ello estaba condensado ahí, en *Los hijos del imperio: la gente de Tzintzuntzan*, un texto que me mostraban con gran orgullo, aunque nadie me haya confirmado haber leído la totalidad del texto, a excepción del artífice Manuel Morales; pero que sabían que lo había hecho el Dr. Foster acerca de ellos.

Pude advertir que este texto y su autor, en muchos casos marcaron más su vida que lo que cualquier estudiante de antropología podría imaginar o percibir tras su lectura. Pues la diferencia entre leer un texto y ser parte de la historia que narra en el mismo, representó para las personas de las generaciones que conocieron y convivieron con el Dr. George Foster, algo extraordinario que extrañaron de la relación con las y los antropólogos que devinieron hasta la actualidad. No puedo evitar incluirme entre quienes no desarrollamos tanta empatía pues los tiempos de inmersión en la cultura fueron abismalmente diferentes.

Sin embargo, fue a partir de estos objetos que devino la necesidad de construir un relato acerca de la memoria de ambas disciplinas en Tzintzuntzan, por un lado la parte arqueológica y por la otro, la parte antropológica, más inclinada hacia lo social; porque cabe destacar que en tintero se podría desarrollar también la parte de antropología física, pues en las primeras temporadas participaron antropólogos emblemáticos en dicha área como fue Alfonso Caso y Daniel Rubín de la Borbolla. Desarrollar este apartado implicó una labor importante de archivo donde día con día salieron a relucir más datos, retomando solo los necesarios para brindar un contexto general que posibilitara la comprensión de algunos hechos que se describirían en los siguientes capítulos.

Por otra parte, una vez revisada la antesala histórica del problema a investigar, pude identificar la necesidad de un espacio en Tzintzuntzan donde se concentre el gran cúmulo de investigaciones que se han desarrollado hasta la actualidad; donde al menos se podría contar con lo desarrollado por la parte antropológica social que yace CREFAL, o bien, unos cientos de kilómetros al norte del país, en la Universidad de Berkeley, de donde fueron enviados los herederos del proyecto de George Foster, sus alumnos primera y segunda generación; puesto que lo que respecta a lo arqueológico, ni en el mismo Centro INAH Michoacán logré localizar los informes de las temporadas de excavaciones, y en los casos que los había, no había información respecto a las personas que habían participado, ni entre los colegas que estuvieron en el mismo espacio y misma temporalidad.

Sin embargo, más allá de lo que me hubiera gustado encontrar, lo hallado adquirió un valor excepcional pues cada historia entre la población y entre los actores que conforman las instituciones involucradas en la investigación sobre el pasado, arrojó información con la cual pude comprender algunas de las incursiones de mis colegas hacia estas latitudes a lo largo del siglo XX y en ellas, la percepción que tenían acerca del quehacer de la antropología en Tzintzuntzan, y, por consecuencia, el imaginario social respecto a nuestra actividad; que por cierto resultó nula (en lo referente a la antropología) al abordar a las generaciones jóvenes, quienes sólo se han aproximado más a la parte arqueológica, o bien, gracias a que el arqueólogo en turno, ha buscado establecer un diálogo abierto con este sector desde su llegada y adopción a la vida en Tzintzuntzan. Cabe destacar la labor del arqueólogo Iván Landeros por ello, hoy oriundo con descendencia tzintzuntzeña.

De tal suerte que el caso de la percepción de los jóvenes hacia la antropología, resulta muy distante de lo que a sus padres y abuelos podría representar hablar de un antropólogo que fue y anduvo entre ellos hace algunas décadas.

En este tenor, consideré necesario abrir el capítulo dos con los resultados de un cuestionario que de algún modo sabía problemático, pero que me permitía provocar la elicitación de categorías que no había tocado, ni abordé posteriormente, tales como “pueblo mágico”; pues lo hice con la intención de hablar e indagar acerca del sentido y percepción que han heredado y/o tienen respecto al patrimonio en Tzintzuntzan, abordando a un sector que considero de gran relevancia para cualquier institución que quisiera buscar aliados, (como el INAH por ejemplo) en busca del cuidado y resguardo de su memoria provista en cada monumento y objeto arqueológico hallado en la localidad.

De ahí que devino hablar de lugares y objetos representativos, los cuales de algún modo siempre fueron el telar sobre el que utilicé las distintas narrativas, cuales hilos, para urdir esta memoria colectiva de Tzintzuntzan. Un telar con defectos sí, pero más con matices y múltiples figuras que se dibujan en busca de representar a la memoria y sus cauces, hasta donde el olvido no aparezca en el oficio de recordar.

Sin duda destaco, (como lo fue para “el compita”) al sitio arqueológico y por otra parte, al Ex-Convento Franciscano como dos espacios de suma relevancia para Tzintzuntzan, debido a que en su materialidad permiten ver la representación de monumentos sin tiempo, o con todos los tiempos juntos, depende desde dónde y cómo se les mire; puesto que representan lugares de la memoria donde confluyen pasado, presente y futuro; pero que su apreciación no siempre es equitativa para la toma de decisiones tanto internas como externas a la población. Con ello hago referencia a la difícil tarea de la vinculación social en torno al pasado y sus representaciones, así como las instituciones que lo resguardan.

En las yácatas encontré el ejercicio de poder de una institución que por decreto presidencial está a cargo, mientras que en la ciudad algunos metros debajo del sitio arqueológico, yace el Ex – Convento, como un espacio que fue arrebatado –al menos de forma física, aunque en lo legal aun continúe la disputa – por la población, o para ser más precisos por un sector de la población que propone otras formas del manejo del patrimonio donde convergen para ciertas cosas, los tres niveles de Gobierno, así como múltiples dependencias e instituciones federales, entre ellas el INAH (dando y aplazando permisos, según la percepción del CCCT), aunados a una apertura relevante a capitales extranjeros e iniciativa privada; todo ello en aras –al menos en el discurso– de un manejo integral y auto sustentable del patrimonio cultural como una expresión material de la memoria en Tzintzuntzan.

En términos generales, recuerdo aquella escena de Matilde como otras mujeres y sus hijas o amigas caminando en el atrio de los olivos por las mañanas; en ese espacio lleno de paz y tranquilidad, el cual merece digna admiración e invita a recorrer y contemplar desde el inicio de sus días de un tzintzuntzeño; imagen similar viene a mi mente al recordar estar sentado al pie de un árbol que yace en la plataforma de las Yácatas y desde ahí contemplar aquel espectáculo natural y cultural; ya sea de día o de tarde, y hasta de noche, con sus respectivas puestas en valor excepcionales como las actividades que se desarrollan en los mismos lugares durante la celebración de las ánimas, por un lado, en el Ex – convento y su atrio lleno de luz de cientos de velas; mientras que al pie de las yácatas se disputa el juego del

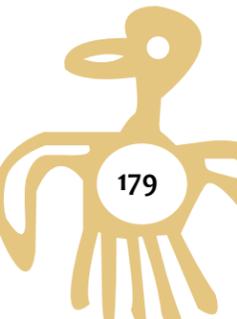
uarhukua chanacua, ambos eventos, ambos espacios cuales remembranzas y presencias del pasado.

Y, en ese ensueño, a primera impresión uno puede dar cuenta del valor y uso de la memoria material y simbólica por las y los moradores. Ante nuestros ojos se representa y reinventa la tradición, cual necesidad y etnicidad, entendida como el manejo político de configurar la identidad purépecha del pueblo de Tzintzuntzan; como una forma de reivindicación identitaria donde lo que se juega en ambos espacios, es algo más que dar muestras a los turistas (y antropólogos, quienes somos atraídos por estos fetiches culturales) acerca del imaginario y las buenas y/o condecoradas costumbres de un día excepcional para la región; en realidad pude advertir, que lo está de fondo en ambos espacios, (aquí cabe hacer memoria acerca de lo que Stanley Brandes dedujo tras analizar el ciclo festivo de Tzintzuntzan, y en esa labor destacar al Ex – Convento Franciscano), por un lado las Yácatas, y por el otro el Ex – Convento, adquieren una connotación muy especial digna de atención antropológica, debido a que representan una arena política, social, económica y simbólica de mayor valor que lo que pasa en cualquier otro espacio de la comunidad, incluida la presidencia municipal.

Por ende, considero imprescindible la observación y análisis de lo que acontece en el día a día en ambos lugares; pues en ellos se teje una memoria muy particular entre quienes la habitan y la visitan. Una memoria colectiva que debe ser entendida no como un proceso homogéneo acerca del espacio u objetos que le circundan, sino aunada a contextos sociales, históricos, económicos y políticos que dan cuenta de las disyuntivas que -de acuerdo al corte temporal-, unifican o dividen y fragmentan, cuales puntos de encuentro y desencuentro de la memoria constituida como una interconexión entre el pasado, presente y futuro de las y los moradores sobre la investigación arqueológica y antropología de, para y en Tzintzuntzan, Michoacán.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLIER Montaño, Eugenia (2008) “Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria” en *Historia y Grafía*, núm. 31, pp. 165-192.
- AMERLINCH DE CORST, MARÍA CONCEPCIÓN (2011) *Adopte una obra de arte: patrimonio recuperado, 2000-2010*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ÁVALOS Plascencia, Tania (2006) *El Proyecto Tarasco: alfabetización indígena y política del lenguaje en la Meseta P’urhépecha, 1939-1960*, tesis de licenciatura en historia, Asesor Dr. Carlos Paredes Martínez, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Facultad de Historia, 235 hojas.
- AGUIRRE Beltrán, Gonzalo, Regiones de refugio. (1967). *El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en mestizoamérica*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- (1970). *El proceso de aculturación y el cambio socio-cultural en México*. México: Universidad Iberoamericana.
- ARCINIEGA Ávila, Hugo, Rebeca Kraselsky Masmela, et al. (2010) *México en los pabellones y las exposiciones internacionales, 1889-1929*. México, D.F. Museo Nacional de San Carlos: Instituto Nacional de Bellas Artes, CONACULTA.
- AUGE, Marc (1998) *Las formas del olvido*. Barcelona, España. Editorial Gedisa.
- AYALA PATRICIA R. (2007) “Relaciones entre atacameños, arqueólogos y Estado en Atacama (norte de Chile)” en *Estudios Atacameños: Arqueología y Antropología Surandinas N° 33*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, pp. 133-157.
- BARBA de Piña Chan, Beatriz (2010) “Doctor Román Piña Chan” en *Anales de Antropología*; Instituto de Investigaciones Antropológicas – UNAM. Vol. 35, no. 1. pp. 383 – 394.
- BEAUMONT, Pablo de la Purísima Concepción. (1873) *Crónica de la provincia de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacán*. México Imprenta de Ignacio Escalante



- BLOCH, Marc (1925) “Mémoire collective, traditions et coutumes”, *Revue de synthese historique*, 1925, n. os 118-120, p. 79.
- BONFIL Batalla, Guillermo (1990) *México profundo. Una civilización negada*. México, Editorial Grijalbo, S. A
- BOURDIEU, Pierre (1997) Capital cultural, escuela y espacio social. Siglo XXI Editores.
- (2003) *Un Arte Medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- (2011) “Los tres estados del capital cultural”, en: Bourdieu, Pierre. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI. (pp. 213-220).
- BRANDES, Stanley (1968) “Tzintzuntzan wedding: a study in cultural complexity”. *Papers of the Kroeber Anthropological Society* 39: 30-53.
- (1979) “Dance as metaphor: a case from Tzintzuntzan, Mexico”. *Journal of Latin American Lore* 5 (1): 25-43.
- (1979) “The household development cycle in Tzintzuntzan”. In *From Tzintzuntzan to the Image of Limited Good: Essays in Honor of George M. Foster* (M. Margaret Clark, Robert V. Kemper, and Cynthia Nelson, eds.), pp. 13-24. Berkeley, CA: Papers of the Kroeber Anthropological Society.
- (1981) “Cargos versus cost-sharing in Mesoamerican fiestas, with special reference to Tzintzuntzan”. *Journal of Anthropological Research* 37 (3): 209-225.
- (1981) “Fireworks and fiestas: the case from Tzintzuntzan”. *Journal of Latin American Lore* 7 (2): 171-190.
- (1981) “Cargos versus cost sharing in Mesoamerican fiestas, with special reference to Tzintzuntzan” *Journal of Anthoropological Research* 37:209 – 225
- (1983) “The posadas in Tzintzuntzan: structure and sentiment in a Mexican Christmas festival”. *Journal of American Folklore* 96: 259 – 280
- (1984) “Animal metaphors and social control in Tzintzuntzan”. *Ethnology* 23: 207- 215.
- (1987) “El significado simbólico de los fuegos artificiales en la fiesta de febrero de Tzintzuntzan”. En *Antropología Social de la Región Purépecha* (Guillermo de la Peña, ed.). Zamora: Colegio de Michoacán, pp. 191-207.
- (1988) “La comida ceremonial en Tzintzuntzan”. *América Indígena* 48: 503-520.

- (1988). *Power and persuasion: fiestas and social control in rural Mexico*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press
- (1990) “Ritual eating and drinking in Tzintzuntzan: A contribution to the study of Mexican foodways”. *Western Folklore* 49: 163-175.
- (1994) “La imposición de la identidad étnica en la Noche de Muertos de Tzintzuntzan.” En: *Teoría y Política de la Construcción de Identidades y Diferencias en América Latina y el Caribe*. Venezuela: UNESCO.
- CABRERA Castro, Rubén. (1988) “Nuevos resultados de Tzintzuntzan, Michoacán, en su décima temporada de excavación” en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro – occidente de México. Memoria*. México, INAH, Centro Regional de Querétaro (Cuaderno de trabajo, 1) pp. 193 – 2018.
- CAHN, Peter S. (2003) *All Religions Are Good in Tzintzuntzan. Evangelicals in Catholic Mexico*. Austin, University of Texas Press.
- (2010) “La tercera generación de Tzintzuntzan” en Kemper, V. Robert y Anya Peterson Royce. *Crónicas culturales. Investigaciones de campo a largo plazo en antropología*. México: Universidad Iberoamericana y Centro de Estudios Superiores y Estudios Superiores en Antropología Social. Pp. 357 - 374.
- CÁRDENAS García, E. (2014) “Reservas patrimoniales bioculturales de Michoacán. En el camino de la corresponsabilidad”, en Claudia Espejel (ed.), *La investigación arqueológica en Michoacán. Avances, problemas y perspectivas*, Zamora, Colegio de Michoacán, pp.415-453.
- (2016) “Arqueología biocultural y corresponsabilidad patrimonial”. En *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, 37(148), 11-40.
- CASO, Alfonso (1958) *Indigenismo*. Instituto Nacional Indigenista. México. D. F.
- CENTRO REGIONAL DE EDUCACIÓN FUNDAMENTAL PARA LA AMÉRICA LATINA (CREFAL), México. (1961). *Tzintzuntzan (lugar de colibríes)*. México: CREFAL.
- CONNERTON, Paul (1989) *How Societies Remember*, Cambridge University Press, Cambridge.
- CHARTIER, Roger (1992) *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Editorial Gedisa.

- DÍAZ y de Ovando, Clementina (1990) “México en la exposición universal de 1889”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM. México, D. F.
- DIETZ, G. (1995) “Entre industrialización forzada y autogestión comunal: balance de medio siglo de fomento a la alfarería en Michoacán”. En *Relaciones*, (57), 145-227. El Colegio de Michoacán.
- (2001) “La comunidad purépecha como cultura híbrida: regionalizaciones y localizaciones de “lo indígena” en México”. *Diálogos Latinoamericanos* núm. 3, Aarhus, Dinamarca pp. 3-42.
- ENGELBRECHT, Beate S. (1985). *Alfarería de Michoacán. Organización de la producción y venta*. México: s.e.
- (1987) *Töpferinnen in Mexiko. Entwicklungsethnologische Untersuchungen zur Produktion und Vermarktung der Töpferei von Patambun und Tzintzuntzan, Michoacán, WestMexikö*, Colección Basler Beiträge zur Ethnologie núm. 26, Basel GBC.
- ESPEJEL Carbajal, Claudia (ed.) (2014) *La investigación arqueológica en Michoacán. Avances, problemas y perspectivas*. El Colegio de Michoacán.
- FÁBREGAS Puig, Andrés (2012) “De La Teoría de la Aculturación a la Teoría de la Interculturalidad Educación y Asimilación: El Caso Mexicano” en *Intercultural communication studies XXI: 1*. University of Rhode Island.
- FLORESCANO, Enrique (Coord.) (1997) *El patrimonio nacional de México I*. México, D. F. Fondo de Cultura Económica
- (1997) *El patrimonio nacional de México II*. México, D. F. Fondo de Cultura Económica.
- FOSTER, G. (1967). *Tzintzuntzan: mexican peasants in a changing world*. Boston, EUA: Little Brown.
- (2010) “Medio siglo de investigación de campo en Tzintzuntzan” En Kemper, V. Robert y Anya Peterson Royce. *Crónicas culturales. Investigaciones de campo a largo plazo en antropología*. México: Universidad Iberoamericana y Centro de Estudios Superiores y Estudios Superiores en Antropología Social. Pp. 287 – 321.
- FOSTER, George M. (1948) *Empire’s children: the people of Tzintzuntzan*. México: Imprenta Nuevo Mundo.
- FOSTER, George M. y Gabriel Ospina (2000) *Los hijos del imperio. La gente de Tzintzuntzan*. El Colegio de Michoacán, A. C. Zamora, México.

- FRAY Pablo Beaumont, *Crónica de Michoacán*, III tomos, México, Archivo General de la Nación, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1932 [1778-1780]
- GAMIO, Manuel (1916) *Forjando patria (pro nacionalismo)*. México, Librería Porrúa Hermanos.
- (1922) *La población del Valle de Teotihuacán*. México, Dirección de Antropología, Secretaría de Agricultura y Fomento. Talleres Gráficos de la Nación. 3 vols.
- GÁNDARA, Manuel (1998) “La interpretación temática y la conservación del patrimonio cultural” En Cárdenas, E. (Ed.) *Memoria. 60 años de la ENAH* (p.484). México: CONACULTA-INAH.
- (2008) “La interpretación del paisaje en arqueología. Nuevas oportunidades, nuevos retos” En Thiébaud, V., García, M. y Jiménez, M. A. (Coords.) *Patrimonio y paisajes culturales*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- GÁNDARA Vázquez, Manuel y María Antonieta Jiménez Izarraraz (2018) *Interpretación del patrimonio cultural. Pasos hacia una divulgación significativa en México*. México, Secretaría de Cultura e Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- GARCÍA Manzanedo, H. (1955). *Informe sobre la cerámica de Tzintzuntzan*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- GORELIK, Adrián (2008) “La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico” en *Revista del Museo de Antropología 1(1)*: Facultad de Filosofía y Humanidades – Universidad Nacional de Córdoba – Argentina. Pp. 73-96.
- HABU, Junko; Fawcett, Clare; Matsunaga, John M. (eds.) (2008). *Evaluating multiple narratives-Beyond Nationalist, Colonialist, Imperialist Archaeologies*. New York: Springer Scienca Business Media.
- HALBWACHS, Maurice (2004) *La memoria colectiva*, Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HERNÁNDEZ Díaz, Verónica (2006) *Los janamus grabados en la arquitectura prehispánica y virreinal de Tzintzuntzan, Michoacán*, tesis de maestría en Historia del Arte, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras.
- (2011) *Imágenes en piedra de Tzintzuntzan, Michoacán. Un arte prehispánico y virreinal*. México: UNAM, Coordinación de Estudios de Posgrado.

HOBBSAWM, Eric y Terence Ranger (eds.) (2002) *La invención de la tradición*. Barcelona, Editorial Crítica.

JIMÉNEZ Izarraraz, María Antonieta (2005) *La gestión del patrimonio arqueológico en México. Valoraciones y propuestas*. (Maestría en arqueología, México, ENAH).

---- (2007) Estrategias de planeación para la divulgación del patrimonio. Una traducción. *Red Patrimonio. Revista Digital de Estudios en Patrimonio Cultural*. Recuperado de: www.colmich.edu.mx/red (fecha de consulta: 30 de enero 2019)

---- (2018) “Acercamiento a un tipo de público: estudiantes de Oconahua, Jalisco, y la relación con su patrimonio arqueológico” en Manuel Gándara y María Antonieta Jiménez Izarraraz (Coords.) *Interpretación del patrimonio cultural. Pasos hacia una divulgación significativa en México*. México, Secretaría de Cultura e Instituto Nacional de Antropología e Historia. Pp. 263 -294.

JUÁREZ OLVERA, Ariana Berenice (2019) *Continuidad y cambio tecnológico en la producción alfarera del periodo posclásico tardío (1350 – 1521 d. C) al colonial temprano (1521 – 1620 d. C.) en Tzintzuntzan, Michoacán*. Tesis de maestría, Colegio de Michoacán.

KEMPER, Robert V. (2010) *Tzintzuntzan, Michoacán. Cuatro décadas de investigaciones antropológicas*. El Colegio de Michoacán.

---- (2011) “Estado y antropología en México y Estados Unidos: reflexiones sobre los Proyectos Tarascos”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, Vol. XXXII, Núm. 128, El Colegio de Michoacán, pp. 209-241.

KOPYTOFF, Igor (1986) “The cultural biography of things: commoditization as process”, en: APPADURAI, Arjun (ed.), *The social life of things*. Cambridge: Cambridge University Press.

KORSBAEK, Leif, (2012) “Un danés en la Nueva España: Jacobo Daciano, tal vez el primer antropólogo aplicado”, *Pacarina del Sur* [En línea], año 3, núm. 12, julio-septiembre, 2012. ISSN: 2007-2309. Fuente: Pacarina del Sur - <http://pacarinadelsur.com/home/huellas-y-voces/484-un-danes-en-la-nueva-espana-jacobo-daciano-tal-vez-el-primer-antropologo-aplicado>

LEÓN, Nicolás (1888) *Anales del Museo Michoacano*, p.56.

LEWIS, O. 1965. “Further observations on the folkurban continuum and urbanization with special reference to Mexico City”, en Hauser, P. y . Schnorre (1965) *The Study of Urbanization*, Nueva York – Londres – Sidney, John Willey & Sons.

LEY Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, artísticos e históricos. (2012) Recuperado de <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/131.pdf>

LÓPEZ Guzmán, Rafael y Aurora Yaratze Avilés (2015) “Presencia mexicana en las exposiciones en *Revista de análisis y pensamiento sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, no. 11, Madrid.

LÓPEZ Hernández, Haydeé (2018) *En busca del alma nacional. La arqueología y la construcción del origen de la historia nacional en México*. México, Secretaría de Cultura e Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LÓPEZ Hernández, Haydeé; Pruneda Gallegos, Elvira. (2015) “Dimes y diretes: polémicas sobre la práctica arqueológica” en *México Trace. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre*, núm. 67, junio, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos Distrito Federal, México, pp. 39-61.

LÓPEZ Wario, Luis Alberto (2010) *Arqueólogos a través del espejo*. México, D. F. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LUMHOLTZ, Carl, (1904) *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic, Jalisco y entre los tarascos de Michoacán*, t. ii, Nueva York, Charles. Scribner’s Sons.

MACIAS, Guzmán, Eugenia (2011) *El acervo fotográfico de las expediciones de Carl Lumholtz en México: Miradas interculturales a través de procesos comunicativos fotográficos*. Tesis doctoral inédita. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Facultad de Filosofía y Letras.

MARQUINA, Ignacio (1929) *Informe acerca del estudio de las yácatas al norte del pueblo de Ihuatzio, lago de Pátzcuaro, Michoacán*. Informe en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

MARTÍN JUEZ, Fernando (2002) “Introducción a la antropología del diseño”. En *Contribuciones para una antropología del diseño*. España: Gedisa Editorial.

MARTÍNEZ Casas, Regina y Guillermo de la Peña (2004) “Migrantes y comunidades morales: resignificación, etnicidad y redes sociales en Guadalajara (Méjico)” *Revista de Antropología Social*, núm. 13, Madrid, España, Universidad Complutense de Madrid. pp. 217-251.

MARTÍNEZ Hernáez, Ángel (1998) “Tzintzuntzan. Treinta años después. Entrevista con George Foster” *Quaderns de l’Institut Català d’Antropologia*, N.º. 12, págs. 107-115.

- MEDINA, Andrés (2013) “La trama, los hilos y los nudos de un proyecto de investigación: La Universidad de Chicago en los Altos de Chiapas” en Rosana Guber. *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermite*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Biblos. Pp. 11 – 34.
- MOLINA Enríquez, Andrés (1909) *Los grandes problemas nacionales*. México, Impr. de A. Carranza e hijos.
- MOSCOVICI, Serge (1979), *El psicoanálisis, su imagen y su público*, Buenos Aires, Huemul.
- NOGUERA, Eduardo (1931) “Exploraciones arqueológicas en las regiones de Zamora y Pátzcuaro, Michoacán”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, época IV, vol. VII, núm. 1, pp. 89-103.
- NORA, Pierre (2001) “Entre mémoire et histoire”, en Pierre Nora (ed.), *Les lieux de mémoire, t. 1, La République*, 2a ed., París, Gallimard, pp. 23-43.
- NOVELO Oppenheim, Victoria (2016) “¿Todo es patrimonio cultural? Respuestas tentativas” en Mónica Rotman (comp.) *Dinámicas del poder*. Colección Saberes, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Pp. 29
- OJEDA Dávila, Lorena (Ed.) (2019) *Pioneros de la antropología en Michoacán. Mexicanos y estadounidenses en la región tarasca/purépecha*. Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo – CONACYT.
- OJEDA Dávila, Lorena y Marco A. Calderón (2016) “Cardenismo e indigenismo en Michoacán”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 32.1, invierno.
- OLIVEROS Morales, José Arturo (2012) “Tzintzuntzan, Michoacán” en *Arqueología: diálogos con el pasado*. México, D. F. Instituto Nacional de Antropología e Historia. Pp. 148-158.
- OLAY Barrientos, Ma. Ángeles. (2004) *El Chanal, Colima. Lugar que habitan los custodios del agua*. Universidad de Colima, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- OSPINA Restrepo, G. (1957). *Lista de algunos de los problemas que consideramos de importancia en las comunidades de Tzintzuntzan, Tzurumútaró, Ihuatzio y Cucuchucho*. México: CREFAL.
- OSPINA Restrepo, G., y García Viveros, J. (1954). *Plan of cultural and economical rehabilitation of Tzintzuntzan: an experience in community organization through the methods of fundamental education*. México: CREFAL.

- PARIZEAU, L. (1955). *Tzintzuntzan: el pueblo que despierta (guion técnico)*. México: CREFAL.
- PIÑA Chán, Román (Ca. 1969 – 1977) “Historia de la arqueología en Tzintzuntzan, Michoacán” en *Acervo Digital Román Piña Chán / Manuscritos del México Prehispánico*. Biblioteca Digital Román Piña Chán. Disponible en <http://bibliotecadigital.uacam.mx/>
- POOLE, Deborah. (1997) *Vision, Race and Modernity: A Visual Economy of the Andean Image World*. Princeton: Princeton University Press.
- HELLEN Pollard, “Los retos de hacer arqueología en la cuenca de Pátzcuaro en los años 70s” ponencia del *Tercer Coloquio de Arqueología en Michoacán*, celebrado en el mes de noviembre 2018, en el Centro INAH, Morelia, Michoacán.
- PULIDO Londoño, Hernando Andrés, 2020. “Antropología y modernización conservadora en Colombia: el Instituto de Antropología Social y el fin de la Escuela Normal Superior (1945-1951)”, in *Bérose - Encyclopédie internationale des histoires de l'anthropologie*, Paris.
- RAMOS, Ana (2011) “Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad” en *Alteridades, no. 21 (42)* Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 131 – 148.
- REDFIELD, Robert (1930). *Tepoztlan, a Mexican Village*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1941) *The Folk Culture of Yucatan*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (1946) *Yucatán: una cultura en transición*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1947) “The Folk Society” in *The American Journal of Sociology*, vol. 52, N° 4, Chicago, The University of Chicago Press.
- RICOEUR, P. (2004) *La memoria, la historia, el olvido*, 1. ed. en español Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- RIVAUD Delgado, Florencia (2010) *El hacer cotidiano sobre el pasado*. México, D. F. Universidad Nacional Autónoma de México UNAM.
- RIVOLTA, María Clara, Mónica Montenegro, Lucio Menezes y Javier Natri (2014) *Multivocalidad y activaciones patrimoniales en arqueología: perspectivas desde Sudamérica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Fundación de Historia Natural, Universidad Nacional del Centro de la Pcia, de Buenos Aires.
- ROBLES García, Nelly M., y Olga Lidia Landa Alarcón, (2013) “Un museo para Tzintzuntzan”, *Arqueología Mexicana* núm. 119, pp. 74-77.

- ROJAS Hernández, Irineo (2005) “Pluralismo cultural, multiculturalismo e interculturalidad” en *Patrimonio Cultural y Turismo*, Cuaderno 13. Recuperado de: <https://www.cultura.gob.mx/turismocultural/cuadernos/pdf/cuaderno13.pdf>
- ROTH-Seneff, Andrew. (2014). “Robert Van Kemper in memoriam”. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 35(137), 05-07.
- ROZENTAL, S. y Lerner J. (productores y directores) (2013) *La piedra ausente* [Cinta cinematográfica] México, OPROCINE, INAH, El Egipto Americano, S.A.
- RUBÍN de la Borbolla, Daniel (1931) “Antropología Tzintzuntzan-Ihuatzio. Temporadas I y II” en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, época IV, vol. VII, núm. 1, pp. 99 – 121.
- (1969) *Arte popular de Michoacán*. Museo Michoacano.
- RÜSEN, J. (2005). *History. Narration, interpretation, orientation*. Nueva York y Oxford: Berghahn Books
- SÁENZ, Moisés, (1936) (1966) *Carapan*, 1ª y 2ª edición, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán.
- SÁNCHEZ Díaz, Gerardo. (2014). “Una aproximación a la historia de los hallazgos arqueológicos y los registros etnográficos y lingüísticos en el Michoacán del siglo XIX”. *Tzintzun. Revista de estudios históricos*, (60), 105-140.
- SCHAFFHAUSER Mizzi, Philippe (2010) “El Proyecto Carapan de Moisés Sáenz: Una experiencia educativa entre indigenismo y desarrollo rural” (*Axe III, Symposium 12*). *Independencias - Dependencias - Interdependencias* VI Congreso CEISAL, Toulouse, Francia.
- SCHÁVELZON, Daniel (2012) “Informe Tzintzuntzan” en <http://www.danielschavelzon.com.ar/>
- TZINTZUNTZAN. (2004). *Diálogos con el pasado*, CONACULTA – INAH [en línea]. Disponible en: <http://arqueologia.inah.gob.mx/wp-content/uploads/2017/02/TZINTZUNTZAN.pdf> [Consultado el 10 Mar. 2018].
- VANSINA, Jan (1968) *La tradición oral*. Barcelona, Editorial Labor.
- VÁZQUEZ León, Luis (1992) *Ser indio otra vez: la purepechización de los tarascos serranos*. México. Colección Regiones, CONACULTA.
- (2003) *El leviatán arqueológico: antropología de una tradición científica en México*. México. CIESAS.

- VILLORO, Juan (2006) *Dios es redondo*. México, Editorial Planeta.
- WRIGHT, Anthony (2018) “Más allá del progresismo y el romanticismo: La obra antropológica de Stanley Brandes en Tzintzuntzan” en Ojeda D. Lorena. *Pioneros de la antropología en Michoacán. Mexicanos y estadounidenses en la región tarasca purépecha*. Morelia, Michoacán, México. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Facultad de Historia; Zamora, Michoacán, México. El Colegio de Michoacán. Pp. 552 – 588.
- (1908) *Boletín de la Sociedad Michoacana de Geografía y Estadística*, t. iv, Morelia, Talleres de la Escuela Yndustrial Militar “Poririo Díaz”.
- (1934) Quinta época (1934-1938) Tomo I. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía* > León
- (1959 mx). *Rapport au CREFAL sur l’amélioration des méthodes de travail dans l’art de la céramique et la fabrication des briques dans la région de Tzintzuntzan*.
- (1979 mx). *Estudio de la Comunidad de Tzintzuntzan*.
 Archivo del Centro INAH Michoacán
 Archivo del Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y El Caribe (CREFAL)

